

Libros de **Cátedra**

Dispositivos clínicos grupales

Herramientas teóricas y experiencias actuales

Julieta Veloz, Juan Pablo Catani
y Selva Hurtado Atienza (coordinadores)

FACULTAD DE
PSICOLOGÍA

S
sociales

 **EduLP**
Editorial
de la Universidad
de La Plata



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

DISPOSITIVOS CLÍNICOS GRUPALES

HERRAMIENTAS TEÓRICAS Y EXPERIENCIAS ACTUALES

Dra. Julieta Veloz
Lic. Juan Pablo Catani
Lic. Selva Hurtado Atienza
(coordinadores)

Facultad de Psicología



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA



Para les estudiantes, con quienes este libro apuesta a dialogar

Agradecimientos

A quienes participaron en cada uno de los dispositivos grupales que se sistematizan en este libro.

A la UNLP, en particular a EDULP (Editorial de la UNLP), porque sus políticas de publicación posibilitan la divulgación de contenidos producidos por los docentes universitarios.

A quienes hicieron posible la gratuidad de la Educación Universitaria y con ella un Derecho.

A quienes lucharon y luchan (entre ellos nosotres) para defender la Universidad Pública Gratuita y de Calidad.

Índice

Introducción -----	6
---------------------------	---

PRIMERA PARTE

Herramientas teórico clínicas que componen el campo de 'lo grupal'

Capítulo 1: Los grupos como dispositivos. Veloz, Julieta. -----	11
Capítulo 2: Cuerpo y deseo. Experiencias de coordinación desde la lógica de la multiplicidad. Moratti Serrichio, María Florencia.-----	24
Capítulo 3: Apuntes sobre la posición de coordinación en grupos. Entre la abstinencia y el registro sensible de la potencia. Moratti Serrichio, María Florencia y Catani, Juan Pablo.--	35
Capítulo 4: Subjetividad en la era digital. Catani, Juan Pablo.-----	45
Capítulo 5: Félix Guattari en Argentina. Derivas e intersecciones en el campo grupal. Moratti Serrichio, María Florencia.-----	54

SEGUNDA PARTE

Diseño y coordinación de dispositivos clínicos grupales y colectivos

Capítulo 6: Dispositivo grupal para selección de trabajadores/as en instituciones de Niñez y Adolescencia. Veloz, Julieta-----	71
Capítulo 7: Experiencia de intervención con equipos de inspección de la UNLP en las Obras hidroeléctricas en Santa Cruz. Moratti Serrichio, María Florencia y Broggi, Diana ----	79
Capítulo 8: La sororidad como potencia inventiva. Coordinación en grupo de mujeres. Bayúgar, Delfina -----	87
Capítulo 9: El desafío de lo grupal en la gestión pública. Coordinadas y debates en torno al ejercicio del rol en la función política. Broggi, Diana -----	98
Capítulo 10: Agenciamientos colectivos en el campo comunitario de la salud. Ferreyra, Agustina -----	105
Capítulo 11: Narrativas colectivas y singulares: de las marcas, ellas marcan. Puntuaciones a partir de dos dispositivos grupales con mujeres. Leonor, Maia y Javier Salum--	113
Capítulo 12: Escribir en la cárcel. Viscusi Ennis, Antonela -----	122
Capítulo 13: Investigar los grupos en nuestra actualidad. Veloz, Julieta -----	128

Prólogo

La escritura del presente libro fue causada por un movimiento colectivo de los integrantes de la Cátedra Psicoterapia II (grupos) de la Facultad de Psicología; movimiento impulsado por el deseo de materializar el trabajo que desde hace varios años venimos realizando. De algún modo, la escritura de este libro implica visibilizar y transmitir el trabajo al que nos abocamos al interior de la cátedra, referido a los contenidos que enseñamos y a los procedimientos que utilizamos para ello.

Enseñar 'grupos' en la carrera de Lic. Psicología requiere de procedimientos que descoagulen sentidos cristalizados que ubican al trabajo en y con grupos en oposición al trabajo individual y en oposición al psicoanálisis. Interrumpir entonces ciertas matrices de pensamiento moderno es una tarea de inicio en la enseñanza de 'grupos'.

Entre los sentidos acerca del ejercicio profesional de la Psicología, encontramos cierta banalización del trabajo con dispositivos grupales, en un tiempo sociohistórico en el que lo individual impera por sobre lo colectivo.

Es, en estas condiciones socio históricas, donde el presente libro apuesta a operar, para hacer del trabajo con dispositivos grupales y/o colectivos, un trabajo que requiere formación y capacitación específica y rigurosa.

Introducción

El presente libro emerge de la sistematización y formalización de nociones conceptuales fundamentales para el trabajo con dispositivos grupales y/o colectivos, y de diversas experiencias profesionales en instituciones públicas realizadas por el equipo de la Cátedra Psicoterapia II, asignatura que corresponde al quinto año de la Carrera de Licenciatura en Psicología, ubicada en el área de formación profesional que contiene: intervenciones en Psicología clínica y social/comunitaria; en la que propone la formación de profesionales psicólogos en dispositivos clínicos grupales y colectivos, para implementar en los diversos ámbitos del ejercicio profesional de la Psicología.

La enseñanza de tales contenidos requiere de procedimientos singulares, que posibiliten movimientos elucidatorios acerca de los modos de significar el ejercicio profesional de la Psicología que, desde el retorno de la democracia en nuestro país y por múltiples determinaciones históricas, políticas, institucionales y económicas, se anudó centralmente con la práctica de cura individual, analítica y en el ámbito privado. Centralidad que produjo cierta cristalización de sentido acerca del ejercicio profesional de la Psicología invisibilizando otros ámbitos y dispositivos de intervención, como el trabajo en instituciones del ámbito público y dispositivos grupales, comunitarios, colectivos, abordajes familiares, entre otros (Veloz, J., 2016). Por todo ello, se requiere elucidar y deconstruir las categorías teóricas que han centralizado en un sólo dispositivo de intervención el quehacer del ejercicio profesional de la Psicología y que hoy está interpelado por nuevas problemáticas.

Cada época precisa la implementación de dispositivos pertinentes y ajustados a las urgencias, a los padecimientos y problemáticas que lo son propias. Ubicamos allí una función indelegable de la Universidad Pública en la formación de profesionales con herramientas para construir respuestas a las urgencias y problemas que se presentan en nuestra sociedad, en nuestro tiempo histórico.

De allí que el presente libro adquiere relevancia teórico práctica para la formación de psicólogos, dado que la misma se orienta a la transmisión de experiencias vinculadas al diseño e implementación de dispositivos grupales y colectivos en diversos ámbitos de inserción profesional.

Un aspecto que consideramos central y enriquecedor es que la obra contiene, en los distintos capítulos, diversos dispositivos actuales. Los autores son a la vez docentes de la cátedra y disponen en sus reflexiones un trabajo de sistematización de sus propias experiencias

profesionales en el diseño e implementación de espacios grupales, en instituciones del ámbito público y en comunidades.

En este sentido, el libro pretende brindar a les estudiantes la posibilidad de vincular el bagaje teórico-conceptual de la propuesta de formación de grado con un abanico de experiencias de coordinación grupal que transmiten la operacionalización de herramientas, perspectivas y encuadres de intervención.

Consideramos relevante situar que la formación en dispositivos grupales, colectivos y comunitarios, dispone herramientas necesarias (aunque no suficientes) para el ejercicio profesional que materialice políticas públicas en nuestro tiempo, lo que entendemos como una función ineludible de nuestra Universidad Nacional de La Plata.

En este sentido, consideramos que la presente publicación tiene la potencia de brindar a les estudiantes temas-problemas que se encuentran entre los contenidos mínimos de la materia; experiencias de diseño e implementación de dispositivos grupales y colectivos donde las nociones-conceptos cobran el valor de herramientas y la problematización de dispositivos de enseñanza en grupos, en la docencia universitaria.

El libro está organizado en dos partes, que se dividen por su unidad y coherencia temática.

El apartado uno presenta capítulos donde se despliegan herramientas teóricas y clínicas que componen el campo de 'lo grupal'; reúne cinco capítulos en los cuales se delinean las categorías de *dispositivo* y *grupos*; se reflexiona sobre la posición de coordinación y herramientas técnicas singulares desde la lógica de la multiplicidad; la recepción y apropiación de la obra de Félix Guattari en nuestro país, en particular respecto a los desarrollos sobre psicología de los grupos e instituciones; se puntúan y delinean herramientas fundamentales para la posición de coordinación en dispositivos grupales y/o colectivos, a la luz de los aportes de autores como Jacques Lacan, Gilles Deleuze, Suely Rolnik y Baruch Spinoza; a su vez, se sistematizan diálogos entre la filosofía de la técnica y los aportes del esquizoanálisis, con particular énfasis en los dispositivos de poder que la sociedad tecnificada conlleva, para problematizar si el salto al medio ambiente tecnológico produce (o llama a producir) nuevas formas de pensar el campo grupal; por último, se problematiza e interroga acerca de la potencia de los dispositivos grupales y colectivos en tiempos liberales.

La parte dos: *Diseño y coordinación de dispositivos grupales y colectivos*, presenta capítulos en los que se sistematizan las experiencias, los diseños particulares, la función y procedimientos de la coordinación con dispositivos grupales en diversos ámbitos y orientados por distintos propósitos. Aquí encontramos experiencias ligadas a selección de trabajadorxs en instituciones de niñez y adolescencia; una revisión del vínculo fraterno/sororo en diferentes experiencias grupales con mujeres que vivieron violencia por razones de género, se delinean los desafíos que un equipo de coordinación atraviesa para delimitar el encuadre y la pertinencia de los espacios y los procedimientos de intervención en una experiencia con grupos de ingenieros

que inspeccionan obras hidroeléctricas. Al mismo tiempo, se reflexiona sobre el trabajo en el campo de la Atención Primaria en Salud con grupos de mujeres y madres, se presenta el diseño de un dispositivo que opera desde una ética situacional interrogando los modos de agenciamiento y prácticas de subjetivación; se delimitan algunas líneas que insisten y ciertos momentos de inflexión que han devenido a partir de dos experiencias grupales con mujeres en el campo de las políticas públicas, se abre a reflexionar sobre la tensión singular-colectivo. Se puntualizan, además, los procesos de identificación que inauguran estas experiencias grupales, así como aquello que se agencia colectivamente y da apertura a otros modos de producción de subjetividad; se propone la escritura como herramienta para la construcción de una trama grupal, en el marco de una experiencia lanzada desde el Ministerio de Educación PBA: Centro de Actividades Juveniles en contexto de encierro; se sistematizan dos experiencias de diseños de dispositivos en la gestión pública, una de ellas en la gestión universitaria y otra en la gestión del Estado nacional, vinculadas a la temática de género y feminismos. Por último, se presenta la dimensión metodológica del Proyecto de Investigación 'Los grupos, hoy', de la Cátedra de Psicoterapia II (Grupal), Facultad de Psicología UNLP.

Como equipo de cátedra esperamos que este libro potencie los espacios de encuentros con les estudiantes para la formación de profesionales clínicos y críticos, con herramientas para la construcción de mundos más habitables para todes.

PRIMERA PARTE

**Herramientas teórico clínicas que
componen el campo de 'lo grupal'**

CAPÍTULO 1

Los grupos como dispositivos

Julieta Veloz

El trabajo con dispositivos grupales y colectivos transversaliza diversos ámbitos del ejercicio profesional de la Psicología, en tanto que los mismos configuran espacios tácticos para operar en distintas situaciones: en instituciones, en comunidades, y orientados por propósitos diversos: grupos terapéuticos, de formación, monosintomáticos, de orientación vocacional, para selección de personal, equipos de trabajo, entre otros.

En nuestro país, desde comienzos de los años 50 hasta fines de los 70 se produjo una eclosión de los grupos; durante el período de la última dictadura se suprimieron estas experiencias y quedó interrumpido un interesante proceso técnico-teórico-institucional. Con el retorno a la democracia, se produjo una disminución tanto en el trabajo de elaboración teórica de lo grupal, como de los profesionales dedicados a ésta. Interrupción casi correlativa a la globalización, la emergencia de la sociedad de Control y con ella la exacerbación de la individualidad (De Brasi, 2001; Del Cueto y Fernández, 2000). En esta coyuntura se presenta, de forma sutil, una clausura del campo grupal en la formación y práctica de los profesionales de las disciplinas 'Psi'.

Por ello el presente escrito parte de ubicar en la dimensión de creación de 'el dispositivo de los grupos' las urgencias socio-históricas a las cuales respondió su invención. Tarea necesaria para interrumpir universalizaciones que aplanan lo singular de cada dispositivo grupal. Para ello, las categorías teóricas de 'Dispositivo' y 'Subjetivación' devienen en herramientas necesarias para pensar la singularidad de cada dispositivo grupal.

Pensar lo grupal como un campo de problemas (Fernandez, 1998) implica ya una inscripción teórica, política y ética, productor de un modo de estar-hacer de la coordinación. Es en la dimensión de la formación de profesionales psicólogos/as, en herramientas para el diseño y coordinación de dispositivos grupales y/o colectivos, donde el presente trabajo apuesta a operar.

El recorrido que se propone parte de diferenciar las nociones de 'Dispositivo de los grupos' y 'Dispositivos grupales', se despliegan luego las nociones de 'Dispositivo' y 'Subjetivación' propuestas por M. Foucault (1977) y la lectura y análisis realizados por Deleuze, G. (2013), A.M. Fernández (2008), S. Rolnik (2019) y O. Saidón, (2002) para concluir con una pregunta: ¿Cómo hacemos para que el grupo sea una expresión de singularidades?

I. Dispositivo de los grupos y dispositivos grupales

Fernández (2007) diferencia ‘el dispositivo de los grupos’ y ‘los dispositivos grupales’; el primero alude a la aparición histórica de la implementación de artificios grupales para ‘resolver’ situaciones que se producían en las relaciones sociales, a partir de 1930 y 1940. Tales conflictos requirieron la invención de otras formas de intervención a las utilizadas hasta el momento, “desde diferentes puntos de iniciación se inventa una nueva tecnología: el dispositivo de los grupos; aparece un nuevo técnico: el coordinador de grupos” (Fernández, 2007, p. 134); de modo tal que los abordajes grupales se configuran como espacios tácticos con los que se intenta dar respuestas a los problemas producidos en el suelo histórico de la modernidad.

La noción de ‘los dispositivos grupales’ se refiere a las diversas modalidades de trabajo con grupos, tanto en sus inscripciones teórico-técnicas como en los campos de aplicación. Cada dispositivo grupal crea condiciones de ciertos efectos de grupo, son artificios locales de los que se esperan determinados efectos. Los dispositivos grupales forman parte del dispositivo de los grupos en tanto que, a partir de las primeras experiencias efectuadas por Kurt Lewin y Elton Mayo, Jacob Levi Moreno y el diseño de espacios colectivos en la clínica psicoanalítica, “se inauguró una modalidad que diseña espacios constituidos por un número numerable de personas para la producción de efectos específicos en diversas formas de intervenciones institucionales y comunitarias” (Fernández, 2007, p. 136).

Ahora bien, Ana Fernández (1998) subraya que “los grupos no son lo grupal” (Fernández, 1998, p. 19), en la medida en que importa una teoría de lo que hacemos y no de lo que es. Traza tres momentos epistémicos que delimitan la producción de saberes y modos de hacer; tales momentos no implican una sucesión lineal y se pueden encontrar algunos rasgos de unos momentos en otros.

En el recorrido genealógico la autora interroga, apuntalada en la noción foucaultiana de dispositivo, a qué urgencia socio-histórica respondió la creación del ‘Dispositivo Grupal’. Al respecto, sostiene:

sin duda, mantener y mejorar el nivel de producción de la gran empresa, estimulando las relaciones informales entre los operarios (...). Pero también reforzar los ideales democráticos, operar sobre el consumo, etc.; la Dinámica de los grupos se expandirá rápidamente por diversos campos (...). Por tanto, urgencia situada históricamente, en función de imperativos económicos y políticos del sistema del que forma parte (1998, p. 74)

En dicho recorrido, plantea diferencias entre la demanda histórico social en la que se inscribió la ‘Dinámica de los Grupos’ norteamericana y las condiciones que hicieron posible la invención y despliegue de los grupos operativos a partir de Pichón Riviére en nuestro país. Entre

dichas diferencias ubica como una de las más significativas que la invención pichoniana no surge desde un requerimiento de centros de poder institucional, “ni los orienta la intención de consolidar hegemonías instituidas. Muy por el contrario, sus localizaciones iniciales, como muchos de sus desarrollos posteriores, se implantaron en los márgenes de las instituciones o en los intersticios de las hegemonías” (1998, p. 75)

Diferencia que, a los efectos del presente escrito, nos posibilitará trabajar las nociones de dispositivo, de diagrama, y con ellas los grupos como dispositivos con potencia para la producción de subjetivación.

II. Dispositivo

Foucault (1977) caracteriza al dispositivo como: -un conjunto de elementos heterogéneos que pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho; -una red que puede establecerse entre esos elementos; -entre esos elementos existe como un juego, que entrelaza, vincula, tales elementos heterogéneos; -un dispositivo es una formación que, en un momento histórico dado, tuvo como función responder a una urgencia, de ahí que tenga una posición estratégica dominante.

Este objetivo estratégico (de responder a una urgencia histórica) es el primer tiempo del dispositivo, luego éste se constituye como tal, en un doble proceso: -de sobredeterminación funcional, cada efecto, querido o no, puede entrar en resonancia o contradicción con otros efectos y requiere un reajuste, -perpetuo relleno estratégico, un ajuste perpetuo, -el dispositivo es de naturaleza estratégica, lo que supone cierta manipulación de relaciones de fuerzas, “bien para desarrollarlas en una dirección, bien para bloquearlas, estabilizarlas (...)” (1977, p. 2).

De allí que un dispositivo siempre se halla inscripto en un juego de poder y también ligado a unos bordes de saber, que nacen de él, pero a su vez lo condicionan. Se diferencian entonces las categorías de ‘episteme’ y ‘dispositivo’: “El dispositivo es esto: unas estrategias de relaciones de fuerzas soportando unos tipos de saber, y soportadas por ellos (...) la episteme es un dispositivo específicamente discursivo” (1977, p. 3).

Ahora bien, Deleuze (2007) plantea que los desarrollos filosóficos de Foucault se presentan como un análisis de los dispositivos concretos, de allí que se pregunte ¿Qué es un dispositivo? En principio, señala, es “una madeja, un conjunto multilíneal. Se compone de líneas de diferente naturaleza” (2007, p. 305). Ubica, en la obra de Foucault cuatro dimensiones de un dispositivo: visibilidad, enunciación, líneas de fuerza y líneas de subjetivación.

Saber

Respecto a visibilidad y enunciación, estos son elementos heterogéneos que componen un dispositivo. Existe una diferencia de naturaleza entre ver y hablar, entre lo visible y lo

enunciable; “lo que se ve nunca reside en lo que se dice. Lo que se dice no hace ver (...) entre el ver y decir, hay una no-relación (...) esa no-relación es quizá más absoluta que cualquier relación” (Deleuze, 2013, p. 31). Ambos se presuponen; sin embargo, hay una primacía del enunciado (que no implica reducción) sobre lo visible. Hay un sistema de capturas mutuas entre ambos “las visibilidades se apropian de los enunciados, los enunciados se apropian de las visibilidades” (Deleuze, 2013, p. 32).

Ver y hablar, visibles y enunciables, constituyen lo que Foucault denomina ‘saber’. En este sentido, el saber es siempre efectuar una relación de una no-relación; “allí se juega el problema de la verdad (...) no todo saber es una ciencia” (Deleuze, 2013, p. 33). Lo visible y lo enunciable son dos formas en no-relación. El poder (elemento informal) va a actuar “como causa de su puesta en relación” (2014, p. 182). Es una causa inmanente, de allí la inmanencia: saber-poder.

Lo que Foucault denomina Dispositivo es un agenciamiento entre lo visible y lo enunciable (elementos heterogéneos, irreductibles) como constitutivo de una formación histórica; “pero no cualquier enunciado se combina con cualquier visibilidad. Hay combinaciones, capturas que impiden que cualquiera vaya con cualquiera.” (2013, p. 33); tales entrelazamientos varían según la formación histórica y definen su coherencia. El saber se estratifica en: -materia (visibles) y -funciones (enunciables); materias formadas y funciones formalizadas; la instancia que formaliza funciones es el enunciado y la que forma las materias es la visibilidad, está estratificado, archivado, dotado de una segmentariedad dura.

Poder

Hay entonces una no-relación entre lo visible y lo enunciable, una abertura, una disyunción; “y, sin embargo, es preciso que haya una relación” (2013, 193), ¿por qué? Porque componen un saber. ¿Cómo las dos formas de saber, lo visible y lo enunciable, pueden entrelazarse? “Sólo pueden entrelazarse a partir de una instancia que está en otra dimensión (...) son las relaciones de fuerza o de poder” (2013, 253). Inmanencia saber-poder. No es posible hablar del poder en estado puro, sino del poder ya encarnado en un saber. Así como el saber es una relación de formas, el poder es una relación de fuerza.

Entre saber y poder hay, también, heterogeneidad, una no-relación. Hay presuposición recíproca: no hay saber sin poder y no hay poder sin saber. Heterogeneidad que implica que “el poder en sí mismo no es sabido, no es objeto de saber” (Deleuze, G. 2014, 16)

Deleuze, G. (2014) extrae de los desarrollos foucaultianos, principios del poder:

- Para evaluar el poder, no hay que partir de los grandes conjuntos (el Estado, la ley, las clases), estos son poderes molares, sus formas terminales.

- El poder no es una propiedad, sino una estrategia. No se posee, se ejerce. A nivel de los grandes conjuntos, es poseído y estable, “pero no es esa la fuente de poder. Hay que llegar a la capa microfísica que no se deja sedimentar (...) los grandes conjuntos son el efecto global de la microfísica” (2014, p. 38) ¿A qué se refiere con macro y micro? No refieren a una miniaturización ni a una diferencia de tamaño. Hay una diferencia de naturaleza entre el dominio de la macrofísica y el dominio microfísica.

- El poder no se deja localizar en un aparato, es difuso, se dispersa por todo el campo social. Nunca es global, “consiste siempre en focos locales” (2014, p. 46).

- El poder es relación. Es el conjunto de relaciones de fuerzas en un campo social, pasa tanto por los dominados como por los dominantes.

- “El poder puede actuar sobre los cuerpos y sobre las almas” (2014, p. 48) pero de un modo muy distinto al de la ideología y al de la violencia y represión.

- La relación de fuerzas no es la violencia. Que el poder sea una relación de fuerzas implica que la fuerza nunca está sola, forma parte de una multiplicidad. La relación de una fuerza con otra fuerza es una acción sobre una acción. “La fuerza es una acción sobre una acción real o posible” (2014, p. 49)

Una acción sobre una acción. No son violentas ni represivas, sino acciones del tipo “incitar, suscitar, combinar (...) una fuerza no hace violencia a otra fuerza, pero una fuerza puede incitar a otra, puede combinar con otras fuerzas” (2014, p. 50); en esta línea, toda fuerza tiene dos poderes: el de afectar a otras fuerzas y poder de ser afectada por otras fuerzas; de allí que la relación de fuerzas no pasa por formas sino por afectos.

En otras palabras, el poder moviliza puntos o afectos; puntos de dominación o afectos (poder de afectar y poder de ser afectado). Estos afectos son puntos singulares, que son puntos de dominación. El poder, entonces, se presenta como una distribución de puntos singulares. “Una singularidad es el punto de aplicación de una fuerza sobre otra (...) singularidades que marcan la manera en la que la fuerza es afectada por otra fuerza” (2014, p. 397).

El saber se estratifica, está compuesto por materias formadas (visibilidad) y funciones formalizadas (enunciados); el poder es diagramático; “un diagrama es la relación de una materia no formada y de una función no formalizada. Es decir, es la exposición de una acción cualquiera a una multiplicidad cualquiera” (2014, p. 78).

Un diagrama se caracteriza por la exposición de una relación o de un conjunto de relaciones de fuerzas; una repartición de poder de afectar y de poder de ser afectado, emisión de singularidades. Todo diagrama (poder) es microfísico, todo archivo (saber) es macrofísico.

Deleuze (2014) va a desplegar las diferencias diagramáticas en los distintos dispositivos históricos: feudal, disciplinar y de control. Respecto al primero, refiere a dos de las obras de M. Foucault, *Vigilar y Castigar* y *La voluntad de Saber*.

Señala que, en *Vigilar y Castigar*, Foucault estudió sólo una acción abstracta: “imponer una tarea cualquiera a una multiplicidad humana cualquiera, a condición de que sea en un espacio cerrado y para una multiplicidad poco numerosa” (2014, p. 84). En *La voluntad de Saber*, introduce una segunda acción abstracta:

nos dirá que hay una anatomía política -primer aspecto- pero hay también una biopolítica -gestionar la vida en multiplicidades humanas numerosas y espacios abiertos-. En el primer caso la multiplicidad es el número de aquellos que están reunidos en un espacio cerrado. En el otro, es una población que se distribuye en un espacio abierto (2014, 84).

Es así que se define el diagrama de poder disciplinario.

Aquí, es oportuno puntualizar que el dispositivo de los grupos se inscribe en un diagrama disciplinar, que se actualiza en los dispositivos grupales; lo que clarifica que su creación haya respondido a urgencias producidas en la sociedad disciplinaria, y su contemporaneidad “a la formación de la subjetividad moderna” (Fernández, A. M., 1998, p. 35).¹

Las líneas de fuerza (poder), presentes en todo dispositivo, son caracterizadas como líneas que van de un punto singular a otro de las líneas de visibilidad y de enunciación, implican los trayectos de una a otra, movimientos entre el ver y el decir, “actúan como flechas que no paran de entretejer las cosas y las palabras, que mantienen un combate incesante” (2007, p. 306). De modo tal que las líneas de fuerza atraviesan todos los lugares del dispositivo; no es visible, tampoco decible, en tanto poder es inmanente al saber.

Deleuze (2014) se interroga respecto a las relaciones de poder, en tanto que, si son fluidas, puntuales, difusas y móviles, “¿Cómo van a fijarse a globalizarse? Lo cual quiere decir: ¿cómo van a adquirir forma, ellas que no tienen forma?” (2014, p. 141). Aquí introduce la dimensión de integración: la informalidad de las relaciones de poder se integra en formas, formas sociales de integración que son las instituciones; lo que abre a otro interrogante: “¿Cuál es el rol de la institución? No es en absoluto producir poder, es dar al poder el medio de reproducirse. En la institución el poder se reproduce, es decir se estratifica, deviene estable y fijo” (2014, p. 142). Las instituciones son formaciones estratificadas, dispositivos concretos; éstos forman segmentos diferenciados, divididos. Componen segmentariedades duras.

La integración de las relaciones de poder, de las relaciones de fuerza, “va a decirnos cuál es la finalidad, cuál es la sustancia de la acción, cuál es la finalidad de la acción, cuales son los medios de la acción. Todo eso sólo aparece con la integración” (2014, p. 150). Así, la familia

¹ Fernández, a. M (1998) señala que la noción de individuo surge a la par que el surgimiento de las ciencias humanas, y con ellas “la gran pregunta: ¿qué es el Hombre? Cada una de ellas desde su ángulo de mira, pero todas preocupadas por la individualidad; preocupación ésta impensable dentro de las sociedades feudales” (1998, p. 33).

es un saber (saber educar), la escuela es un saber (saber enseñar), la fábrica es un saber (saber trabajar). Saberes en tanto prácticas de saber. Insiste la relación de inmanencia saber-poder.

Las relaciones de fuerzas, los diagramas, se actualizan a través de los factores de integración y de diferenciación. Respecto a los factores de integración se puntúan: 1) los tipos de objetivos perseguidos por aquellos que actúan sobre la acción de otros - “la conservación de privilegios, la acumulación de ganancias, el ejercicio de una función o de un oficio” (2014, p. 149), 2) la modalidad instrumental -“según que el poder sea ejercido mediante la amenaza de las armas, por los efectos de la palabra, a través de disparidades económicas” (2014, p. 149)-, técnicas e instrumentos, 3) a través de las formas de institucionalización y 4) por los grados de racionalización.

En el análisis que propone Fernández (1998) respecto a la demanda por los grupos, el surgimiento de la dinámica de los grupos y el análisis de la demanda, es posible leer allí tales factores de integración y diferenciación, operando en la actualización del diagrama disciplinar.

Respecto a las relaciones de fuerzas, situamos que los diagramas se actualizan a través de los factores de integración y de diferenciación; por ejemplo, en tanto individuos tenemos una forma: “tenemos una forma corporal, tenemos una forma psíquica. Tenemos una forma moral. (...) Muchas formas. Es en función de estas formas que digo: ‘mi cuerpo’, ‘mi alma’, ‘yo’, etc.” (2014, p. 195). Allí opera el dominio de las formas. Pero, “las formas son envolturas de singularidades. Nosotros envolvemos puntos singulares que sólo existen en nosotros, y que sin embargo no son nosotros” (2014, p. 195).

Al decir de Saidón (2002), la tarea del entendimiento es aproximarse a ver cómo el (un) mundo está en nosotros, el (un) mundo “está siempre inmanentemente allí, en todas las producciones, por más singulares que ellas sean” (2002, p. 33).

Ahora bien, al poder de afectar y de ser afectado, Foucault agrega, “un tercer poder: el poder de resistir. El poder de resistir es una tercera forma de afecto” (2014, p. 402) Resistencia que no refiere a ‘reacción’. El diagrama está compuesto por puntos de acción y los puntos de reacción, ligados unos con otros y por puntos de resistencias, como puntos no ligados, o ligados, pero “como puntos que resisten al foco de poder existente (...) no están ligados de la misma manera que los precedentes” (2014, p. 403).

Estos focos de resistencia tienen la propiedad, en ciertas condiciones, de poder producir una mutación del diagrama. De allí que se puede franquear la línea de poder. Mutación del diagrama y, desde el momento en que esos puntos de resistencias se combinan unos con otros, y vuelven a formar líneas y estratos duros, engendran así una nueva formación -un nuevo dispositivo- “pero la experiencia nos enseña que ella corre el riesgo de ser peor que la precedente” (2014, p. 412). Entonces, cada formación tiene su diagrama, “el diagrama es siempre la determinación de las relaciones de fuerzas que se efectúa, que se actualiza en una formación” (2015, 94).

Subjetivación

Deleuze (2015) sitúa que las fuerzas no tienen interioridad, remiten a otras fuerzas para afectar o ser afectadas, en tal sentido las relaciones de fuerzas son relaciones de fuerzas exteriores entre sí, “una fuerza es afectada por otra fuerza del afuera o afecta otras fuerzas del afuera” (2015, p. 99). Ahora bien, si una fuerza se afecta y es afectada a sí misma, se pliega sobre sí misma, implica la producción de un doblez, en tal operación opera una subjetivación, “la subjetivación de la fuerza es la operación por la cual, al plegarse, se afecta a sí misma” (2015, p. 99). Deleuze señala que, en sus últimos libros, Foucault se ocupa de los griegos porque ellos inventan una nueva relación de fuerzas; plegaron, doblaron la fuerza, “constituyeron un sujeto, inventaron un adentro de la fuerza” (2015, p. 100). De allí que, para Foucault, el sujeto nunca está primero, es producto de una operación por la cual la línea del afuera se pliega.

Producida tal operación de subjetivación el poder no va a cesar de intentar recuperarla, de hacer de ella su propio objeto, “de hacer de ellas reglas individuantes (...), las reglas que individúan al sujeto del poder, van a presentarse en primer lugar en el poder pastoral” (2015, p. 134). Luego, en el siglo XVIII, será el Estado laico el que releva al poder pastoral, que creará los procedimientos para el conocimiento de la subjetividad. Esto implica que, aunque la subjetividad se había despegado de las relaciones de saber-poder, nuevas formas de saber y nuevas relaciones de poder (mutación del diagrama) la recuperan.²

Lo anterior muestra que entre los tres ejes (poder, saber y subjetivación) hay todo el tiempo relaciones de lucha, de oposición, de compromiso, “así como no cesan de nacer nuevas relaciones de poder, y así como no cesan de nacer nuevas formas de saber, tampoco cesan de nacer nuevos modos de subjetivación” (Deleuze, 2015, p. 134).

La subjetividad no es única y los pliegues no son constantes. Foucault, en *El uso de los placeres*, libro sobre los griegos, interroga sobre la forma actual de subjetivación

y ahora, ¿cómo nos plegamos? ¿Cuáles son tus pliegues propios? ¿En qué te pliegas? Es decir, ¿cómo te produces como sujeto? Puedo decir cómo te produces como sujeto o cómo te pliegas. Es una manera de decir: “eso funciona” y “si uno no se pliega bien, no funciona (2015, p. 111).

Hay maneras múltiples en los que cada uno/a de nosotros/as existen, múltiples modos de existencia.

² La amalgama entre cuerpo, individuo, sujeto y yo, son fabricaciones teóricas que no están soldadas necesariamente, amalgama producida en “el pensamiento de diversos modos a través de casi tres mil años de historia” (Saidón, 2002, p. 33). Al respecto, Ana Fernández (2008) sostiene que la invención psicoanalítica rompió, junto con las vanguardias estéticas del siglo XX, tal amalgama moderna; con el diseño del dispositivo de cura ‘uno por uno’, que descompone la palabra y el concepto (asociación libre) y que desarma el uso convencional del diálogo, a través de la tecnología del diván. Dispositivo del ‘uno por uno’ que “creó condiciones para invisibilizar el entre- algunos o el entre- muchos” (2008, p. 275).

Entonces: ¿cómo está el mundo en mí? ¿De qué pliegues estás hecho? La subjetividad es lo que actualizamos permanentemente, “tanto que, en lugar de subjetividad, debiéramos hablar se subjetivación” (Saidón, 2002, p. 44), en tanto es un agenciamiento en acto.³

Los procesos de plegados o de subjetivación, al no depender del poder-saber porque tienen su autonomía, movilizan necesariamente “un nuevo campo de percepción y un nuevo campo de afección, de percepciones y de afectos.” (2015, p. 162). A la vez, estos procesos constituyen una apertura de potencialidad, de creatividad.

Al plegarse la línea del afuera sobre sí misma debe constituir un adentro del afuera, es decir el interior del exterior. Deleuze retoma a Melville

A costa de inmensos esfuerzos, nos abrimos lugar un camino subterráneo en la pirámide- la pirámide son los estratos, es el elemento estratificado- a costa de horribles tanteos a ciegas, llegamos a la cámara central; con gran alegría vislumbramos el sarcófago; levantamos la tapa ... y esperamos allí alcanzar lo no estratificado (...) Melville nos dice que no: levantamos la tapa... ¡y no hay nadie! El vacío. El alma del hombre es un vacío inmenso y aterrador. Buscaba el interior, solo encontré vacío. (2015, p. 184)

Ahora bien, Deleuze (2015) advierte que la subjetivación no es algo que nos encierra en nosotros mismos. Es el adentro del afuera. Es el interior, no ‘mi interior’; “de modo que, ese interior que se forma por el pliegue del exterior está topológicamente en contacto con todo el exterior. (...) Es un espacio topológico, es decir, que todo el interior está en copresencia con todo el exterior” (2015, p. 199).

El recorrido realizado hasta aquí dispone de herramientas teóricas que abren a las lecturas de autores/as como Ana Fernández (2008, 2013), Osvaldo Saidón (2002) y Suely Rolnik (2019) y nos posibilitan trazar conexiones entre los dispositivos socio-históricos actuales de subjetivación y los grupos como dispositivos “para reapropiarse de la potencia de creación” (Rolnik, 2019, p. 43).

Suely Rolnik (2019) sitúa que, del mismo modo en que las formas y las fuerzas son heterogéneas e inmanentes, las capacidades a través de las cuales se registran las señales de cada una de ellas, también lo son. Dichas capacidades, aunque diferentes entre sí, constituyen una sola y misma cara de “la superficie topológica-relacional de un mundo. Tales capacidades

³ Saidón (2002) para caracterizar a qué refiere con subjetivación como agenciamiento en acto, ejemplifica con la subjetivación propia de la niñez, en tanto los agenciamientos de la práctica pediátrica y educativa provocan la situación de la niñez. No hay, dice, una esencia de la niñez. “es un agenciamiento que se hace en función de los aparatos que se crean para ella” (2002, p. 45).

operan simultánea e inseparablemente en la trama relacional que se teje entre los cuerpos que la constituyen en cada momento, tengamos o no conciencia de ello” (2019, p. 44).

Delimita que las señales de las formas (saber) se captan por las vías de la percepción (experiencia sensible) y del sentimiento (experiencia de emoción psicológica). De tales capacidades se compone la experiencia más inmediata del mundo, lo que denominamos realidad. Modos de existencia articulados según códigos socioculturales que orientan un modo de aprehensión de un mundo, y a través de la cual se produce la experiencia de la subjetividad como 'sujeto', moldeada según el imaginario, que nos permite existir socialmente.

Respecto a las vías de aprehensión de las señales de las fuerzas (poder) que agitan el cuerpo y provocan efectos en nuestros cuerpos como vivientes, Gilles Deleuze y Félix Guattari, las denominan: percepto y afecto; que se diferencian de una emoción y de la afección como por ejemplo el cariño;

los perceptos y los afectos no tienen imágenes, ni palabras, ni gestos que les correspondan (...) y, no obstante, son reales pues se refieren a lo vivo en nosotros mismos y fuera de nosotros (...) componen una experiencia de apreciación del entorno más sutil (2019, p. 47).

A tal experiencia Rolnik la denomina: saber del cuerpo o saber de lo vivo, saber intensivo.

Aquí, el medio de relación con el otro es denominado por Rolnik como 'resonancia' o 'reverberación', diverso al de la comunicación característica del sujeto; el otro, humano o no, “no se reduce a una representación de algo que le es exterior, tal como en la experiencia sujeto” (2019, p. 48).

Las señales de las fuerzas se captan entonces en el cuerpo, 'cuerpo pulsional', y se producen en el encuentro con otros/as, “con cosas, con paisajes, ideas, obras de arte, etc.” (2019, p. 46). Tales encuentros producen alteraciones en el diagrama actualizado por las políticas de subjetivación reducida a la experiencia como sujeto; experiencia indispensable pero no la única que compone nuestra existencia.

Las políticas de subjetivación reducidas a su experiencia como sujeto, producen una subjetividad “que vive el universo exclusivamente como un objeto que le es exterior y lo descifra únicamente desde la perspectiva de su experiencia como sujeto” (2019, p. 59). Resulta así la creencia en el espejismo de que somos 'individuos, indivisibles', unidad cristalizada separada del mundo, vivido también como una totalidad organizada.

Ambas experiencias de captación del mundo, que componen cada una de las caras topológico-relacional del mundo, son simultáneas, indisociables e irreductibles, y constituyen un funcionamiento paradójal. De este modo, los mundos virtuales (diagramas) friccionan las

experiencias moldeadas por los dispositivos (integración de saber-poder) que estabilizan las relaciones de fuerzas. Fricciones que ponen en riesgo las formas del mundo vigentes. Fricciones que tensionan e interrogan la subjetividad, produciendo un espacio (interrogación) que constituye el motor de los procesos de subjetivación. Rolnik ubica allí a lo “inconsciente pulsional”, la pulsación de los problemas producidos por las fricciones “disparan una señal de alarma que llama al deseo a actuar” (2019, p. 50).

El sujeto moderno (que emerge como forma a partir de finales del siglo XVII) se produce como individuo, con la creencia de poder controlarse a sí mismo y a la naturaleza, a través de la voluntad y la razón, bajo el mando del yo. Modo de subjetivación cuyo declive inicia en el siglo XX, con la emergencia de la subjetividad flexible.

Al respecto, Ana Fernández (2008) sitúa que el capitalismo actual transforma sus formas políticas y económicas de depredación y dominio, pero

mantiene y agudiza hasta la exasperación una de sus estrategias de reproducción biopolítica: la producción de soledades. Para ello es estratégica la producción y reproducción de cuerpos que arman y reiteran sus rutinas cotidianas pero que no logran encontrar intensidades de afección que no sean la apatía, el tedio, el aburrimiento (2008, p. 269).

Modo de subjetivación actual que requiere de la producción de dispositivos con potencia para crear lazos que quiebren los aislamientos y soledades, que afecten los cuerpos de otro modo. Dispositivos que propicien un hacer con otros.

Hasta aquí, hemos desplegado la noción de dispositivo de Foucault (1977), los desarrollos propuestos por Deleuze (2013, 2014, 2015), de Rolnik (2019, 2022) Fernández (2008) y Saidón (2002). Desarrollos que trazan y despliegan cómo funciona y de qué está compuesto un dispositivo en la dimensión socio-histórica de producción de subjetivación, al decir de Fernández (2008) a dispositivos ya dados en lo social.

III. Grupo como dispositivo

Interesa situar aquí una aclaración respecto al uso de la noción de dispositivo que propone Ana Fernández (2008); la misma puede utilizarse refiriendo a los dispositivos sociohistóricos ya dados en lo social, pero también se utiliza para referir a artificios tecnológicos diseñados para intervenir. En este caso, “el dispositivo es pensado como máquina que dispone a..., que crea condiciones de posibilidad, que provoca o pone en visibilidad y eventualmente en enunciabilidad latencias grupales, institucionales y/o comunitarias” (2008, p. 115).

Osvaldo Saidón (1987) sostiene que el grupo, como dispositivo, es algo que posibilita en un determinado momento histórico aumentar el índice de transversalidad. Propone, a partir de los desarrollos de Elias Canetti, la idea de pensar un grupo como una máquina de guerra, en el sentido de que el grupo es una formación que constantemente se está construyendo.

Una máquina de guerra que no tiene nada que ver con el ejército, dado que es una cosa que permanentemente evita que el Estado o la organización capturen el deseo. Caracteriza al Estado como un gran organizador, como el totalizador, como el 'uno'. Esto es muy rico para pensar cómo hacer para que un grupo sea una reunión de diferencias y no sólo de semejanzas. Cómo hacemos para que el grupo sea una expresión de singularidades y no la sumisión a una unidad imaginaria que siempre estaría fuera del propio grupo (Saidón, 1987, p. 124)

Rolnik (2019) realiza un despliegue de pensamiento teórico orientado a un devenir herramienta, indisociable de una pragmática clínica. Herramientas que nos posibiliten la producción de 'lo inconsciente'. Pragmática que, a diferencia de la semántica (vinculada con la designación, con lo que algo significa) y de la sintáctica (vinculada con la relación del yo con las palabras, con cómo manifestarse correctamente), se anuda con "la relación de las palabras con el deseo, con el modo en que nos expresamos (...) área propiamente estética del lenguaje" (Saidón, 2002, p. 43). A modo de ejemplo

Cuando alguien dice 'te amo', lo que da el valor de verdad es el momento en que los amantes se agencian de ese enunciado y el campo de intensidad que se produce. Lo que realmente expresa el amor está en función de las condiciones extralingüísticas, asignificantes, que están presentes en la situación. El agenciamiento colectivo de enunciación combina de diferentes modos los flujos semióticos y materiales (Saidón, 2002, p. 43)

¿Cómo hacemos para que el grupo sea una expresión de singularidades y no la sumisión a una unidad imaginaria que siempre estaría fuera del propio grupo?

Dimensión pragmática-clínica. Pregunta-problema que, inscripta en un modo de pensar lo grupal y lo colectivo, orienta la posición ética y política del equipo de cátedra, al momento de diseñar y coordinar dispositivos grupales y/o colectivos; entre ellos, los de enseñanza en la Facultad de Psicología de la UNLP.

Referencias

- De Brasi, J.C. (2002) *Notas mínimas para una arqueología grupal*. Grupo Cero.
- Deleuze, G. (2007) ¿Qué es un dispositivo?, en Deleuze, G. Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995). Pre-textos.
- Deleuze, G. (2013) *El Saber*. Curso sobre Foucault. Tomo I. Cactus.
- Deleuze, G. (2013) *El Poder*. Curso sobre Foucault. Tomo II. Cactus.
- Deleuze, G. (2013) *La Subjetivación*. Curso sobre Foucault. Tomo III. Cactus.
- Fernández, A. M. (2008) *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpo y multiplicidades*. Biblos.
- Fernández, A. M. (1998) *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión.
- Foucault, M. (1977). “El juego de Michel Foucault”. En Foucault, M. *Saber y verdad*.
- Rolnik, S. (2019) *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Tinta Limón.
- Rolnik, S. (2022) *Antropofagia Zombi*. Hekht.
- Saidón, O. (2002) *Clínica y Sociedad*. Lumen.

CAPÍTULO 2

Cuerpo y Deseo. Experiencia de coordinación desde la lógica de la multiplicidad

Moratti Serrichio, María Florencia

Introducción

En el siguiente artículo se retomará una experiencia de trabajo con grupos con el objetivo de reflexionar sobre la posición de coordinación y herramientas técnicas singulares desde la lógica de la multiplicidad. Se retomarán categorías centrales como cuerpo y deseo para autores como Michel Foucault (2008), Félix Guattari (1996; 2005), Suely Rolnik (2019) y Ana María Fernández (1989; 2007) con el propósito de transmitir los aportes de tales perspectivas para el trabajo con grupos.

Cuerpo y deseo. Nociones centrales para una clínica de la multiplicidad

¿Por qué circunscribir las nociones de cuerpo y deseo como referencias centrales para quienes coordinamos grupos? ¿Cómo es que ciertas construcciones teóricas se instrumentalizan en intervenciones clínicas?

En el siguiente apartado nos vamos a ocupar de la primera pregunta para ordenar cómo podemos entender las nociones de Cuerpo y Deseo desde una perspectiva de la subjetividad como producción múltiple y heterogénea.

La lente de la microfísica iniciada por Foucault para definir al poder como un ejercicio y no como una potestad nos sirve como instrumento para descomponer, de la misma manera, la visión sustanciada de la subjetividad tal y como la produjo el dispositivo de la modernidad y habilitar el registro de un campo de fuerzas múltiples en inmanencia.

Podemos recuperar el gesto foucaultiano de La Voluntad de Saber (2008) donde advertía que la condición para realizar una “analítica” del poder es liberarse de una cierta representación jurídico-discursiva que está profundamente arraigada en la historia de Occidente. Esa representación pregnante del poder lo circunscribe a su aspecto coercitivo, restrictivo, regulatorio

(ley y prohibición) y la propuesta central del método que propone será analizar cómo esa misma representación es efecto del juego concreto e histórico de sus procedimientos y condiciones de efectuación. La *microfísica* del poder será la particular manera de analizar esas condiciones de producción y le permitirá al autor dar un giro radical en la concepción de la subjetividad como *efecto* de un movimiento de subjetivación que se deriva de las forma del saber y las relaciones de poder pero que es irreducible a ellas.¹ Bajo esta premisa la idea de que existen “dominantes y dominados” porque unos tienen el poder por sobre otros cae por obsoleta. ¿Podemos arriesgar el mismo gesto de lectura con las nociones de Subjetividad, y por ende con las ideas de Cuerpo y Deseo?

Aquí una referente de pensamiento local, la Dra. Ana Fernández (2008), nos puede funcionar como *texto y pensamiento puente* porque delimita con mucha claridad la genealogía de dos lógicas para pensar la subjetividad que tienen incidencia en el modo de operar, intervenir, posicionarse como psicólogos en ejercicio. En esta genealogía Ana Fernández baliza autores, definiciones, singularidades de cada lógica y las nombra como la Lógica de lo Uno y las lógicas colectivas; entendiendo por la primera aquella lógica de producción del dispositivo de la modernidad y, a la segunda como la propiciada por lecturas y postulados críticos tanto posmodernos como postestructuralistas como el mismo Foucault, Félix Guattari y Gilles Deleuze, entre otros.

Esta distinción de lógicas permite interpelar el entendimiento de la subjetividad como sustancia, así como pudimos desnaturalizar la categoría de “poder” como una facultad que se posee, para entenderla como una producción múltiple e inmanente. En este punto podemos preguntarnos: ¿qué efectos tiene esta operación de lectura microfísica sobre cómo pensamos habitualmente la subjetividad? Pensemos en el siguiente postulado que seguramente nos resultará familiar: “la subjetividad se vincula con el contexto”. En tal afirmación ya albergamos toda una serie de suposiciones modernas: que la subjetividad es esencialmente interioridad, que si extremamos la idea se podría prescindir de un afuera (“el contexto”) y que aunque el abanico de derivas aparente ser diverso, en las bases ontológicas estamos preses de una discusión pendular sobre qué ámbito tiene mayor incidencia en su constitución (Psicologismo versus Sociologismo; binomio Individuo-Sociedad).

Desde la matriz moderna entonces se ha soldado a “la subjetividad” con el individuo como su ontología primaria, la esencialización del dualismo cartesiano (mente/cuerpo) y sus subrogados sobre una interioridad psíquica y un cuerpo anatómico en el cual se asienta la experiencia individuada y las relaciones entre sujeto/objeto como polos ineludibles en la construcción de la subjetividad. Estará constreñida por parámetros individuales, esencialistas o sustanciales y

¹ Recordemos que específicamente en lo que hace al concepto de “poder”, Foucault lo definirá como un juego de relaciones recíprocas, múltiple por definición ya que involucra el poder de afectar y ser afectado. Las fuerzas o intensidades del poder son móviles e inestables y adquieren estabilidad a través de su imbricación con las formas del saber (de cualidad taxativamente heterogénea a las fuerzas). El modelo estratégico para pensar el poder permite pensar la subjetividad como línea derivada en los dispositivos histórico sociales, ya sea en su expresión biopolítica, en los modos de sujeción o en los movimientos de subjetivación que promueven invenciones de sujeto (Deleuze, 2008b).

trascendentes considerando que los conjuntos familiares y sociales son superestructuras en relación con la subjetividad individuada (Guattari, 2005). El binarismo es una operatoria propia de esta lógica, cuyas reglas van a estar marcadas por las oposiciones duales, jerarquías y valoraciones diferenciales según el criterio de verdad (el sesgo valorativo moral se cuela en todas las dicotomías; así como en el juego de Foucault nos alertaba sobre la ficción esencialista Dominantes-Dominados, podemos recuperar toda una serie de oposiciones “desiguales” tales como hombre-mujer; ricos-pobres; oriente-occidente; etc.). Un andamiaje epistemológico y existencial que se asienta a su vez en el sistema patriarcal como aparato de poder (en su doble carácter de coerción y de producción positiva). Esta será la amalgama moderna situada por Ana María Fernández como tope para pensar la subjetividad. (Fernández, 2007).

La lógica de la multiplicidad por otra parte subvierte la manera de entender la Subjetividad, en principio como producción en inmanencia de composición múltiple y heterogénea (Guattari, 1996). La individuación será una de las dimensiones posibles de la subjetivación, pero no exime ni se jerarquiza de por sí sobre su dimensión de producción colectiva. La materialidad e intensidades que dan movimiento a su producción son *múltiples* (en conexiones y elementos) y *heterogéneas* (en la cualidad misma de esos elementos).

Como vemos, no se tratará de la primacía esencialista del individuo ni la subjetividad colectiva es resultado de una sumatoria de subjetividades individuales. Se desnaturaliza el binomio individuo-sociedad. Cuando Félix Guattari formula un “proceso de subjetivación” como “proceso de singularización” no se tratará de una unidad evidente en una persona, y/o individuo. Según este autor estas totalizaciones ya responden a modelizaciones y aparatos de normativización porque la subjetividad es *esencialmente fabricada, producida*.

Esta dimensión maquínica² de la subjetividad compone elementos heterogéneos:

1) semiológicos significantes manifestados a través de la familia, la educación, el ambiente, la religión, etc.; 2) elementos fabricados por la industria de los medios de comunicación; 3) dimensiones semiológicas a-significantes. (Guattari, 1996). Las máquinas tecnológicas de información y comunicación operan en el corazón de la subjetividad, y con ello se refiere tanto a la sensibilidad como a los afectos y fantasmas inconscientes.

Esta manera de entender la subjetividad implica, por consiguiente, una singular manera de conceptualizar las nociones de cuerpo y deseo.

² “Félix Guattari se ocupa de la subjetividad desde la fuerte interpelación de su experiencia como integrante y luego Director en la clínica La Borde. Militancia, experimentación, gestión asamblearia, flujo y movimiento entre pasantes voluntarios ávidos de experiencias no-fascistas en torno a la locura, la militancia y la organización colectiva e institucional. La Borde resultó territorio fértil para el encuentro con una heterogeneidad que cuestionaba los cimientos del paradigma estructuralista en pleno auge: el reduccionismo signifiante; la matriz familiarista-edípica; el inconsciente estructurado como un lenguaje; las leyes invariantes que determinan la organización de los elementos en la estructura; el sujeto contenido en las relaciones biunívocas de tales puntos/posiciones de estructura (Guattari, 1976). Entender la dimensión “maquínica” de la producción de subjetividad lo lleva a desplazarse de la idea de una subjetividad individual, restringida a la estructuración psíquica y por lo tanto prevalentemente adherida a un orden semiótico signifiante.” (Moratti Serrichio y Catani, 2019).

Si volvemos a revisar La Voluntad de Saber (2008), previo a la definición microfísica del poder, Foucault anticipa: “la relación de poder ya estaría allí donde está el deseo: es ilusorio denunciarla en una represión que se ejercería a posteriori; pero también vanidoso partir de un deseo al margen del poder” (2008, p. 79).

La pregunta por el deseo es clave para la formulación del dispositivo de la sexualidad que le permitirá al autor un viraje en su propia teorización: desde el objeto de análisis de la episteme (o estrictamente la producción discursiva) hacia la invención del concepto de Dispositivo para analizar las condiciones de producción de la subjetividad.

La pregunta por el deseo guía hacia la formulación de la dimensión de las fuerzas de un dispositivo, cuya estrategia anónima es muda y ciega ya que escapa de las formas estables de lo visible y lo enunciable. Este medio estratégico, no estratificado (cualidad del dominio de las formas del saber) es esencialmente relación con otras fuerzas y es en sí mismo *espontáneo* (poder de afectar a otras fuerzas) y *receptivo* (las fuerzas son afectadas por otras fuerzas) (Deleuze, 2008b, pp. 102-103).

Para Suely Rolnik (2020), que retoma para su propuesta el planteo foucaultiano³, las capacidades a través de las cuales se registran las señales de las formas y las fuerzas son distintas. Así como las formas y las fuerzas, también estas capacidades son indisociables y operan de manera simultánea e inseparable en la trama relacional, tengamos o no conciencia de las mismas e independientemente de cuanto mantengamos activa cada una de ellas para orientarnos en nuestras acciones.

De estas capacidades resultan dos de las múltiples dimensiones de la experiencia de la Subjetividad. Previo a que nos detengamos en ellas, es preciso tener en cuenta que esta distinción es explícitamente identificada por la autora como los polos extremados de la gama múltiple de experiencias de la subjetividad. Su dualidad remite no sólo a los fines de la transmisión sino también a identificar con ciertas precisiones los mecanismos de cada una de ellas. Ambas tensan la experiencia vital hacia sus dos polos: o bien traccionan una subyugación al poder del Régimen Colonial Capitalístico; o, en su opuesto, fugan la experiencia hacia la apropiación deseante. Bien podríamos decir también que esta diferenciación modelizada da cuenta de la producción del Inconsciente Colonial Capitalístico para la autora y las estrategias o sugerencias para una clínica micropolítica.

Veamos ambas propuestas y sus funcionamientos:

a) *Experiencia Sujeto*: Es la experiencia propia del desciframiento de las **formas**, por ende remite principalmente a los códigos y sus dinámicas. Se operativiza a través de la percepción, la

³ El planteo de la autora se asienta asimismo en la concepción y operatoria del Capitalismo Mundial Integrado desarrollado por Félix Guattari, la concepción spinozista sobre el cuerpo como potencia y ciertos rasgos de la economía del deseo freudiana (sin su sesgo endogenista).

cognición y la información. En esta experiencia se establecen relaciones con otros a través de la comunicación y los sentimientos conforme a nuestra dinámica psicológica.

El desciframiento de las formas del mundo nos permite existir socialmente. Este modo de aprehensión del mundo nos resulta familiar, son nuestros hábitos y pautas culturales.

En el Régimen Colonial Capitalístico esta función coopta toda experiencia de la subjetividad. En la política de subjetivación dominante tendemos a ceñirnos a la experiencia como Sujeto a la vez que se desconocen otras vías de aprehensión del mundo.

b) Experiencia Fuera del Sujeto: las **fuerzas** que agitan el mundo provocan efectos en nuestros cuerpos, son resultado de encuentros (gente, cosas, ideas, situaciones, presencialmente o mediante tecnología de la información). De estos encuentros resultan alteraciones en el diagrama de los vectores de fuerzas.

Se introducen otras maneras de ver, perceptos (distinto de percepción ya que excede la representación) y se introducen otras maneras de sentir, afectos (distinto de emoción psicológica o sentimiento). Es una emoción vital para Suely Rolnik o podemos remitirnos a la definición de afecto spinozista⁴ o también la referencia foucaultiana respecto de la cualidad de las fuerzas. Percepto y Afecto no tienen imagen, palabra ni gesto que le corresponda, no tienen nada que los exprese.

La experiencia Fuera del Sujeto a la cual Rolnik propone denominar “Saber del Cuerpo” o “Saber de lo Vivo”, comprende una experiencia sutil del mundo y funciona de modo extracognoscitivo. Es un *saber intensivo*, distinto a los conocimientos sensibles y racionales propios del Sujeto.

Ambas experiencias podemos advertir que funcionan según lógicas, escalas y velocidades distintas pero indisociables e irreductibles. La relación no es de oposición, tampoco desembocan en una síntesis. Es una relación paradójica y tensa ya que el efecto de las fuerzas en el propio cuerpo conmueve o “fricciona” la experiencia más organizada del mundo (Experiencia sujeto). Esa tensión que la autora denomina “Inconsciente-Pulsional” y cuya función es ser motor de la subjetivación, es el foco de llamado al deseo para recobrar un equilibrio vital a través de alguna acción. El momento en el cual el deseo es convocado a actuar es donde se produce la diferenciación entre las dos políticas del inconsciente pulsional que son los extremos opuestos del complejo espectro de micropolíticas que orientan el actual régimen.

⁴ Para Spinoza ¿qué son los afectos? Modos de llenado, efectuaciones de la potencia (Deleuze, 2008a). Son siempre un pasaje, una transición entre un aumento y una disminución de potencia. Los afectos que aumentan mi potencia de actuar son alegres, y los que disminuyen la potencia son tristes (son afectos vividos pero no necesariamente conscientes). Esta referencia a Spinoza es también la que la hace muy emparentada a su posicionamiento sobre la ética como una ontología y su diferenciación con la moral (que es esencialista, se plantea algo superior al ser). La pregunta ¿qué puede un cuerpo?, es en tanto su potencia (no debe leerse como “lo que podría” ya que esa sería una formulación moral) en tanto a la cualidad intensiva de su existencia que siempre está efectuada, en immanencia. Por ello la ética es situacional y la pregunta se sucedería con otro interrogante: ¿qué aumenta la potencia de actuar y qué disminuye la potencia de actuar?

En este momento crítico Rolnik sitúa la operatoria del *abuso de la vida* del régimen colonial capitalístico diferenciando *dos políticas del deseo*: desde la posición del deseo más sumisa al Régimen Inconsciente Colonial Capitalístico en la cual se produce una entrega total a la expropiación de la fuerza de creación (por ende las acciones que tienden a guiar al deseo son repetitivas de la organización de las formas, lo dado, las imágenes de referencia que ofrece “el mercado de la subjetividad”, lo que llamaré una micropolítica reactiva); hasta las acciones más desviantes en la cual se plasma la total reapropiación de la fuerza vital deseante en la creación de nuevos emergentes.

La política del deseo propia de la subjetividad que habita la paradoja entre las dos experiencias simultáneas (como Sujeto y como Fuera-del-Sujeto) logra mantenerse alerta ante los efectos de los nuevos diagramas desde fuerzas y tolera la turbulencia generada por experiencias intensivas. En esta modalidad, la brújula que guiará el deseo y la acción, será la de una micropolítica activa. “Ella sabe (extracognocitivamente) sin saber (cognocitivamente)” que resolver la tensión vía parámetros ya establecidos y respuestas prefijadas condenará a la subjetividad a las experiencias de la repetición.

Lo que orientará al deseo es la creación de respuestas no clausurantes y desprovista de parámetros habituales. Produce la invención de algo (idea, imagen gesto, obra) pero también de un nuevo modo de existencia, sexualidad, alimentación, relación con otros, con el trabajo, el Estado, etc. Lo que cuenta es que carga con nuevos modos de ver y sentir.

El saber del cuerpo por ende es el punto neurálgico de la resistencia micropolítica y es el deseo como fuerza colectiva lo que posibilita la creación de nuevos modos de existencia (sin que llevemos esta novedad a una radicalidad trascendente).

Ana María Fernández incitará en esta línea a desnaturalizar el deseo como carencia. Retomar la noción de deseo como potencia, como fuerza de acción, aporta herramientas para elucidar cuando un colectivo arma máquina, arma velocidad, desbordando la lógica de la representación y en intensidades variadas y crecientes establece su potencia de invención (Fernández, 2007).

“Todo se diluye; a veces por la urgencia, a veces por dispersión”: una experiencia clínica de coordinación con grupos

Abrir espacios donde la reflexión sea posible, para elucidar, nominar, armar visibles con otros, es parte de la pertinencia de nuestra función de coordinación con agrupamientos. A continuación, se narra un recorte posible de una experiencia clínica realizada junto con una querida colega.

Desde un organismo público provincial, que articula con el municipio de una localidad del sur de nuestro país, nos solicitan una intervención dirigida a los efectores de políticas de género y

niñez. El encargo original por parte de las directoras era construir un espacio para los equipos luego de ocurrido un femicidio local. Varías de los integrantes de los equipos habían estado involucradas en la situación previa de la mujer asesinada y parte de nuestros supuestos era que el impacto de lo ocurrido estaría generando angustias y malestares a elaborar.

Primer punto de detención: poner a trabajar los supuestos previos en el equipo, es un ejercicio imprescindible para visibilizar líneas que de otro modo podrían actuarse (como lectura y como fuerzas) en el campo de intervención.

La propuesta que realizamos para trabajar con los equipos sostuvo un inicio presencial intensivo con jornadas de técnicas mixtas (lúdicas, expresivas y reflexivas); una serie de encuentros remotos y un cierre presencial nuevamente intensivo, en un periodo que abarca unos cuatro meses de trabajo. Por el traslado que implica para nosotras nos resulta imposible realizar toda la intervención de modo presencial, pero insistimos de todas maneras en la importancia de conservar un inicio con esta modalidad para implementar dos jornadas de talleres con herramientas lúdicas, sensibles y dramáticas en estrategias grupales.

El momento de instalación requiere de cierta artesanía. Es momento de explicitación del encuadre de trabajo, del encuentro y registro de múltiples líneas de producción situacional. Los gestos iniciales son clave para la producción de condiciones de confianza mínimas.

Para este momento y en las condiciones en las que se nos presenta la intervención, confiamos en la potencia de los procedimientos sensibles y lúdicos que conectan con las fuerzas que modulan los cuerpos. Trabajamos con estas herramientas porque esa “vía regia” conecta con la experiencia fuera-del-sujeto; el “*saber del cuerpo*”, cuyo modo de aprehensión del mundo es a través de los afectos.

Este posicionamiento implica una apuesta. Requiere de una temporalidad para la producción de condiciones individuadas y colectivas. Requiere componer un espacio-tiempo que facilite que cada quien (en un cada quien que no es solo individual) pueda desplazarse de la centralidad de lo personal-psicológico-cognitivo-racional. Esta orientación *es para nosotras una brújula ética y técnica*: producir ese pulso vital en el encuentro de cuerpos para cartografiar otros territorios.

Las primeras jornadas las organizamos en dos días de trabajo. El primero destinado a componer el espacio común (no los suponemos “grupo”, apostamos a la producción situada de un común, en estas condiciones de trabajo, cuerpo y reflexiones); el segundo para identificar juntas qué líneas de las múltiples desplegadas, vamos a trabajar en conjunto (delimitar para ordenar pertinencias). Ambos días los planificamos con una secuencia de técnicas. Pero la presentación de las primeras composiciones nos hizo dar varios “volantazos” a la planificación.

Los juegos grupales nos resultan entre enigmáticos y expulsivos como coordinadoras. Responden de manera automática a las consignas, las cumplen a la perfección y a toda velocidad.

Ni siquiera registramos esos esperables gestos de vergüenza o pequeñas incomodidades que suele ocurrir en el momento de instalación de estas propuestas. No hay resistencia y al mismo tiempo tampoco demasiado registro entre ellos. Es una fuerza que agota, que expulsa, y que, como efecto, también genera dispersión. Sin embargo, funcionan. Y a toda velocidad.

Este equipo está compuesto por psicólogos y trabajadoras/es sociales jóvenes. Se dividen en Norte y Sur, en una distribución que resulta estrictamente geográfica. Advertimos que no hay estrategias de trabajo territorial. “*Los casos*”, “*las situaciones*” les llegan de a una, en catarata y ya prendidas fuego. Son “bomberos/as” del incendio incentivado por otras instituciones (judicial, sobre todo). Cada quien se ocupa de su “situación”, cada quien su “caso”. Un teléfono blanco, el de la guardia (que *NUNCA PUEDE APAGARSE* y aparece en varios de los juegos y escenas) y una lluvia de Oficios, son sus contactos con las diversas situaciones de violencias.

La falta de tiempo les imprime una vertiginosidad que les eyecta a su vez (a ellos de sus propios vínculos con el trabajo y a nosotras ahí mismo, como coordinadoras, en el registro que tenemos de las velocidades y el movimiento de los cuerpos). El vínculo con el Municipio es a través de contratos trimestrales. Estos, además de precarios en estabilidad, son malos económicamente. Para peor, nunca se firman a tiempo. Suele haber baches (muchos) sin cobro. Agotamiento, velocidad, heroísmo y mortificación, a la vez.

La burocratización de las instituciones instala otra temporalidad a la de las urgencias a las que deben responder. Y en el medio, sus cuerpos y su tarea de acompañamiento a través de papeles y teléfonos. No hay mucha más red que la que pueden armar entre ellos. Está claro que son “laburos de paso”, nadie puede sostenerse con ese ingreso, ni en esas condiciones, ni en esa velocidad sin freno. “Todo se diluye, a veces por la urgencia, a veces por dispersión”. Siempre alguien se está yendo. Siempre hay alguien llegando. Pero no hay tiempo para despedidas ni bienvenidas.

En las escenas dramatizadas que pedimos espontáneamente a dos subgrupos, ambos eligieron “el primer día de trabajo” de algune de ellos para representar. Nadie consensuó el tema. Nos preguntamos si el caldeamiento intensificó esta línea. Dudamos. Registramos. Ambas parecen calcadas. Son primeros días de trabajo sin bienvenidas. Un contraste visible e intensísimo en el cual muchos cuerpos se mueven en su propia tarea, sin conexión. “El/la nuevo/a”, pasa de un momento inicial de perplejidad y quietud, a registrar rápidamente esas pequeñas acciones a través de las cuales debe subirse a esa máquina. Trabajamos las escenas. Las abrimos, las multiplicamos. Compusimos, entre todes, escenas de desaceleración y bienvenidas.

“No hay tiempo para pensar”. En plena jornada surge la reflexión: nunca paramos, ni siquiera después de lo de “G”. Hacia el final del segundo día, mientras cada quien intervenía en silencio un afiche improvisado de resonancias y palabras sueltas para terminar la jornada, varies de ellos se fueron acercando a quien sostuvo el acompañamiento de “G” antes de su muerte. No

fue un abrazo; era una madeja de cuerpos que compusieron otro territorio existencial. Al finalizar esos primeros dos días de taller, ese cuerpo múltiple pudo detenerse y llorar por primera vez.

A partir de la producción de otras condiciones pudimos construir entre todas ciertas líneas de visibilidad/enunciabilidad que funcionaron como brújula micropolítica:

- Percepción de trabajo automatizado y en solitario a partir de redes de intervención desarticuladas y sin perspectiva de abordajes integrales (Desarticulación entre instituciones y estamentos).
- Percepción de falta de anclaje territorial y estrategias comunitarias (Desarticulación con las dinámicas, redes y actores territoriales).
- Falta de fluidez en la comunicación con/desde las coordinaciones. Falta de claridad en la definición de roles y responsabilidades.
- Ausencia de criterios de trabajo comunes que guíen y ordenen las intervenciones.
- Necesidad de una mirada amplia que pueda trabajar en estas construcciones, interpelar y acompañar el trabajo sobre los posicionamientos profesionales.
- La lógica de intervención que prima responde a la atención individual y está mediada en su mayor parte por estrategias formales y circuitos institucionales.
- El enfoque de intervención sobre la urgencia está desligado de experiencias de promoción y prevención y, por ende, alimenta un circuito sin horizonte de cambio.
- Cuando aparecen las dificultades en el sostén de la tarea cotidiana, prevalecen estrategias de “aguante” grupal, “aguante” entre amigos o salidas individuales, por sobre la definición de estrategias colectivas que hagan consistir otro modo de posicionarse como equipo y clarificar qué caminos alternativos, espacios, grietas podrían habilitar otros posibles.
- Equipo en constante cambio de integrantes. Esta circulación hace difícil involucrarse con las estrategias colectivas capaces de sostener negociaciones y jugar otras fuerzas.

La constitución de un otro territorio de composición permitió constituir preguntas y comenzar a identificar los obstáculos en las estrategias concretas de intervención. Siguiendo a Suely Rolnik, si en el momento de presentificación de la agitación de las fuerzas, el movimiento deseante (no individual, no psicológico) sigue impulsando a la máquina a guiarse por la brújula micropolítica reactiva, los riesgos que corre el equipo son:

- Consolidación del automatismo como único modo de respuesta;
- Proliferación de estrategias individuales, en pos del “sálvese quien pueda”;
- Persistencia del espacio como “lugar de paso”;
- Abono de representaciones de que los cambios necesarios son exclusivamente macroestructurales, molares y, por lo tanto, imposibles, o muy lejanos a los márgenes de gobernabilidad del equipo. No hay micropolítica activa visible. Las intervenciones son impotentes desde su germen.
- Cristalización de posicionamientos profesionales que no interpelan sus prácticas;

- Anestesia de la burocratización.
- Vaciamiento de lo que podría constituirse como un lugar de referencia para mujeres, familias y niños.

La apuesta y ética de la intervención nos condujo a jugar una fuerza colectiva para habilitar alternativas que vayan modificando los abordajes individuales, la cinta sinfín de las urgencias y las intervenciones a destiempo, en la línea de pequeñas experiencias (sostén del espacio de reflexión grupal, mapeos colectivos de subequipos, clarificación de roles y funciones, construcción de guías de intervención, incorporación de estrategias comunitarias y territoriales en el modo de abordaje de violencias).

Conclusiones

El trabajo con grupos desde la lógica de la multiplicidad, tomando en cuenta las nociones de cuerpo y deseo, nos permite desnaturalizar las concepciones tradicionales de subjetividad y con ello incorporar la dimensión del registro intensivo en nuestra caja de herramientas clínicas. La propuesta microfísica foucaultiana, la concepción de subjetividad como producción maquínica de Guattari y el abordaje clínico-político de Suely Rolnik nos invita a considerar el “saber del cuerpo” como una dimensión intensiva y extracognitiva que permite la creación de nuevos modos de existencia.

En el contexto de una experiencia clínica de coordinación de agrupamientos, se evidenció la importancia de construir condiciones colectivas de reflexión y visibilidad para interrumpir la dinámica automática de respuesta individual y la falta de estrategias colectivas de abordaje. La brújula ética y técnica de la micropolítica se presentó como clave para habilitar alternativas y transformaciones en el equipo de intervención, confrontando la inercia burocrática y fomentando la creación de espacios de referencia para la comunidad.

En momentos como los actuales, de convulsiones y virulencias, las condiciones sociohistóricas nos obligan a repensar e inventar nuevas estrategias. Herramientas como el pensamiento de la multiplicidad, la agencia colectiva del deseo como potencia y la experimentación del saber-del-cuerpo como instrumento de registro clínico-político, quizás nos arrojen algunas pistas de estrategias vivificantes ante tanta incertidumbre.

Referencias

- Deleuze, G. (2008a). *En medio de Spinoza*. 2° ed. Cactus.
- Deleuze, G. (2008b). *Foucault*. 2° ed. Cactus.
- Fernández, A. M. (1989). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión.
- Fernández, A. M. (2007). *Las lógicas colectivas*. Biblos.
- Foucault, M. (2008). *Historia de la Sexualidad. Tomo 1: La voluntad del saber* (2da ed.). Siglo XXI Editores.
- Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Ediciones Manantial.
- Guattari, F., & Rolnik, S. (2005). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Tinta Limón.
- Moratti Serrichio, M. F. y Catani, J.P. (2019). Subjetividad Maquínica. Hacia la producción del paradigma estético en Félix Guattari en *Memorias XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXVI Jornadas de Investigación y XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. (p.24-26). Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología.
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconciente*. Tinta Limón.

CAPÍTULO 3

Apuntes sobre la posición de coordinación en grupos. Entre la abstinencia y el registro sensible de la potencia

Moratti Serrichio, María Florencia y Catani, Juan Pablo

En el siguiente artículo nos proponemos analizar algunas herramientas fundamentales para la posición de coordinación en dispositivos grupales y/o colectivos: la diferenciación entre abstinencia y registro sensible del campo de intervención. Asimismo, recuperamos para este análisis una variedad de herramientas para la coordinación con agrupamientos que facilitan la conexión con la dimensión intensiva en el campo de intervención, tales como multiplicación dramática; estrategias lúdicas; mapeos; consignas grupales con recursos literarios.

Para iniciar la reflexión, vamos a situar algunos puntos sobre la noción de **Abstinencia**:

Una referencia importante en el trabajo con agrupamientos e instituciones en el campo argentino es Fernando Ulloa. En “Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica” (2012), el autor transmite las herramientas diagnósticas y metodológicas que ha desarrollado a lo largo de su experiencia con intervenciones clínicas en condiciones de numerosidad social (Ulloa, 2012).

Sin extendernos en lo vasto y nodal de su propuesta, recuperamos para este escrito lo concerniente a la noción de abstinencia. “La abstinencia psicoanalítica es una regla fundamental, tanto a nivel metodológico como ético”. (2012, p. 99). Desde lo metodológico, es en función de la abstinencia y sus efectos en la escucha, y del funcionamiento de la asociación libre, a partir de lo cual se constituye la neurosis de transferencia y el despliegue de conflictos y síntomas del paciente, quien se configura como titular y responsable de su propio análisis. Desde el plano ético, el analista no debe anteponer un ‘proyecto’, “ni siquiera un buen proyecto, que defina cómo debe ‘curarse’ un paciente” (2012, p. 99). El punto fundamental es que se asume la dirección de la cura sin marcar una dirección guiada por valores afectivos o intelectuales del analista.

Ulloa plantea el ejercicio de la abstinencia como una *estructura de demora*, noción principal de su propuesta clínica (2012, p. 103). Todo clínico está afectado en la situación y es tal afectación la que permite perfeccionar la acción clínica. “Esas primeras impresiones tales como *sentir, querer, creer*, resultan el *nicho ecológico emocional* que agudiza la empatía clínica y que al conectar con el historial del paciente y el anclaje teórico, permiten la articulación de una idea nueva, o un acto

clínico” (2012, p. 104). Abstinencia no es indolencia, no anula el registro afectivo; lo requiere y lo trabaja, para sostener una posición clínica pertinente y ética.

Abstinencia vs. neutralidad es otra de las discusiones centrales que nos interesa retomar para diferenciar ambos ejes en el posicionamiento clínico. La marca inaugural de esta discusión, que sigue vigente, la ubicamos en la convulsión social de 1969. El Cordobazo motivó cuestionamientos y movilizaciones al interior del campo psi argentino, fundamentalmente en la pregunta sobre el rol social de los psicoanalistas. El eje política y Salud Mental fue coyuntura de definiciones: El Congreso Internacional de Psicoanálisis realizado en Julio de 1969, fue el escenario de rupturas y discusiones sobre la formación, el anquilosamiento de la institución psicoanalítica y el papel de los psicoanalistas en la sociedad. (Carpintero y Vainer, 2004). Esta coyuntura que remite a la historia de la construcción de la Psicología y la profesión en nuestro país es relevante a su vez para comprender los sesgos que aún carga la coordinación y el trabajo con grupos. Quienes en aquel momento dedicaban sus prácticas en salud mental a la tarea con grupos, instituciones, comunidades, en el marco de sus preocupaciones sociales; fueron activamente “marcados” por la APA como los psicoanalistas que no hacían psicoanálisis, sino “psicoterapias” (una manera de descalificar que no era sólo técnica, sino profundamente política e ideológica) (Carpintero y Vainer, 2004). “Lamentablemente, la presión y tutela ideológica que se intentaban combatir, pueden ser ejercidas de forma encubierta al invocar un supuesto apoliticismo o la pureza científica”, rezaba una de las cartas que circularon en la APA el 18/9/1976. (2004, p. 37). Si bien a lo largo de la literatura científica podemos encontrar diversos pasajes en los cuales abstinencia y neutralidad son utilizadas como sinónimos; luego de aquella coyuntura político-institucional esa discusión nunca volvió a ser ingenua.

Este modo de entender a la abstinencia, como ligada a una neutralidad, permaneció al nivel de las Significaciones Imaginarias Sociales (Castoriadis, 1999) hasta nuestros días. En ficciones televisivas o en tiras cómicas, nos encontramos con caricaturas de psicoanalistas que se duermen en la sesión, o que no intervienen absolutamente nunca, se multiplican en las representaciones sociales de un modo irónico que, de todas formas, deja alguna huella en una modalidad más o menos “silvestre” de concebir la posición del analista. Efectivamente, las Significaciones Imaginarias Sociales, no se reducen a meras representaciones sino que producen efectos y afectos en los individuos de esa sociedad que comparte ese mundo de significaciones.

Abstinencia, Elucidación Crítica y Actitud clínica.

Desafíos para la enseñanza

Retomemos a Ana María Fernández (1989) para recuperar el concepto de *actitud crítica*. Si bien lo referencia en virtud del análisis genealógico sobre el campo grupal, es útil para balizar entre las herramientas a tener en cuenta para una coordinación de grupos. La autora menciona que una actitud de elucidación crítica se aparta de una lectura religiosa del texto como verdad e

interpela al lector que se posiciona en clave de desciframiento y repetición. Esta modalidad de lectura dogmatiza los cuerpos teóricos e insufla la ilusión de las teorías como corpus completos y totalizantes. (Fernández, 1989). Una actitud de elucidación crítica por ende se propone des-totalizar y entender “las condiciones de producción, emergencia, composición, acercándose a “una manera de leer, una manera de pensar” (1989, p. 21).

Mireille Ciffali (2005), desde otro campo de estudio vinculado con la pedagogía, profundiza en el desarrollo de elementos propios de una formación que pueda construir una *actitud clínica*, definiéndola como una *actitud* de investigación e intervención que se desarrolla a lo largo de toda la formación y la práctica profesional. Esta *actitud* requiere la articulación continua entre los saberes constituidos, formales y los saberes de la experiencia. Es un ejercicio complejo de acción, reflexión y elucidación/análisis de la propia implicación (Moratti Serrichio, 2022).

En esta tarea, la adquisición de contenidos conceptuales requiere a su vez una lectura que cuestione la producción académica de conocimiento. “Los conceptos” no son guías infalibles en el campo de las prácticas. Esta es una dimensión necesaria de trabajar cada vez con les estudiantes a sabiendas de que la mera enunciación como docentes no alcanza, ya que el dispositivo académico jerarquiza los saberes formales, con determinados criterios de verdad y peyorativiza otros, los de la experiencia, como saberes de menor jerarquía o de cientificidad cuestionable. Nuevamente, el ejercicio de reflexión como brújula ética de las prácticas. Los textos, los modelos teóricos, son herramientas de lectura, posicionamiento e intervención; son referencias a la hora de interrogarnos sobre lo vivo en cada situación (Cifalli, 2005).

Volviendo a nuestro tema, los deslizamientos que encontramos en las aulas sobre la noción de *abstinencia* se acercan más al *habitus académico* (Bourdieu, 2008) cientificista y “neutral”, que lo que transmite la bibliografía clínica a lo largo del trayecto formativo. Ello supone trabajar con les estudiantes que el hacer clínico en la coordinación es un ejercicio, y la materialidad conceptual es eficaz en tanto y en cuanto esté apropiada como herramienta de pensamiento e intervención. En tal caso, será el trabajo sobre las condiciones que hagan posible un ejercicio reflexivo, lo que nos allanará alternativas de intervención y revisiones sobre puntos ciegos en la posición de coordinación (Ulloa, 1973).

Por otra parte, el funcionamiento de ciertos saberes a la manera de verdaderos passwords impide una correcta profundización no sólo en la cuestión conceptual, sino en la posibilidad de pasar esos saberes por el cuerpo. Saberes que surgen de la clínica, y que hablan de un modo de posicionarse en la escucha, el alojamiento, y la intervención; fácilmente pueden convertirse en una repetición vacía de *slogans* que pueden funcionar en la máquina universitaria, sin que necesariamente se esté realizando una experiencia de la problemática respecto del posicionamiento clínico. De este modo, se convierten fácilmente en clichés (lo que los aleja de la posibilidad de problematización y la producción de pensamiento), funcionando con un criterio de verdad, que permite discernir lo correcto, de lo incorrecto. Estos saberes, desgajados de la experiencia y de la pregunta por la posición del coordinador de grupos, no pocas veces ayudan a

conformar un tipo de conocimiento que sabe “en teoría” cómo debe posicionarse el analista, ayudando a un psicólogo que rechaza su propia potencia de intervención, tomado por el afecto del miedo a la experimentación (en dispositivos de aprendizaje) sobre la posición clínica.

Dos recortes mínimos a modo de problematización en intervenciones institucionales

a- ¿Qué hacemos si cierran?

En ocasión de participar de un equipo de intervención con la comisión directiva de una institución, se realiza un trabajo con escenas realizadas por los participantes. Algo interviene en ellos entre esa reunión y la siguiente. Al iniciar la siguiente reunión, una de ellas puntualiza que prácticamente en ninguna de las escenas se mostró el rol social que efectivamente cumple la institución. Otra toma la palabra y plantea que así no se puede seguir, que tal vez sea hora de dedicarse a otra cosa. A los problemas económicos que se viene atravesando, el agrupamiento suma el argumento de que podrían dedicarse de lleno a estas otras actividades, las que sí fueron mayormente escenificadas en la reunión anterior. Silencio prolongado en la reunión. Alguien finalmente habló de “cerrar” la Institución que dirigen.

Al salir del encuentro, en el interior del equipo de analistas se da un debate. Independientemente de haber leído la escena en términos del par dialéctico institucionalización-autodisolución, como eje del problema de la autogestión (Lourau, 2005), los afectos y las lecturas de los miembros del equipo difieren. Alguien plantea que el rol social que cumple la Institución es muy importante, y que debemos ayudar con la intervención a que eviten el cierre. Otro miembro del equipo plantea lo contrario, que se trata de no intervenir eso, y sostener solamente el espacio para que ellos puedan tomar la decisión que prefieran, como dirigentes de la Institución. Se abren interrogantes para pensar: ¿de qué deseo se trata cuando se trata de “ayudar a que la institución no cierre”? ¿Se está por fuera de la abstinencia? ¿Se trata de una implicación institucional, pregnada de ciertas Significaciones Imaginarias Sociales, bordeadas en el enunciado “el rol social que cumplen es muy importante”?

b- ¿De qué presencia se trata, también, nuestra presencia?

En esta ocasión se trata de una intervención institucional pactada entre dos organismos. Nosotros formamos parte del equipo de psicólogos que va a trabajar en la otra Institución. La presentación del espacio está híper formalizada (con la presencia de los funcionarios y banderas argentinas en la sala). Se muestra al espacio que se va a iniciar como un espacio “de capacitación” para les empleades del lugar.

Conforme vamos avanzando en el trabajo, van apareciendo figuras de personajes, de superhéroes con quienes ellos se identifican. El espacio es obligatorio y antes de entrar a cada

sesión, se acerca alguien de Recursos Humanos a dejarnos una lista, para que pasemos asistencia. Así, ellos rinden cuenta de su quehacer ante las autoridades, y nosotros ante las autoridades de nuestra institución, quienes realizan la supervisión del espacio. En ambas escenas se produce una figura: la fantasía de que “nos espían”.

Notamos, de todos modos, que en cada una de las escenas, quienes supuestamente “espían” muestran cierto desgano en la tarea y que no parecen particularmente interesados en lo que sucede en el espacio. Frecuentemente en el taller, ingresan jefes de diversas áreas que le piden a algún miembro del grupo que salga porque lo necesitan “de forma urgente”.

Finalmente, aparece el analizador en la lista de presentes. Notamos un día que la lista de asistencia que nos da Recursos Humanos no está actualizada. En efecto, parecen haber extraviado los últimos registros. Ponemos entonces a trabajar esto con el grupo, y allí se decide que no vamos a pasar más asistencia, ya que los integrantes valoran el espacio, pero el dar presente para sus jefes, ni el supuesto puntaje que ganarán con este “curso”.

La decisión la tomamos atravesados por un registro corporal de temor, ya que nosotros como equipo también deberemos dar cuenta a nuestros “jefes” en nuestro propio organismo, y no sabemos cómo van a reaccionar, ante haber tomado una decisión así “en el propio campo”. Por otra parte, hay otro equipo, que trabaja con el otro turno, que no está tomando la misma decisión que nosotros.

En otro escrito (Catani y Moratti Serrichio, 2019), planteamos que la desestima ‘oficial’ del espacio de trabajo, y el vaciamiento del sentido conferido previamente por las autoridades, permitió a los asistentes conformar un nuevo y propio sentido de la experiencia. Aun así, persisten algunas preguntas acerca de la pertinencia de tomar una decisión así, cuando el trabajo no surge de una demanda más o menos “espontánea” de un grupo de trabajadores, sino que se trata de un acuerdo entre quienes ocupan lugares jerárquicos de ambas instituciones.

Abstinencia y Registro sensible: diálogo de herramientas para la coordinación con agrupamientos

El registro sensible, tal y como podemos leerlo en los aportes de Suely Rolnik (2019), se vuelve herramienta de intervención, si lo entendemos como una dimensión del saber del cuerpo que, guiado por una brújula ética, activa una micropolítica que posibilita la creación de nuevos modos de existencia.

Este postulado está fundado tanto en una concepción de la subjetividad como producción múltiple, donde el plano individuado es uno más e indisoluble de otras múltiples dimensiones y elementos de la producción; a la vez que en una noción de deseo no estrictamente individual sino agenciada en el campo social.

Por lo tanto, es la multiplicidad de la producción de subjetividad lo que permite trabajar con el agenciamiento deseante desde su dimensión colectiva (potencia) y **en simultáneo** activar la abstinencia en el registro individuado.

Si volvemos a la noción de “Micropolítica”, podemos referir que consiste en un movimiento procesual tanto para *elucidar* como para *incidir* en las condiciones de producción de subjetividad de un agrupamiento de manera tal de agenciar procesos deseantes y autónomos (Guattari y Rolnik, 2005).

Elucidar: tanto por la comprensión de la composición múltiple, inmanente, heterogénea de la subjetivación; como por la reflexión sobre la/s máquina/s de producción que forjan políticas de subjetivación.

Incidir/Intervenir: refiere a una posición clínica advertida de tolerar la tensión que implica el **registro de la dimensión intensiva** como un instrumento sensible en el campo. Es decir, el registro de afección, desde la coordinación, lo situamos en la conexión con la dimensión de las fuerzas-relaciones de poder que están presentes en el campo de intervención; e involucra a su vez aquello que Suely Rolnik menciona como *movimiento de Transducción*: “Lo que cuenta es transducir el afecto con sus mismas calidades intensivas, en una experiencia sensible (sea por vía del gesto, de la palabra, etc.) que se inscriba en la superficie del mundo, generando desvíos en su arquitectura actual.” (Rolnik, 2020, p. 54) En una nota al pie, la autora aclara que toma el concepto de “transducción” de la física, campo en el cual se corresponde con un proceso por el cual la energía se transforma en otra de distinta naturaleza.

Un posicionamiento ético en la coordinación con agrupamientos involucrará componer, alentar movimientos deseantes que orienten procesos de creación y autonomía utilizando para ello el registro sensible de las intensidades, desde una posición abstinentes.

Algunas técnicas participativas:**a- Prácticas de escritura y lectura:**

Lees y relees lo escrito, quitas y añades, injertas, recompones. Empiezas de nuevo probando con otra voz, con otro tono. Empezar a escribir es crear una voz, dejarse llevar por ella y experimentar con sus posibilidades. Sabes que todo depende de lo que te permita esa voz que inventas. Y de las modalidades de escucha que se sigan, quizá, de ella. Buscas, para la escritura, la voz más generosa, la más desprendida. Anticipas, para la lectura, la escucha más abierta, la más libre. Sabes que esa generosidad de la voz y esa libertad de la escucha son el primer efecto del texto, el más importante, quizás el último. Por eso lo más difícil es empezar. Por eso vuelves a empezar. Una y otra vez.

JORGE LARROSA (2003, p. 2)

Las prácticas de escritura a las que tanto estudiantes como docentes estamos habituados en la universidad suelen tener características particulares: ajustes a una pretendida “objetividad” como criterio de verdad; valoración de la reproducción de ideas de otros; ausencia de la enunciación en primera persona -y por ende de la explicitación de la implicación de los autores en el tema del que se trate-; exclusión de otros recursos de expresión -tales como poesía, ensayo, literatura, lenguaje visual, etc.-; es decir, prácticas desconectadas de la reflexión sobre y desde la propia experiencia (Moratti Serrichio, 2022).

Disponer de herramientas vinculadas con la literatura, poesía, ficción, ensayos, conecta con otro ejercicio de lectura y de escritura, dispone otra composición y trabajo con otros, apela a otra sensibilidad e incluso a una dinámica lúdica.

Las propuestas de trabajo con ejercicios de narración (individual y colectiva) implican una materialidad a partir de la cual componer valores, afectos, categorías, experiencias. Son herramientas que alientan procesos reflexivos y creativos, a la vez que evidencia modos de vincularse entre los integrantes de los agrupamientos y la tarea propuesta. El estilo narrativo (Larrosa, 1995) permite presentar una realidad abierta a las dificultades, a la multiplicidad de lecturas e interpretaciones, al diálogo y a los gestos para el encuentro con quien lee y escribe.

Ejemplos de dinámicas con escritura y lectura: escritura creativa a partir de un texto (poesía, canción, cuento); escritura grupal posterior a un espacio reflexivo; “cadáver exquisito”; escritura-collage (a partir de palabras clave o textos recortados).

b- Mapeo:

El mapeo es una práctica, una acción de reflexión que facilita el abordaje y la problematización de territorios sociales, subjetivos, geográficos. Promueven espacios de socialización y debate que generan movimientos (Risler y Ares, 2013).

La utilización crítica de mapas apunta a generar instancias de intercambio colectivo para la elaboración de narraciones y representaciones que disputan e, incluso, puedan impugnar las representaciones hegemónicas.

Ana María Del Cueto menciona que si pensamos en la biografía de los sujetos, historias de las instituciones o agrupamientos en espacios comunitarios y trabajamos con ellos las combinaciones de líneas, la territorialización y desterritorialización, los flujos, sin proponernos interpretar, solo construir mapas y hallar las combinaciones, nos encontramos con multiplicidades. (Del Cueto, 2014, p. 100)

Este tipo de herramientas se puede incluir en talleres de *diagnósticos participativos*. Estos espacios permiten construir de manera colectiva una agenda de problemas que resultan relevantes y pertinentes para ese colectivo/agrupamiento. Propician la reflexión e identificación de acciones posibles para abordarlos. (Moratti Serrichio, 2017)

Ejemplos de dinámicas con mapeos: mapeos territoriales (talleres con mapas previos o a construir; con consignas, simbologías, focalizados en temas/problemas: identificación de redes comunitarias, accesibilidad, problemas ambientales; etc.); mapeos callejeros (soportes para intervenciones comunitarias al paso o en espacios públicos); mapeos sobre estereotipos (por ejemplo, para trabajo sobre temas de género y sexualidades; ESI; salud integral, etc.).

c- Dinámicas lúdicas, corporales, sensibles:

Facilitan los intercambios, la disponibilidad de los cuerpos a encontrarse con otros y al registro íntimo de lo propio. Pueden utilizarse para establecer mínimas condiciones de encuentro y un hacer común, tramar una confianza situacional con el espacio y con los otros. Se pueden utilizar con distintos objetivos: clínicos, pedagógicos, integradores, reflexivos; y en distintos encuadres: grupales, comunitarios, individuales. Son útiles en la combinación de herramientas para el diseño de talleres (siempre evaluados en función de los objetivos y condiciones de intervención).

Desde una perspectiva de salud integral son aliadas en la generación de espacios de encuentro comunitario y la conformación de vínculos solidarios para el abordaje de problemáticas psicosociales complejas, canalizando deseos y necesidades compartidas. Se crean condiciones para el desarrollo de un pensamiento creativo colectivo, crítico y dirigido a la acción” (Bang, 2012, p. 66).

Ejemplos de dinámicas lúdicas y corporales: Psicodrama (Del Cueto, 2014); Multiplicación Dramática (Kesselman y Pavlovsky, 1989); ejercicios de caldeamiento; juegos grupales; (Holovattuck y Astrosky, 2005).

Conclusiones

El registro sensible en la coordinación para percibir el índice de singularización de un agrupamiento o la activación de la micropolítica activa capaz de rechazar los parámetros de repetición y alienación, son aspectos cruciales a considerar en la Coordinación con agrupamientos. Ello supone, a su vez, el sostenimiento de la abstinencia como vector ineludible en la posición de coordinación. Ambas estrategias se requieren y dialogan en una posición de coordinación advertida y guiada por una ética que aliente procesos de creación y autonomía. En esta estrategia, existe una diversidad de técnicas vinculadas con el registro y el hacer con otros, que son útiles para el trabajo de coordinación.

Ninguna asegura de por sí la producción de condiciones de reciprocidad. Del mismo modo, el tipo de herramientas empleadas no garantiza la ausencia de micropolíticas reactivas. En este sentido, la técnica por sí sola no puede rescatar a la coordinación, ni abordar adecuadamente los vectores de microfascismos que permanecen sin esclarecer.

Referencias

- Bang, C. (2012). Arte y juego en prácticas comunitarias de promoción de salud mental: cuando la creatividad da respuestas. *Revista Argentina de Psicología – RAP* – (51).
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Siglo veintiuno editores.
- Carpintero, E., y Vainer, A. (2004). *Las Huellas de la memoria. Psicoanálisis y salud mental en la Argentina de los '60 y '70*. (Vol. 1). Topía.
- Castoriadis, C. (1999). *La Institución Imaginaria de la sociedad. Vol. 2. El imaginario social y la institución*. TusQuets Editores.
- Catani, J. P, y Moratti Serrichio, M. F. (2019). *Analistas frente a la Institución del sinsentido: hacer de un equipo frente al pacto entre instituciones*. 1er Congreso Internacional de Análisis Institucional, Junio de 2019. Universidad Autónoma de Entre Ríos. Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.
- Cifalli, M. (2005). Enfoque clínico, formación y escritura. En L. Paquay; M. Altet; E.Charlier y P. Perrenoud (Coords), *La formación profesional del maestro. Estrategias y competencias*. (pp. 170-196). Fondo de Cultura Económica.
- Del Cueto, A. M. (2014). *La salud mental comunitaria: vivir, pensar, desear*. Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, A. M. (1989). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión.

- Holovatuck, J. y Astrosky, D. (2005). *Manual de juegos y ejercicios teatrales*. Editorial INTeatro.
- Kesselman, H. y Pavlovsky, E. (1989). *La multiplicación dramática*. Búsqueda.
- Larrosa, J. et al. (comps) (1995). *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación*. Alertes.
- Larrosa, J. (2003). Prólogo. En Larrosa, J. (2003) *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. Fondo de Cultura Económica.
- Lourau, R. (2005). Instituido, instituyente, contrainstitucional. En Ch. Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo* (pp. 123-136). Editorial Terramar.
- Moratti Serrichio, M. F. (2017). Los Centros Comunitarios de Extensión Universitaria de la UNLP. Una experiencia de cogestión universidad-comunidad. En *Memorias 6to Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología*. UNLP.
- Moratti Serrichio, M. F. (2022). *Prácticas de escritura como herramientas para la reflexión clínica. Una propuesta de innovación para la formación de psicólogos en dispositivos grupales*. Trabajo Final Integrador correspondiente a la Especialización en Docencia Universitaria. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata.
- Risler, J. y Ares, P. (2013). *Manual de Mapeo colectivo: recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de creación colaborativa*. Tinta Limón.
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconciente*. Tinta Limón.
- Ulloa, F. (1973). *La comunidad clínica*. Material didáctico sistematizado de la asignatura Psicoterapia II. Facultad de Psicología. UNLP.
- Ulloa, F. (2012). *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica*. Libros del Zorzal.

CAPÍTULO 4

Subjetividad en la era digital

Catani, Juan Pablo

“No es preciso apelar a la ficción científica para concebir un mecanismo de control capaz de proporcionar a cada instante la posición de un elemento en un medio abierto, ya sea un animal dentro de una reserva o un hombre en una empresa (collarín electrónico). Félix Guattari imaginaba una ciudad en la que cada uno podía salir de su apartamento, de su casa o de su barrio gracias a su tarjeta electrónica (dividual) mediante la que iba levantando barreras; pero podía haber días u horas en los que la tarjeta fuera rechazada; lo que importa no es la barrera, sino el ordenador que señala la posición, lícita o ilícita, y produce una modulación universal”.

(DELEUZE, 2014, p. 284)

Introducción

La idea de multiplicidad que introducen Deleuze y Guattari para pensar la producción de subjetividad supone dejar de remitirse a un orden último que explique la posición del sujeto por ese único vector de determinación. Esta propuesta conlleva un trabajo para las disciplinas y grillas de lectura conocidas ya que en el rizoma cualquier punto puede conectar con otro, lo que nos mueve de la idea de un orden de determinación que permanece intocado (el lenguaje, Edipo, la clase social) en detrimento de otras líneas que de forma secundaria serán categorizadas en posición de contexto, como meros modificadores de aquella determinación inicial. Se trata, más bien, de una producción múltiple de multiplicidades (Deleuze y Guattari, 1985; 1994). La ontología en la que piensan no parte de la división entre un orden del sujeto y otro orden del objeto, sino de unas relaciones diversas, plurales, entre dimensiones que son de naturaleza heterogénea.

Este modo de entender la producción de subjetividad implica la producción de cuerpo, como cuerpo socialmente construido. A partir de esta indisociabilidad es pertinente la pregunta acerca de qué clase de control social les corresponde a esas subjetividades.

Deleuze y Guattari hablan del Cuerpo Sin Órganos como aquél grado cero de organización del cuerpo, recorrido por intensidades que viajan a toda velocidad más allá del organismo (Deleuze y Guattari, 1994). Artaud dirá “El cuerpo es el cuerpo, está solo /y no necesita órganos, /jamás el cuerpo es un organismo, /los organismos son los enemigos del cuerpo” (Artaud, 1977, p. 277). Es

decir que, si se piensa desde el plano de consistencia y no desde el plano de la organización, toda forma de corporeidad anómala, disfuncional, monstruosa, cyborgizada, participará de la pregunta que lanzan estos autores, acerca de cómo hacerse un cuerpo sin órganos (Deleuze y Guattari, 1994). Es decir, pensar desde el cuerpo como extensión intensiva y no desde los órganos (reales, castrados o perdidos) la cuestión de su propia experimentación.

Importa subrayar una mutación en los dispositivos de poder que se produce en nuestra sociedad tecnificada. Esta reflexión, que bordea el problema de la producción de subjetividad en las sociedades actuales, pretende abrir interrogantes acerca de si esta producción produce nuevas formas de pensar el campo grupal.

La declinación de los grupos

En su trabajo sobre el campo grupal, Ana Fernández plantea tres momentos epistémicos, utilizando la genealogía foucaultiana como método de su trabajo. Siguiendo este enfoque va a localizar diferentes urgencias históricas para el nacimiento de cada uno de los momentos trabajados. En la lectura del texto podemos encontrar que para el primer y segundo momento, las urgencias históricas refieren directamente a demandas novedosas surgidas del campo social, mientras que al hacer mención a la urgencia histórica que produce la aparición del tercer momento epistémico la referencia pasa a estar planteada en términos teóricos, desde el punto de vista de los discursos filosóficos predominantes en la época. “El *tercer momento epistémico* se perfila, justamente, a partir de las dificultades que presentan las disciplinas de objeto discreto para abordar ciertas realidades disciplinarias sin caer en algún reduccionismo (sociologismo, psicologismo, psicoanalismo)” (Fernández, A., 1998, pp. 26-27).

En lo que respecta al tercer momento, y más allá del énfasis en el agotamiento del objeto discreto para el campo grupal, apalancado en discursos filosóficos que emergen en la época, la autora no describe demandas específicas que susciten nuevos dispositivos grupales. Aun así, podemos ubicar otros factores en el análisis, más ligados a las urgencias históricas del campo social. Sucede que ellas, tal vez, no *demandan* dispositivos grupales, sino formas de intervención que acompañen la híper individualización. En efecto, podemos pensar a las políticas neoliberales implantadas por el consenso de Washington y al avance vertiginoso de la revolución tecnológica como coexistiendo a la instalación de este tercer momento epistémico. Cabe preguntarse si un modo de pensar el grupo, ligado a la idea de “lo Uno” se rompe en esta instancia solamente a partir de discursos filosóficos que vienen a criticar esta cuestión, o si al mismo tiempo, es atacado en una modalidad, en un quehacer social que comienza a prescindir de dicha idea. No solamente en ámbitos escolares, profesionales y empresariales la nominación “grupo” comienza a ser reemplazada por la de equipo (curiosamente es en el ámbito deportivo, donde los equipos ya están ahí, donde se comienza a hablar de la importancia de tener un buen grupo); sino que

también cierta producción social de subjetividad de orden neoliberal comienza a producir la caída del grupo como espacio táctico de intervención-experimentación.

Es evidente, de todas formas, que los dispositivos grupales están lejos de morir, ya que se multiplican en las distintas instituciones de las que formamos parte. No obstante ello, desde el punto de vista de la coordinación, se vuelve cada vez más engorroso el tiempo de la Instalación de lo grupal (Jasiner, 2019), y convivimos en el armado de estos dispositivos con una sensación creciente de tensión, ya que se constata que el armado de espacios grupales no *matchea* bien con el horizonte neoliberal de ciertas producciones de subjetividad actuales. Esto es congruente con las características de las actuales formas tecnológicas de vida (Lash, 2005), que tienden a aplanarse y a volverse no lineales. Si desde el punto de vista del sentido se comprimen en unidades más pequeñas que el discurso y la narración, se aceleran en el tiempo y se expanden en longitud hasta volverse pedazos recombinables. De ahí que en la actualidad sea tan difícil *pesca*r estas formas de vida que, o bien no se agrupan, o bien lo hacen de modo fugaz y veloz. El rol del coordinador de grupos, producido en otras coordenadas existenciales, tiene que practicar torsiones para vérselas con ellas.

Tecno Cuerpo

Le Bretón (1990) plantea que el cuerpo nos parece evidente pero es lo más inaprehensible, es efecto de una construcción social y cultural; ello implicaría que no existe “el” cuerpo como una forma universal trascendente, sino diferentes cuerpos, que van adquiriendo características propias, según los devenires de lo histórico social. Siguiendo al autor, la idea de una separación tajante entre lo sagrado (como sobrenatural) y la misma naturaleza, no está dada desde siempre. La idea de un cuerpo unido al mundo le pre-existe. En este mismo sentido, la idea de la trascendencia ligada al discurso religioso (exceptuando sus desviaciones heréticas de religiosidad inmanente) versus un materialismo científico en el cual cada objeto está separado de los otros en un orden lógico diferente con reglas propias que impide su contaminación con el resto del mundo, son correlativas de mantener ciertos órdenes por separado (Deleuze y Guattari, 1993). Es posible que necesitemos trocar esa mirada apriorística de tablero preestablecido, moviéndonos a una lectura de territorio en el vértigo de la inmanencia, para poder pesquisar de qué manera la noción de un cuerpo unido al mundo es recuperada en nuestras sociedades, donde es imposible delimitar el cuerpo individuado del cuerpo maquinado entre la biología, el sentido y la tecnología.

La idea de un cuerpo cerrado sobre sí mismo no ha existido desde siempre. Encontramos en el grotesco (Bajtín, 1987) representaciones de cuerpos deglutientes, con excrecencias, pariendo o muriendo; cuerpos que no aparecen separados, sino más bien apiñados. Estas representaciones, siguen flujos que los atraviesan y que no separan claramente el cuerpo del no-cuerpo. Del mismo modo, algunas representaciones de cuerpos afectados por la cibernética en la

actualidad, muestran el mismo fenómeno: reaparecen las fauces abiertas, orificios intervenidos por elementos de la electrónica, cuerpos ensamblados con partes humanas, animales y robóticas.

Si la producción de subjetividad implica la producción de cuerpo, podemos retomar esta idea de la “no separación” apriorística del cuerpo humano y su mundo circundante, en el que la relación con la nube fantaseada como inmaterial y con una red de satélites que orbitan el planeta, se entreteje en una maquinaria de teléfonos celulares con terminales en dedos pulgares humanos. Emerge entonces la producción de un cuerpo inseparable de su entorno tecnológico y social, generando efectos afectivos y emocionales a través de interfaces digitales.

Sobreviviendo en el medio ambiente tecnológico

“Llegaron a la entrada, consultaron la planta en que se exponían las obras de Munch y subieron hasta ella. Al poco tiempo se encontraron paseando entre cuadros y grabados sobre madera (...) y Rick pensó que así era como uno esperaba que sonara un Andy [androide], y también que ese era el aspecto que debía tener”.

(DICK, Ph., 2020, pp. 161-162)

Para reflexionar sobre los desafíos actuales de las subjetividades en las sociedades de control, incorporamos aportes clave de la filosofía de la técnica. Heidegger plantea la pregunta fundamental sobre cómo lo técnico moldea lo humano, desafiando concepciones tradicionales que limitan lo técnico a herramientas instrumentales (Heidegger, M., 2021).

Esta perspectiva nos lleva a examinar cómo las tecnologías contemporáneas transforman nuestras subjetividades. No nos limitamos a concepciones tradicionales de subjetividad centradas en la interioridad individual, sino que vemos la subjetividad como una forma de ser en el mundo, moldeada por diversas influencias sociales y tecnológicas.

El surgimiento del cuerpo tecnológico en la era digital plantea interrogantes sobre la vida más allá de lo biológico. El cyborg o la realidad aumentada nos invitan a reconsiderar las fronteras entre lo vivo y lo muerto, lo biológico y lo tecnológico.

Este análisis nos lleva a repensar nuestras prácticas clínicas y docentes en un mundo cada vez más tecnificado. ¿Cómo intervenir en estos nuevos entornos sin perder de vista la complejidad de las subjetividades contemporáneas?

“Si el ser humano va a ser tomado como objeto (...) con mayor razón su cuerpo estará también percibido como objeto en los escenarios de la virtualidad” (Carreño Dueñas, Rojas Benjumea, Valero Cardenas y Restrepo, 2009, p. 123). Este hipercuerpo ya no es sólo la propia proyección del cuerpo como imagen, el sí-mismo; sino una proyección de moléculas, sentido y emoción, en clave algorítmica.

En las corporalidades cibernéticas, lo que cambia no es sólo su lógica, sino también su retórica y su erótica. Paul B. Preciado (2014) plantea a la pornografía en el centro del trabajo capitalista, pero también en el centro de la producción del cuerpo virtual. Retomando a Linda Williams, subraya la cualidad de la imagen pornográfica de activarse en el cuerpo del espectador, lo que implica que haya erótica a distancia, mediada por la comunicación; y explica que el fin del trabajo en la sociedad farmacopornográfica es excitar y no satisfacer. Todo ello parece ir en congruencia con los afectos de entusiasmo y pánico. Afectos propios de los mercados, que parecen predominar en las subjetividades actuales, y que Bifo Berardi había nombrado como afectos del Neuromagma (Pál Pelbart, 2009). Quizás no se trate tanto de recuperar el cuerpo humano en términos de piel, como centro cerrado en sí mismo, sino de recuperar una amplia paleta de afectos y sensaciones que modulen otros ritmos, otras texturas, otras formas de expresión.

Ciberpatología de la vida cotidiana

*“Volaré sobre este mundo
traicionero y digital”*

(CHARLY GARCÍA, El club de los 27)

Un paciente se separa. En el consultorio hablamos de las cosas que un consultorio tipifica o *clichetea* como clásicas (el duelo, el relato de las bondades del objeto de amor perdido, luego sus aspectos negativos, etc.); rápidamente, se impone una pragmática: cómo relacionarse con mujeres nuevamente, lo cual le es un problema nuevo, ya que no sabe hacerlo “a través de las stories de instagram”.

Una paciente tiene problemas para conciliar el sueño. Necesita que alguien (no un alguien significativo, sino un alguien cualquiera), le conteste un mensaje antes de poder dormirse. Cuando intenta dormir demasiado tarde y no obtiene respuestas, no puede conciliar el sueño. Sucede que alguien comienza a contestarle e iniciar una conversación, entonces ella *se duerme*. Al otro día intenta *explicar* y buscar algún arreglo a la situación de la conversación.

Un grupo de estudiantes de una materia universitaria no logran encontrar la bibliografía en los canales informáticos habituales (moodle, drive de la materia, drive del centro de estudiantes). Entonces, actúan como si el texto en cuestión no existiese. Si no está en ninguno de esos lugares, debe haber un error. No importa si todos ellos tomaron nota del mismo título y autor del texto. Simplemente, desde un punto de vista práctico (de prácticas de subjetividad): lo que no está allí, no existe.

¿Se trata de un orden estructural perenne conviviendo con las mascaradas tecnológicas de cada momento histórico específico, o se trata de algo más? ¿Se trata de un obsesivo que

necesita de las reglas necesarias para poder adentrarse a un juego antes de experimentarlo, se trata de una histeria que necesita saber que suscita *algo* cercano a un deseo en el otro? ¿Se trata de un grupo de estudiantes que intenta “hacer trampa”? El modo de experimentar estas cuestiones obedece más al orden de lo conectivo. La angustia es ante la no-conexión.

La necesidad de observar la pantalla del celular cada menos de cinco minutos, ¿se trata de una excusa para la presentación de un cuadro de ansiedad? ¿O se trata más bien de una verdadera mutación, de un *ciborganismo* que no puede abandonar lo que (de forma maquínica y no conciente) considera una parte de sí mismo? ¿Es el celular un exterior al cuerpo, es una herramienta como lo es una cuchara? Si se modifica la manera de entender la producción de subjetividad, puede pensarse al organismo como un sistema interconectado a través de flujos informáticos y satélites alrededor del planeta, del cual los cuerpos humanos son, apenas, sus terminales. Debemos sustituir el esquema del cuerpo **o** la máquina, por el del cuerpo **y** la máquina.

¿Esto implica que no queda nada de humano en el humano? No parece necesario llegar tan lejos, ni será el objetivo del presente trabajo, sino más bien mostrar hasta qué punto el humano es moldeable autopoieticamente, y logra devenir otra cosa con la misma materia prima que lo hizo ser.

Control a cielo abierto

Tanto en las historias de ciencia-ficción, como en nuestras sociedades actuales, el paso del disciplinamiento, el control del tiempo y el intentar *igualar* a todos (Foucault, 2006); pasa por la singularización y por la compatibilización de las subjetividades a las tecnologías de las sociedades que habitan. En nuestras sociedades “...se transforman también los tipos de cuerpos que se producen cotidianamente, así como las formas de ser y estar en el mundo que resultan compatibles con cada uno de esos universos” (Sibilia, 2008, p. 19). En este contexto, la alianza entre el desarrollo tecnológico y el modelo capitalista, insta a convertirnos en *productos* en el mercado de las redes sociales, lo que conlleva un proceso de estetización. En este sentido, “En el capitalismo espectacular, el cuidado de la propia apariencia no es algo que podemos elegir no hacer: no prestarle atención a cómo nos presentamos ante los demás es, también, una decisión e involucra un mensaje” (Costa, 2021, p. 126). Si la teoría de la comunicación nos había advertido que: “es imposible no comunicar” (Watzlawick, Beavin Bavelas y Jackson, 1991), en tiempo de subjetividades y cuerpos entrelazados con algoritmos y comunicación satelital a distancia, podríamos decir “es imposible no transmitir” a través de las redes sociales. Y en esta transmisión, el propio cuerpo forma parte de lo que se transmite a ese público colectivo y anónimo de cibernautas.

¿Cómo cambia, entonces, frente a esta mutación de la subjetividad, el ejercicio de su control social? El pasaje de la disciplina a las sociedades de control (Deleuze, 2006), implicando mayor grado de libertad y ejecutado a través del marketing y la estadística, implica también un

cambio de discurso sobre el cuerpo. El cuerpo de los aparatos, máquinas analógicas, aparato reproductor, fonador, digestivo, da lugar al cuerpo del código genético. El cuerpo es el desarrollo de lo que está escrito en código. Ello implica que sus intervenciones estén al nivel de la programación o escritura de dicho código (Catani y Moratti Serrichio, 2021).

Se intenta reflexionar acerca de cómo salir de un binarismo impotenzante: una cierta crítica de los diferentes desarrollos tecnológicos, que se realiza al mismo tiempo que nos aferramos a nuestros teléfonos inteligentes, conformando una suerte de posición nostálgica donde *todo tiempo pasado fue mejor*, versus la celebración acrítica de los avances tecnológicos sin evaluar sus efectos sobre el planeta, y sobre las propias producciones subjetivas (individuadas y/o colectivas). Ante esta alternativa, se plantea la posibilidad de pensar un posthumanismo crítico en lugar de un humanismo pre-tecnológico autocomplaciente.

En cuanto a nuestras escenas como coordinadores de grupos, es necesario abrir pregunta sobre la plasticidad actual de un cuerpo erógeno, que a la vez está hiperconectado a impulsos informacionales. Nuestros territorios de trabajo pueden convertirse en espacios tácticos de experimentación y de reflexión teórica. Trabajando con dispositivos grupales, se torna imprescindible pensar en las conexiones entre los miembros, las diversas modalidades de anudamiento que los miembros presentan y la posibilidad de pensar en organizadores de esta dinámica. En tiempos en que la fijeza del campo grupal y la posibilidad de lecturas unívocas sobre su acontecer entran en crisis, se vuelven también tiempos de pensar en las distintas formas de acoplamiento para volver a lanzar una pregunta: *¿qué es lo que agrupa hoy?* Esta pregunta nos hace pensar que, desde el lugar de la coordinación de grupos, se debe prestar atención a las lógicas intensivas, moleculares, al registro de fuerzas y velocidades.

Conclusión

El desarrollo anterior nos invita a pensar la cuestión de la producción de subjetividad, como múltiple, polifónica y obedeciendo a una heterogénesis; atravesada por una aceleración en los modos de producir y consumir, sumado a hibridaciones de cuerpo y tecnología que alteran la realidad del cuerpo humano, tanto biológico, como erógeno.

Cartografiar estas líneas de producción se vuelve imprescindible en el campo de la coordinación de grupos, máxime en el punto histórico en que el dispositivo grupal ya no obedece a una sola forma de comprender ni abrega en una sola teoría. Dicha lectura cartográfica se podrá realizar entretejiendo diferentes líneas que hacen a la producción de lo grupal en condiciones actuales. En este sentido, la noción de subjetividad y cuerpo, imbricados con la aceleración tecnológica, nos permiten pensar en unos modos de vida, una inmanencia del existir, que conecta de otro modo el discurso, las prácticas, y la erótica.

Esos cuerpos, conectables, acelerados, disfuncionales, tecnológicos, se acoplan entre sí, vinculándose o agrupándose de formas muy distintas a aquellas donde fueron producidos nuestros saberes psi desde los que leemos las escenas.

Esta multiplicidad es leída por las narrativas de la ciencia ficción, quienes parecen ser la vía regia para pensar las sociedades de control en las que nos vemos inmerses, o mejor, aquellas sociedades donde se ven mancomunadas estrategias propias de la disciplina y propias del control.

Por otra parte, se describe como propio de esta producción, la paradoja de una existencia más aplanada, con menos interioridad, al mismo tiempo que hipersexualizada y *customizada* desde la diferencia y no desde la homogeneidad. De donde surge el problema de cómo constituir aquello común desde lo diverso.

Por otro lado, el recorrido nos muestra nuevamente la dificultad para encontrar posiciones críticas al extractivismo capitalista actual, que no caigan en posiciones nostálgicas reivindicando un supuesto pasado no tecnológico. El escrito pretende incluirse en la reflexión sobre un modo de subjetividad maquínica, donde la producción de deseo y la aceleración tecnológica se dan la mano en el telón de fondo de nuestras prácticas profesionales.

Referencias

- Artaud, A. (1977). *'Van Gogh: el suicidado de la sociedad' y 'Para acabar de una vez con el juicio de dios'*. Fundamentos, 1977.
- Bajtín, M. (1987). Lo "inferior" material y corporal en la obra de Rabelais. En M. Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento* (págs. 333-393). Alianza Editorial.
- Carreño Dueñas, D., Rojas Benjumea, A., Valero Cardenas, H. y Restrepo, A. (2009). El cuerpo en la filosofía virtual. *Discusiones Filosóficas*, 14, pp. 119-132.
- Catani, J. P. y Moratti Serrichio, M. F. (2021). Cuerpo y Tecnología. Narrativas desde el tecnoceno en *Memorias del IX Congreso Marplatense Internacional de Psicología*. Universidad Nacional de Mar del Plata. Facultad de Psicología.
- Costa, F. (2021). *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Taurus.
- Deleuze, G. (2014). *Conversaciones*. Pre-Textos.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*. Editorial Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1993). *¿Qué es la filosofía?* Editorial Anagrama.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Editorial Pre-Textos.
- Dick, Ph. (2020). *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* Minotauro.
- Fernández, A. (1998). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión.

- Foucault, M. (2006). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Haraway, D. (2018). *Manifiesto para Cyborgs. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX*. Letra Svdaca.
- Heidegger, M. (2021). *La pregunta por la técnica*. Herder Editorial.
- Jasiner, G. (2019). La trama de los grupos. Dispositivos orientados al sujeto. Lugar.
- Lash, S. (2005). Formas tecnológicas de vida. En S. Lash, *Crítica de la información*. Amorrortu.
- Le Breton, D. (1990). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Ediciones Nueva Visión.
- Pál Pelbart, P. (2009). Neuromagma y multitud. Resistencia y comunidad en el contexto biopolítico. *Euphorion*, 5. pp. 36-44.
- Preciado, B. (2014). *Testo yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Paidós.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Fondo de Cultura Económica.
- Watzlawick, P., Beavin Bavelas, J. y Jackson, D. (1991). *Teoría de la comunicación humana*. Editorial Herder.

CAPÍTULO 5

Félix Guattari en Argentina. Derivas e intersecciones en el campo grupal¹

Moratti Serrichio, María Florencia

¿Qué singularidades adquirió la recepción y apropiación de la obra de Félix Guattari en Argentina en los desarrollos sobre psicología de los grupos e instituciones? Esta pregunta de inicio está orientada a revisar de modo crítico una visión legitimista del pasado (Vezzetti, 2007) que ha soslayado de algún modo la institucionalización de los aportes del autor sobre la producción de subjetividad en el Capitalismo Mundial Integrado y la dimensión de lo colectivo en la micropolítica de las formaciones deseantes tanto como el uso clínico de sus postulados.

Este escrito en clave de recepción tiene la intención de arriesgar claves de lectura que nos permitan trazar algunas líneas entre:

- a) los singulares modos de apropiación de las consideraciones *guattarianas* en las condiciones políticas y materiales de la comunidad psi en nuestro país;
- b) las revueltas en las políticas de subjetivación individuadas y colectivas actuales que movilizan a incorporar sus lecturas por la potencia para pensar la heterogeneidad de la producción deseante y su efectuación en la micropolítica del campo social.

Esta apuesta de revisión sostiene a su vez la intención de cartografiar nuevos territorios en *las historias* de lo colectivo en nuestro país.

Las primeras lecturas (1973-1975²)

La revisión de la primera etapa de publicación, desde 1961 a 1966 (año en el cual fue discontinuada hasta 1982), así como Cuestionamos 1 y 2 (Langer, 1971; 1973) y un itinerario por los prólogos cruzados de publicaciones de la época, permite vislumbrar el espectro de “lo grupal” al momento de inserción de Guattari y Deleuze en los años 70:

¹ Este capítulo recupera avances parciales del proyecto de tesis doctoral “Subjetividad y prácticas grupales: la recepción de Félix Guattari en la psicología argentina (1989-2003)”. *Facultad de Psicología. UNLP*.

² La periodización realizada por Benyo, Churba, García Viale & Ragoni (2006) respecto de la recepción de Gilles Deleuze en Argentina es válida para una aproximación al tema.

Enrique Pichón Riviére es un actor central en los albores del trabajo con lo grupal en nuestro país. Miembro fundador de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) a la vez que pionero de las experiencias grupalistas desde 1947 (grupos terapéuticos en el Borda) (Dagfal, 2009), se constituyó en una especie de equilibrista entre su intuición estética, la permeabilidad para la experimentación en prácticas grupales y la ortodoxia que se fue calcificando en la asociación. La concepción del *Grupo Operativo* que nace con su práctica resultará de la síntesis de la psicosociología y del psicoanálisis kleiniano y marcará de modo indeleble las concepciones y trabajo con grupos en Argentina. Aportará la originalidad de dos campos de investigación novedosos: una clínica grupal y el aprendizaje en grupos (Herrera, Percia y Szyniak, 1986). Según Emilio Rodríguez, para los años 50 sólo Pichón *sabía* que había que impulsar la psicoterapia de grupo y en tan sólo 20 años pasó a ser la psicoterapia más utilizada (Rodríguez, 1974).

Nos encontraríamos en el pasaje del *primer al segundo momento epistémico* sobre lo grupal, según la genealogía realizada por Ana María Fernández en 1989 (Fernández, 1989). Según el primero, el grupo se recorta y toma especificidad como totalidad discreta. Se percibe el *imaginario fundador* de Kurt Lewin conceptualizando al grupo como ese plus específico que es más que el agregado de individuos (Benoist, J.M en Fernández, 1989). Toques gestaltistas y fuertes improntas filosóficas empujan la discusión en la díada individuo-sociedad. Un péndulo epistémico que no cesa de abrir formulaciones y producir respuestas de corte “psicologista” o “sociológico”, según donde se asiente la predominancia explicativa. El dualismo va a persistir como un imán en las discusiones sobre lo grupal hasta la realidad implosionada del golpe cívico militar; y perdurará aún hoy como fantasma epistémico o vicio de arrastre de una subjetivación intelectual marcada fuertemente por el pensamiento moderno. El protagonismo del segundo momento epistémico se lo lleva el Psicoanálisis. Sin un interés específico en su definición, los grupos se vuelven un campo de descubrimiento e intervención de procesos inconcientes.

“¿Qué nos criticamos?”, se pregunta Rodríguez reflexionando sobre la posición de los grupalistas de los años 50: “la ilusión de haberlo descubierto todo”(1974, p. 11). De pretender la totalidad de un grupo como espacio unívoco. “No hay que pedirle perones al olmo, ni mucha conciencia social al psicoanalista de Buenos Aires en 1955”. “Estábamos imbuidos de una ideología reaccionaria” (p. 11). Para la APA trabajar con grupos no sólo no era análisis, era *antianálisis*, constituía una práctica riesgosa para el análisis.

Desde las herramientas disponibles para la clínica de lo grupal, Wilfred Bion propició un salto ontológico para los psi abocados a este campo en construcción. “De golpe teníamos algo nuevo, la grupoterapia, y una cancha nueva, la psicología grupal elevada al rango de disciplina psicológica”, menciona Rodríguez en el prólogo citado (1974, p. 10). Se abre el juego a una red de conceptualizaciones específicas: fantasía grupal, transferencia grupal, el grupo como organismo y la creación de una *microsociología* o psicología dinámica que sentó las bases de una “psicoterapia colectiva” (Grinberg, Langer y Rodríguez, 1961).

El Psicoanálisis, que para entonces desplegaba su potencia en el campo argentino, fue un enfoque ineludible desde el cual arriesgar nuevas hipótesis y bascular el enfoque de teorización sobre los grupos hacia la indagación de cuáles son sus instancias de determinación.

Volviendo a nuestras coordenadas ¿qué elementos produjeron, no obstante, que en 20 años, la psicoterapia grupal fuera de las más empleadas? ¿Qué emergentes podrían haber coadyuvado a semejante proliferación?

La emergencia de los dispositivos grupales estuvo estrechamente vinculada a las prácticas asistenciales hospitalarias y un campo de Salud Mental comunitaria e institucional en plena experimentación. Aquella “asepsia reaccionaria” del psicoanálisis de la A.P.A encontraba en estas experiencias focos de necesaria fricción con otras disciplinas, saberes y desafíos de la vida en las instituciones (Cardaci, 2014; Carpintero y Vainer, 2004; Falcone, 2007; Herrera, Percia y Szyniak, 1986). Un psicoanálisis kleiniano aplicado a los grupos como objeto de estudio e intervención tensaba las matrices de la psiquiatría organicista y las prácticas manicomiales. Se dirigía a un campo amplio de actores y ámbitos institucionales en la búsqueda de intervenciones y perspectivas integrales de salud mental.

Para los años 60, el mundo engendraba revoluciones. El mayo francés, la revolución cubana, la ebullición de la segunda ola feminista. El imaginario sociocultural del *héroe colectivo* (Carpintero y Vainer, 2004) conmocionaba las fronteras entre las disciplinas y la política; entre la vida cotidiana y la política. En el ámbito psi el clima de agitación colectiva toma cuerpo en un movimiento internacional de ruptura ético-ideológica con las instituciones oficiales del psicoanálisis (Kesselman, 1971; Carpintero y Vainer, 2004).

En las coordenadas locales, el Cordobazo del '69: acontecimiento que lleva a los psicoanalistas a asumirse políticamente (Langer, 1971). Muchas de les analistas que se encontraban tensando la división adentro-afuera de la APA (donde el adentro era un cada vez más refinado sistema de purismos teóricos e identidades adecuadas; y el afuera eran las condiciones sociopolíticas, la izquierda progresista, el peronismo, la democracia espasmódica) se hicieron activos integrantes de la FAP (Federación Argentina de Psiquiatras).

Cuestionar el anquilosamiento de la institución que centralizaba el psicoanálisis ya era inevitable: reclamaban una lectura necesaria del marxismo (anudamiento entre estructura de clases, configuración familiar y la causación de neurosis); señalaron las omisiones de conceptualizaciones freudianas que ponen la intersección entre la cultura dominante y la estructuración psíquica; denunciaron la institucionalización de un psicoanálisis corporativista y elitista (tanto por pretender eludir las condiciones de clase entre las dimensiones centrales de la construcción teórico clínica, como por limitar el acceso a la formación analítica) (Langer, 1971; Barembly, 1983). La cuestión no consistía en “extrapolar”, sino *aplicar* el psicoanálisis al campo social ubicándolo pertinentemente en la estructura social, económica y política; reivindicar una práctica que entienda el estatuto de lo inconciente como social e históricamente producido.

La expansión y apertura efectiva del psicoanálisis para pensar las prácticas sociales e institucionales avanzaba: psicología social, institucional, abordajes de grupos y familias, experiencias con psicodrama psicoanalítico (Bleger, 1966; Martínez Bouquet, Moccio y Pavlovsky, 1974; Grinberg, Langer y Rodrigué, 1961; Rivière, 2011).

En este momento de la producción teórico-práctica, los grupos se conciben como espacio transicional, posición entre lo individual y lo social, incluso como espacio de posibilidad para alteraciones en lo social (late el *héroe colectivo* en las finas precisiones teóricas).

La avidez por la usina-París es notoria. Proliferan las referencias de Didier Anzieu, Michel Foucault, Louis Althusser, Robert Castels, René Lourau. Nociones tales como el “inconciente social”, “psiquismo colectivo” mencionados por Didier Anzieu en el seminario de dinámicas de grupo en París durante el ‘68, pone de relieve el papel de las fantasías inconcientes grupales y su vinculación con un inconciente social. (Pavlovsky, 1983)

Hablar de *Grupos* en este momento es aludir necesariamente al contexto histórico-social (Bauleo, 1983) con lo cual se advierte el deslizamiento a un doble nivel: desde la búsqueda de la cientificidad a la búsqueda del cambio social; desde el “analista grupal no comprometido” al “todo terapeuta **está** comprometido”. Puede saberlo a medias, o no saberlo, pero no puede pretenderse ajeno a las condiciones materiales de producción social (Rodrigué, 1974; Carpintero & Vainer, 2004).

La ruptura de Plataforma con la Asociación de Psicoanálisis Argentina a fines de los 60 (Benyo, Churba, García Viale y Ragoni, 2006) se gestó por la necesidad de aperturas tanto teórico-técnicas como político-institucionales que incluyeran las condiciones sociohistóricas en el análisis de la producción de subjetividad. Marie Langer, Emilio Rodrigué y Armando Bauleo protagonizan esta avanzada.

Documento es el ámbito en donde tendrán lugar las primeras lecturas del Deleuze filósofo y del primer libro conjunto con Félix Guattari, “Antiedipo. Capitalismo y Esquizofrenia” (1972).

Deleuze y Guattari serán retomados, leídos, trabajados en diálogo con otras lecturas provocadoras de la ortodoxia estructuralista en las figuras de Gregorio Barembliitt, Eduardo Pavlovsky, Hernán Kesselman, Osvaldo Saidón y Juan Carlos De Brasi. Este último, en una entrevista a propósito de la recepción de Deleuze y Guattari en nuestro país (Pérez y Piccini, 2008a), transmite los efectos de esos primeros puntos de contacto: junto con Foucault y Derrida constituyeron la posibilidad de generar aperturas en “el triángulo asfixiante” (p. 11), el “kleinismo, althusserianismo y lacanismo, eran una verdadera cortina de hierro” (p. 11), no por los nombres propios, sino por el efecto carcelario de los discípulos. Se tramó una red informal de lecturas e intercambios que permeaban las asfixias teóricas e institucionales entre Sciarreta, Massotta, Barembliitt, Pavlovsky.

Las urgencias históricas y la profunda ebullición sociopolítica precipitaban búsquedas. “Es la vida tratada como campo abierto de los encuentros y la inevitable necesidad de pensar, la que nos incitó a una clínica y a una política más allá de los *ismos*, o las escuelas dominantes en las distintas coyunturas” (Saidón, 2008, p. 21).

Gregorio Baremlitt introduce en 1973 el “Antiedipo” para una crítica al estructuralismo desde las máquinas deseantes. Una alternativa a las lecturas significantes y familiaristas que analiza y critica la asunción del dualismo sujeto-objeto (y todas las variantes de matriz cartesiana-moderna) y la dialéctica como lógica princeps de la producción social (Baremlitt, 1974). De Brasi en la entrevista mencionada sostiene la intención del *Antiedipo* como un psicoanálisis generalizado que proponía una crítica a la asepsia de algunos conceptos y a las formas de institucionalización del psicoanálisis del momento.

Estaba claro que algunos sectores del campo local estaban susceptibles a incluir hebras de estas tesis en su propia disputa de filiación institucional. La obra entonces fue retomada por varies de estxs psiquiatras y psicoanalistas para expresar sus críticas hacia un modo de organización monopolista, que “sacralizaba” la carrera del Psicoanalista propiciando el imaginario autoengendrado de un analista hiperexperto.

Estas operaciones de lectura por parte de quienes renunciaron a la APA-IPA, que sostuvieron una actitud profundamente crítica hacia la organización del poder y el elitismo de las instituciones psicoanalíticas (junto con un desarrollo teórico-técnico que hacía tocar al psicoanálisis con otras ramas del saber y del arte), ¿pudo haber colaborado con el imaginario de un Deleuze y Guattari *marginal*, reducidos a “meros críticos del psicoanálisis sin perspectiva propositiva”? (Carpintero & Vainer, 2004, pp.131). ¿Cómo indagar los márgenes despectivos de la “cientificidad” y la “legitimación profesional” si no es en el campo de disputas que promueve y difunde esa marginalización? Lo que se estaba gestando en la política argentina del momento resultará un punto de inflexión ineludible para cualquier ensayo de respuesta.

Dictadura, exilios y lacanismo (1976-1983)

“Podría darse, por eso, que este cuestionamiento no sea nada más que el primer volumen de una larga serie. O no, porque puede ocurrir también que en el futuro ya no tengamos la tranquilidad y estabilidad suficientes como para dedicarnos a este tipo de actividad”

(LANGER, Cuestionamos, 1971)³

En una conferencia en el marco de la Semana de la Memoria, Paraná, Entre Ríos, el 22 de marzo de 2005, Alejandro Vainer sintetiza los efectos de la dictadura argentina en el campo

³ Me interesa especialmente citar la frase con la cual Marie Langer culmina el Prólogo de esta compilación ya que sintetiza en el acto de fechado del texto la declaración política contundente que implica la publicación: “Buenos Aires, 1971. Poner fecha y lugar a este prólogo no significa cumplir con un formalismo. Importa esta ubicación. Por eso repito y amplio: **Buenos Aires, Argentina, Montevideo, Uruguay, Latinoamérica, 1971**”.

de la Salud Mental analizando dos tipos de desaparecidos: los 110 Trabajadores de Salud Mental y 66 estudiantes del medio; y las teorías y prácticas desmanteladas por la máquina de aniquilamiento. (Vainer, 2005)

Las experiencias grupalistas y comunitarias, los abordajes novedosos de los servicios hospitalarios, el movimiento de agremiación y disputa política de psicólogos y psiquiatras identificados como “trabajadores de la salud mental”, sufrieron, al igual que todas y cada una de las aristas de subjetivación argentina, los efectos del terror estatal. (Calveiro, 2005; Carpintero y Vainer, 2004; 2005a).

En 1976, primer año de la dictadura, De Brasi se exilió a México; Gregorio Barembliitt y Osvaldo Saidón a Brasil, Hernán Kesselman a España, seguido dos años después por Tato Pavlovsky.

“Lo grupal”, historiza De Brasi en 1986 (De Brasi, 1986), fue erradicado durante este período genocida. Los dispositivos grupales, calificados de “obscenos” y “sospechosos”, fueron destituidos de los servicios asistenciales. Una embestida programada que tenía por blanco el tejido social en pos de la instalación del capitalismo financiero en Latinoamérica. Los grupos, los abordajes comunitarios, el campo de prácticas institucionales que fue bastión de los trabajadores de la salud mental, fue desarticulado y desarticulada su potencia como agentes de cambio social. (Pavlovsky, 1986).

Atomizar. Desarticular. Borrar las experiencias acumuladas. Tres operaciones centrales de las reglas del terrorismo que constituyeron un campo de saberes y “disciplinamiento” de intelectuales y profesionales, acordes a su impronta. Tan solo mencionar fragmentos de algunos relatos, plantea el clima de época y la crudeza con la que se materializó el desmantelamiento: sesiones allanadas, terapeutas y pacientes posteriormente desaparecidos, dinámicas grupales intervenidas por la policía, pacientes torturados, servicios y comunidades terapéuticas cerradas. Los servicios de salud mental que encabezaron la reforma, como el del Hospital Lanús, fueron devastados y se convirtieron en objetivos clave de los “grupos de tareas”. (L'Hoste, 2008; Carpintero y Vainer, 2004)

¿Qué fenómenos emergían en las dinámicas grupales, en las fantasías inconcientes, en las condiciones de seguridad en estas coyunturas sociales? Fueron preguntas del momento que profundizaron la estrecha relación entre un inconciente abierto a lo social y las manifestaciones específicas en los dispositivos clínicos.

Cabe preguntarse a su vez: si las prácticas institucionales, los abordajes comunitarios y dispositivos grupales fueron severamente atacados, entonces ¿qué estatuto tomaron dentro de la clínica psicológica y/o psicoanalítica? Se perfila una descalificación de la eficacia del psicoanálisis grupal; el discurso de autenticidad y los estándares de la legitimación que fueran duramente interpelados, adquieren en este enclave otro espesor y deslizan la fertilidad

cosechada en el campo de lo grupal/comunitario, a un margen estrecho y dudoso del “prestigio psi”. Reedita su fuerza una psiquiatría manicomial de impronta biologicista y el psicoanálisis se afianza en una lectura estructuralista a-histórica. “En efecto, al apropiarse de las enseñanzas de Jacques Lacan, muchos psicólogos, además de utilizar el psicoanálisis como referencia teórica privilegiada, lo adoptaron también como matriz identitaria” (Dagfal, 2013, pp. 10).

El psicoanálisis “Se derechizó”, se “lacanizó”, según Tato Pavlovsky (Pavlovsky, 1986, pp.14), quien, transcribiendo un comentario personal de Miller en París, afirma que el desarrollo de Lacan durante la dictadura tuvo lugar en virtud al supuesto de “neutralidad” del discurso del inconciente.

Necesitamos hablar de nuestros balbuceos, incertidumbres y fracasos. “Los que todavía tenemos el privilegio de haber quedado con vida, necesitamos aprender de la experiencia. Por eso me animo a balbucear, escéptico en los grandes discursos de las grandes verdades donde ya nadie cree en nadie” (Pavlovsky, 1986, p. 14).

Más allá de lo grupal. (1983-1995)

El fin de la dictadura trae retornos. Kesselman, Pavlovsky, Saidón y De Brasi regresan al país y con ello la circulación de temas y problemas en torno a la clínica grupal. Una clínica que no era ajena a los embates de la historia reciente, ni a la singular configuración del campo psi que se instituyó en el país.

Durante el exilio Pavlovsky y Kesselman desarrollaron la multiplicación dramática basados en la obra de Deleuze y Guattari; en Brasil, Saidón y De Brasi fundan el IBRAPSI (Instituto de Socioanálisis, Grupos e Instituciones), plataforma de difusión de la obra deleuziana. Barembliitt, quien fundara el Primer Grupo de Esquizodrama en 1973 en Buenos Aires, fue el presidente del Primer Congreso Internacional de Psicanálise, Grupos e Instituições, organizado por el Instituto Brasileiro de Psicanálise, Grupos e Instituições (IBRAPSI), Río de Janeiro 1978, que gestionó la primera visita de Félix Guattari a Brasil.

La revista-libro “Lo grupal”, editada entre 1983 y 1993, se constituye en un medio donde muchos de los ex Plataforma, afianzados en un “psicoanálisis que cree en el inconciente social e históricamente producido” (Pavlovsky y De Brasi, 2000), transmiten los derroteros de sus investigaciones y prácticas durante el exilio, así como reflexiones que intentan recuperar los debates centrales de los 60/70 en este nuevo escenario sociopolítico. La publicación refleja el abanico de temas y la palabra urgente que habilite la tramitación de la violencia y responsabilidad social y ética del analista en los modos de sufrimiento colectivo y el análisis de las relaciones de poder (Cardaci, 2014).

Como en cada período, son diversas las aristas que pueden indagarse. No obstante, me interesa destacar dos líneas de sentido de lo mencionado por De Brasi en una historización

mínima que prologa Lo Grupal 3 en 1986: la conmoción en la dimensión epistemológica del problema de “los grupos” y el desplazamiento de la especificidad de “lo grupal/comunitario” como campo legítimo de saberes y prácticas para el imaginario de les profesionales de la época (De Brasi, 1986). En esta doble lectura, la inserción de lecturas de Guattari vinculadas con la psicoterapia institucional comporta ciertas singularidades.

Desde el análisis de la primera línea de sentido la preocupación intelectual sobre la positividad del grupo como entidad epistémica y ontológica se diversifica hacia concepciones de “lo” grupal como espacio de atravesamientos, fluidez y multiplicidad que constituye “totalidades” a lo sumo provisorias. En este desplazamiento-apertura, lo que empieza a nominarse, a “balbuarse” en las proximidades de lo-grupal, tampoco es azaroso: los colectivos, las prácticas grupales, las múltiples inscripciones institucionales, ideológicas, sociopolíticas tanto en modos de sujeción como en la posibilidad deseante. La destitución de las totalidades desencanta la otrora ilusión omnipotente sobre los grupos como factor de cambio social (a la luz de la historia reciente, está clara la caducidad de la homologación entre cambio social y progreso). Lo grupal múltiple se presentifica como un campo de problemas nuevo: los efectos de la violencia y el terror estaban vívidos en las relaciones sociales; la falsa antinomia teoría vs. política había estallado en las instituciones y el campo de la salud mental demandaba nuevas herramientas de pensamiento e intervención.

Esta coyuntura inaugurará lo que Ana Fernández en 1989 nomina como el *tercer momento epistémico* en una genealogía de lo grupal: el agotamiento del grupo como objeto discreto. Un agotamiento que, al no responder a la exigencia de constituir un objeto formal abstracto propio de las disciplinas de los 70, se configurará en uno de los muchos factores de restricción profesional y devaluación del campo grupal, según la autora. (Fernández, 1989).

La siguiente cita de De Brasi, aunque extensa, amerita su referencia por introducir parte de lo que se inaugura en el campo del pensamiento sobre lo grupal (aunque con claridad se encuentra fuertemente trabajado por un psicoanálisis de las configuraciones vinculares, al menos en lo que se refleja desde la nueva experiencia editorial de la AAPPG):

Si en un determinado momento de reflexión sobre la problemática grupal se ligó a los grupos con un continente irregular, lleno de provisoriedades, como lo es el de la Psicología Social; ahora pensamos que es necesario articularlos con dialécticas específicas, significarlos desde sus relaciones con las instituciones, masas y organizaciones que persisten en diversos ámbitos comunitarios. Por otro lado las mitologías operantes, los rituales consecuentes, las ceremonias regulares y excepcionales, las formaciones de la vida cotidiana, las diseminadas constelaciones imaginarias, así como las construcciones particulares de lo social-histórico, son algunos de los ejes que ordenan las disímiles “totalizaciones en curso”.

Asimismo a las dialécticas mencionadas debemos conectarlas con un campo de análisis inaugural: la producción de subjetividades historizadas desde la investigación grupal. (De Brasi, 1986, p. 10)

El exilio también fue ocasión de encuentro con otras lecturas que abrevaron sobre esta nueva configuración del pensamiento. Foucault, Bourdieu, Castel, Castoriadis, Deleuze y Guattari dialogan intensamente desde las primeras publicaciones de “Lo grupal” (Cardaci, 2016). Las referencias a Guattari aluden más precisamente a la psicoterapia institucional desde “Psicoanálisis y Transversalidad” (Guattari, 1976), cuya primera versión en castellano fue editada por Siglo XXI en 1976. Por otra parte, Saidón será quien introduzca y desarrolle la propuesta del esquizoanálisis presentada por Guattari y Deleuze en el mismo año en “Antiedipo. Capitalismo y Esquizofrenia” (Deleuze y Guattari, 1985).

Retomo brevemente “Psicoanálisis y Transversalidad” (Guattari, 1976) por la utilización de sus conceptualizaciones como herramientas para el análisis institucional y en concordancia al momento epistémico que señalaba con anterioridad.

La publicación es una síntesis de la ebullición política e intelectual del Guattari de los 60. Compila escritos muy diversos que transcurren desde la experiencia clínico-política en La Borde, el fragor de las discusiones estructuralistas en el Grupo de Trabajo de Psicoterapia y Socioterapia Institucional (fundado por Jean Oury en 1960), la Federación de Grupos de Estudio y de Investigaciones Institucionales (creado por Guattari en 1965), el Centro de Estudios, de Investigaciones y de Formaciones Institucionales (CERFI), hasta la militancia política en la Oposición de Izquierda y el vínculo profano con Lacan (Dosse, 2009).

Guattari lo publica en paralelo a “El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia”, obra inaugural de la máquina con Deleuze. En un pujo y gracias al encuentro con el filósofo, drena la experiencia de 15 años en dos publicaciones de amplia densidad teórica desde una perspectiva que sostiene como plataforma de pensamiento el estructuralismo francés (para profundizar críticamente en al menos dos focos: agenciamientos colectivos y sus dimensiones de sometimiento y/o autonomía; la apertura a una semiótica sin jerarquización del régimen signifiante en la producción de subjetividad).

A diferencia de El Antiedipo, “Psicoanálisis y Transversalidad” (a primera y muchas vistas, caótico) revela con total claridad el vínculo inextricable entre la actividad política y la creación de concepto que definirá toda la vida y obra de Guattari. Clarifica las bases de la Psicoterapia Institucional retomando conceptos de diversos campos del pensamiento en función a su potencia operacional sin descuidar su articulación con el campo político. Argumenta que una perspectiva de cura en padecimientos mentales no puede eximir el análisis de la institución en la que se encuentra. La escritura y definición de conceptos está continuamente mixturada con el análisis de la posición política del Grupo de Trabajo y los riesgos de que su pretendida

autonomía como grupo cultural quede subsumido en la psiquiatría progresista francesa. Deseo y organización/teoría política en un mismo planteo conceptual. El concepto de *Transversalidad*⁴, difundido a partir de 1964 en su participación en el Primer Congreso Internacional de Psicodrama en París, se propone como reemplazo de la idea de una “transferencia institucional” y fue ampliamente utilizado por el movimiento institucionalista en nuestro país. La incorporación de una lectura necesaria de la organización del poder en las instituciones como elementos determinantes en las posibilidades de cura, aporta una herramienta novedosa a la perspectiva psicodinámica o a los enfoques psicologizantes estrictamente individuales.

“Máquina y estructura” (1976), el escrito censurado por Lacan en *Scilicet* (Dosse, 2009), y enfocado principalmente en trabajar la conexión directa entre las máquinas de control social y las instancias psíquicas; entra finalmente en circulación. Su difusión, junto con “De un signo al otro”, primer escrito crítico al Lacan del ’55 en el contexto de una decidida empresa de difamación por parte de este último y sus discípulos, junto a cierta estridencia simultánea del Antiedipo, pareciera haber eclipsado su especificidad, aunque no lo exime de su valor histórico.

Las circunstancias de Guattari durante los 80 lo enfrentan con otras dificultades vitales. En un impasse necesario con Deleuze, la década transcurre entre “los años de invierno” (depresión profunda con un descuido personal que resultó entre otras cosas en un deterioro cardíaco que le provocará la muerte en 1992, a sus 62 años); los viajes a Brasil⁵ y Japón, experiencias que aún en la fragilidad subjetiva que atravesaba, fascinará su producción intelectual y lo llevarán a pulir especificaciones sobre el Capitalismo Mundial Integrado y la producción micropolítica del deseo en el campo social; así como su acercamiento a las organizaciones ecologistas de izquierda será una de las usinas que le permitirá elaborar las precisiones del paradigma ético-estético que sintetiza en su último libro “Caosmosis” (Guattari, 1996).

Si bien “Psicoanálisis y Transversalidad”, desde la lectura retrospectiva de estas últimas producciones, resulta una colección de escritos diversos, con una posición fuertemente crítica hacia dos de sus ámbitos vitales (el psicoanálisis y la organización de la izquierda partidaria), tensado aún por una ontología binaria que mutará con el trabajo conjunto con Deleuze; presenta una singularidad que seguirá a lo largo de toda su producción. La *transversalidad* será una perspectiva obligada en cada una de sus coyunturas de modo tal de forzar el pensamiento a sus afueras y ser un “detector” de la heterogeneidad de elementos, fuerzas, flujos que constriñen la subjetivación a las modulaciones propias del capitalismo mundial integrado. Los “afueras” serán

⁴ Formalización sugerida por Ginette Michaud en 1964 (Dosse, 2009).

⁵ En este punto adquiere relevancia la figura de Sueli Rolnik en la difusión del pensamiento de Deleuze y Guattari en Brasil. De la participación de Guattari en asambleas de conformación del Partido de los Trabajadores surge el libro “Micropolítica. Cartografías del deseo” (2005). El pensamiento de Guattari tiene incidencia en los movimientos de Salud Mental de Brasil, país en el cual se distingue una recepción más ajustada a las vías del psicoanálisis y el campo de la salud mental. Junto con ámbitos específicos de México y sectores marginales en Argentina; parecer destacarse que en Latinoamérica, a diferencia de otros lugares del mundo, la recepción y difusión de sus ideas son en el campo de la salud mental. Otro derrotero es el de Deleuze, que encuentra el terreno de la filosofía con mayor apertura a la divulgación y lectura de sus ideas, aunque, como se lee en varios autores, su referencia sea en tantísimas ocasiones a costa del relegamiento o incluso borramiento del protagonismo de Félix en la creación de conceptos.

entre otras cuestiones la pragmática del lenguaje, la revisión de una semiótica compleja sin predominios esencialistas de dominio, el flujo productivo de los massmedia a escala planetaria, los procesos de singularización desde su dimensión molecular capaces de engendrar agenciamientos colectivos como resistencia/mutación alternativa a los equipamientos dominantes.

Por consiguiente, si bien la realidad del Félix de los 80 difiere ampliamente de las condiciones sociopolíticas y culturales en nuestro país, pueden percibirse preocupaciones comunes que llevaron a un sector de los psicoanalistas a utilizar nociones de pensamiento y herramientas de intervención trabajadas por el autor en pos de entender las condiciones de producción de subjetividad y analizar críticamente todo aquello que colabore con modelizaciones adaptativas.⁶

Retomo la segunda línea que me interesaba destacar de la historización de De Brasi en nuestro país: el desdén por las prácticas grupalistas en instituciones, servicios y comunidades, como campo legítimo para los analistas luego de la dictadura cívico-militar:

La reapertura democrática, a fines de 1983, implicó un renovado auge de los estudios psicológicos en la Argentina. A partir de la normalización de las universidades y la reapertura plena de las carreras de psicología, el fenómeno de la masividad fue acompañado por la adopción del lacanismo como marco teórico de la mayor parte de las cátedras clínicas (al menos en las universidades públicas). En nuestro país, la recepción del psicoanálisis lacaniano recién llegaría a su punto máximo durante este período, aunque más alejado de las lecturas marxistas (althusserianas) y más cercano a las teorizaciones de tipo clínico. (Dagfal, 2013, p. 12)

Se intensifican los diálogos entre quienes vuelven del exilio y los jóvenes profesionales que insertos en instituciones están urgidos de discusiones sensatas sobre el trabajo clínico. La empresa de los grupalistas de los 60 es notable y las demandas actuales fuerzan a construir un trayecto nuevo capaz de retomar lo producido sin quedar absortos en una idealización infructuosa para esta nueva coyuntura sociohistórica. La apuesta de recuperación no exime de la revisión crítica tanto de las matrices epistémicas que se muestran poco operativas en tales campos de intervención, como del sentido político de las prácticas cuyo límite con la militancia en las décadas previas por momentos se tornaba confuso (Herrera, Percia, & Szyniak, 1986). Sería

⁶ Cabe recordar a manera de ejemplo que el 31/08/1976 la nueva Dirección Nacional de Salud Mental postulaba entre sus funciones "la adaptación de los individuos a la sociedad", junto con la potestad de fiscalizar periódicamente las actividades asistenciales de los establecimientos psiquiátricos y el cumplimiento de las normas. Estas medidas de control persecutorio, afirman Alejandro Vainer y Enrique Carpintero, brindaron todas las herramientas para instalar el terror y montar toda la maquinaria de la psiquiatría manicomial. Puerta de entrada a su vez para una persecución ideológica sin precedentes. (Carpintero y Vainer, 2004)

interesante revisar qué perspectivas teórico clínicas sobre lo grupal se instalan con la reapertura de las carreras universitarias.⁷

Aun así, la singularidad de los 80: El semidecir, el *balbuceo*, la viscosidad del psicoanálisis institucionalizado que, con su potencia cuestionadora un tanto anestesiada, se ocupaba de reinstaurar una práctica solipsista, viciado en un formalismo teórico cuestionado por ahistórico. Las críticas de grupos de jóvenes profesionales de servicios hospitalarios que pueden recuperarse en diversas fuentes versaban generalmente en torno a la pretensión de apoliticidad de la práctica analítica; a la autonomización del discurso del deseo hasta hacerlo una abstracción sin anclaje en la asistencia psicoterapéutica; a la falta de información y ocultamiento sobre la organización de servicios y prácticas grupales previos a la dictadura; a la ausencia de formación clínica acorde a la “excepcionalidad clínica que se vivía” (Pavlovsky, 1986, p. 30; Carpintero y Vainer, 2005).

En un escenario en el que el tejido social intenta reparaciones y la política laboriosamente forjar institucionalidad, dos experiencias de prácticas grupales merecen nombrarse: el Equipo de Asistencia Psicológica de Madres de Plaza de Mayo y las experiencias grupales durante y post guerra de Malvinas (Dalmiro Bustos en La Plata y el Voluntariado propuesto por la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires para asistencia de afectados por la guerra de Malvinas) (Bozzolo, Bonano y L'Hoste, 2008).

Los desafíos son múltiples: trabajo clínico en situaciones de emergencia social, preguntas éticas respecto de la asistencia a raptos de niños, a los torturadores; asistencia a hijos y familias de desaparecidos y sobrevivientes. “La tarea desafiaba nuestra capacidad teórica y técnica; ninguno tenía la menor experiencia en neurosis y psicosis de guerra (primer modelo posible), pero tampoco demasiada experiencia en situaciones de emergencia nacional, en las que se conmueven cimientos psicosociales de la comunidad” (Bonano, 2008, p. 32);

Nos animaba la convicción de que la palabra articuladora del sufrimiento personal con las determinaciones sociopolíticas del aparato genocida montado por la dictadura era aliviadora del sufrimiento psíquico e inauguraba la tramitación de semantizaciones alternativas a las dadas por el poder. (Bozzolo, Bonano y L'Hoste, 2008, p. 184).

1995 - 2003: Proliferación rizomática. Entre la devaluación y el culto

La Argentina de los 90 se instala con capacidad flagrante en los intersticios de la subjetividad. Se difunde el descreimiento de la política como herramienta de transformación social. Se instalan sentidos y modos de sujeción consumidora e individualista. La “cuestión

⁷ La filosofía deleuzeana logró insertarse dificultosamente a través de la cátedra de Ana María Fernández, Teoría y Técnica de Grupos (Abraham, 2006, p. 23).

pública”, dominada por la economía de mercado (World Bank, 1992), está escindida en intereses sectoriales. Así, políticas económicas, políticas laborales, políticas de salud, son distinguidas como campos diferenciados, involucrando actores y saberes especializados, o al menos pretendidamente compartimentalizados. Una sectorización que más bien traduce la jerarquización de los valores de mercado como una concepción global que trasciende la perspectiva económica, ya que involucra significaciones y acciones en torno a la cultura y la subjetividad. En una racionalidad de gobierno que prioriza valores de mercado y administra definiendo los “costos sociales” como aspectos residuales de los objetivos financieros, la salud pública es uno de los ámbitos más perjudicados.

La mercantilización de la salud (Querceti, Parenti, & Stolkiner, 2015) induce fuertes procesos de objetualización, abandono y vulneración desde las políticas que implementa: Recortes de coberturas sociales y ampliación de la cartera de seguros privados, eliminación de programas comunitarios y territoriales, desmantelamiento de recursos en niveles de atención primaria, acento de la medicalización con acuerdos de corporaciones profesionales e industriales, desinversión en trayectos formativos de profesionales en ejercicio y en políticas de educación superior. Decisiones y acciones, con efectos y producciones; lo que podríamos identificar como las políticas de subjetivación de las políticas públicas.

En esta singularidad, son claras las alteraciones del lazo social. El Estado moderno como donador de sentido y organizador de prácticas encuentra su tope ante prácticas de mercado que instalan con toda potencia otras legalidades.

No es extraño por ende que en esta configuración se refuercen las formulaciones que desprenden a lo grupal de cualquier consistencia ontológica y se incremente la búsqueda de nociones que ayuden a entender y a trabajar entre condiciones de dispersión y el arrastre simultáneo de islotes de sentidos obsoletos. Prácticas de “desubjetivación”, el pasaje “del ciudadano al consumidor”, la “caída de la ley” y lo común (Lewkowicz, 2002, 2003, 2004; Fernández *et al.*, 2006), problemas teórico-filosóficos que motivan lecturas de Toni Negri, Lazzaratto, Franco Berardi. Esta impronta de época también forja las condiciones de posibilidad para la emergencia de los movimientos asamblearios y de organizaciones sociales, fábricas tomadas, movimiento piquetero, la gesta micropolítica del 2001. La efervescencia molecular habilita políticas y clínicas del acontecimiento y con ello la lectura de los trabajos de Deleuze y Guattari en muy diversos ámbitos de la cultura y el movimiento intelectual. Proliferan las traducciones de la obra, y se multiplica la circulación de escritos por medios virtuales.

Para el análisis institucional las conceptualizaciones específicas de Guattari y Deleuze se vuelven potentes para pensar e intervenir (dimensión molar y molecular, análisis micropolítico, proceso de burocratización/microfascismos, índice de singularidad de los agenciamientos colectivos, devenir minoritario, revolución molecular, por mencionar algunos de los conceptos fuertes). El Félix “grupuscular” (Guattari, 1976) de los 70 se agita en la efervescencia de los movimientos autogestivos.

La pregunta sobre la inclusión del pensamiento de Guattari en las Universidades, precisamente en el trabajo con grupalidades, sigue vigente. Saidón realiza una particular lectura sobre la relación dificultosa entre clínica esquizoanalítica y universidad (Saidón, 2012). Lo adjudica en parte a las características intrínsecas de Guattari de no adscribir a ninguna institución/escuela (pese a haberse dedicado sistemáticamente a la creación de organizaciones de todo tipo) y por ende el usual itinerario o nicho de seguidores, circuló por otras vías y formas. A su vez, un estilo dificultoso de escritura, pero con una clara interpelación de los instituidos, colaboran en hacer de la obra un material de difícil recepción y difusión para las características de la academia. (Saidón, 2012)

En este momento de difusión la apropiación oscila entre el descrédito flagrante y la adopción de culto. Aun así, la contraseña identitaria pareciera subsumir a “la máquina de dos cabezas” en la de Deleuze. Según Saidón, esta jerarquización del Deleuze-filósofo es efecto de la reconversión liberal e individualizante de la época, que vicia la impronta política de Guattari con cierto velo de utopía caduca.

Es interesante indagar por ende la especificidad de Félix en esta difusión. ¿Qué dimensiones o aspectos de su producción se encuentran subsumidos en la narrativas más difundidas y cuáles han sido los derroteros de su despliegue “rizomático” (aún por momentos fundido en el nombre del “filósofo del Siglo”, tal y como Foucault describió a Deleuze)? Incluso habilitar claves de lectura sobre una aparente jerarquización en la difusión de la filosofía deleuziana-guattariana por sobre la clínica esquizoanalítica (escisión que por otra parte estimularía las más fervientes críticas de los mismos Deleuze y Guattari). ¿Qué claves sembró Guattari en el último tramo de su obra para pensar la incidencia de la máquina tecnológica en la producción de subjetividad? ¿Qué aristas de su compleja red de conceptos, siguen mostrando vigencia para cuestionar nuestros posicionamientos e intervenciones en el campo social? Entender la singularidad de la recepción y difusión de su propuesta en nuestro campo argentino, quizás arroje algunas pistas para delinear intentos de respuestas.

Referencias

- Abraham, T. (2006). *La Máquina Deleuze*. Sudamericana.
- Barembliitt, G. F. (1974). *El concepto de realidad en Psicoanálisis*. Socioanálisis.
- Barembliitt, G. (1983). La institución del Psicoanálisis. Su panorama actual, su crisis y su futuro. *Lo Grupal* 1, 51-64.
- Bauleo, A. (1983). Problemas de la psicología grupal (El grupo operativo productivo). *Lo Grupal* 1, 11-19.
- Benyo, J., Churba, D., García Viale, V., y Ragoni, P. (2006). Apuntes sobre la recepción de Deleuze en la Argentina. En T. Abraham (Ed.), *La Máquina Deleuze* (pp. 15-26). Sudamericana.

- Bleger, J. (1966). *Psicohigiene y psicología institucional*. Paidós.
- Bonano, O. (2008). Malvinas: un nuevo modelo de trabajo. En Bozzolo, R; Bonano, O. y L'Hoste, M. *El oficio de Intervenir. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones* (pp. 30-36). Biblos.
- Bozzolo, R., Bonano, O., y L'Hoste, M. (2008). *El Oficio de Intervenir. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones*. Biblos.
- Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia*. Grupo Editorial Norma.
- Cardaci, G. (2014). *Tesis de Maestría en Estudios Interdisciplinarios de la subjetividad: La noción de «lo grupal» como intervención crítica en la problemática de la subjetividad y la grupalidad: La publicación Lo Grupal en la Argentina (1983-1993)*. Facultad de Filosofía y Letras. UBA.
- Cardaci, G. (2016). Lo grupal como intervención crítica: sobre la publicación Lo Grupal en la Argentina (1983-1993). *Tesis Psicológica*, 11 (1), 134-149.
- Carpintero, E., y Vainer, A. (2004). *Las Huellas de la memoria*. (Vol. 1-2). Topía.
- Carpintero, E., y Vainer, A. (Noviembre 2005a). Seminarios: Las Huellas de la Memoria Tomo II. 2da Clase: La Salud Mental en la dictadura militar. Topía. Un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura. <https://topia.com.ar>
- Carpintero, E., y Vainer, A. (Noviembre de 2005b). Seminarios: Las Huellas de la Memoria Tomo II. 3ra Clase. Topía. Un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura. <https://topia.com.ar>
- Dagfal, A. (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Paidós.
- De Brasi, J. C. (1986). Apreciaciones sobre la violencia simbólica, la identidad y el poder. *Lo Grupal* 3, 39-54.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*. Paidós.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (2006). *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia* (7ma. ed.). Pre-Textos.
- Dosse, F. (2009). *Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada*. Fondo de Cultura Económica.
- Falcone, R. (2007). La Psicoterapia de grupo en los 50 y su presencia en la Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. En *Memorias de XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de investigadores en Psicología del Mercosur*. Universidad de Buenos Aires.
- Fernández, A. M. (1989). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión.
- Fernández, A.M. y Cols. (2006). *Política y subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas*. Tinta Limón.
- Grinberg, L., Langer, M., & Rodrigué, E. (1961). *Psicoterapia del grupo*. Paidós.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad*. Siglo XXI.
- Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Ediciones Manantial.
- Guattari, F. y Rolnok, S. (2005). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Tinta Limón.

- Herrera, L., Percia, M., y Szyniak, D. (1986). Clínica y política: un lugar para la ética en salud mental. *Lo Grupal* 3, 55-78.
- Kesselman, H. (1971). Plataforma internacional: psicoanálisis y antiimperialismo. *Cuestionamos* 1, 251-256.
- Langer, M. (1971- 1972). *Cuestionamos*. (Vol. 1-2). Granica Editor.
- Lewkowicz, I. (2002). *Sucesos argentinos: cacerolazo y subjetividad postestatal*. Paidós.
- Lewkowicz, I. (2003). *Del Fragmento a La Situación. Notas Sobre La Subjetividad Contemporánea*. Altamira.
- Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Paidós.
- L'Hoste, M. (2008). Subjetividad del terror: un desafío para los psicoanalistas. En R. Bozzolo, O. Bonano y M. L'Hoste (Eds.), *El Oficio de Intervenir*. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones. (pp. 17-29). Biblos.
- Martínez Bouquet, C., Moccio, F., y Pavlovsky, E. (1974). *Psicodrama psicoanalítico en grupos*. Ediciones Kargieman.
- Pavlovsky, E. (1983). Lo fantasmático social y lo imaginario grupal. *Lo Grupal* 1, 41-50.
- Pavlovsky, E. (1986). Psicoterapia, psicodrama y contexto sociopolítico; Psicoanálisis y poder. En *Lo Grupal* 3, 13-34; 35-38.
- Pavlovsky, E., y De Brasi, J. C. (2000). *Lo Grupal. Devenires, historias*. Galerna Ayllu.
- Pérez, V., y Piccini, P. (2008a). Entrevista a Juan Carlos De Brasi: una ética de la responsabilidad. *Cuadernos de Campo* (5), 11-18.
- Querceti, F., Parenti, M., y Stolkiner, A. (2015). Desafíos en el campo de la Salud Mental argentina: un análisis a la luz de los procesos de globalización y las políticas regionales. *VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Universidad de Buenos Aires.
- Riviere, E. (2011). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social* (1). Nueva Visión.
- Rodrigué, E. (1974). Prólogo. En C. Martínez Bouquet, F. Moccio, y E. Pavlovsky (Eds), *Psicodrama psicoanalítico en grupos*. Ediciones Kargieman.
- Saidón, O. (2008). La clínica, la política y la construcción de subjetividad. *Cuadernos de Campo* (5).
- Saidón, O. (2012). La clínica de Guattari y los postguattarianos. En G. Berti (Ed.), *Félix Guattari. Los Ecos del pensar. Entre filosofía, arte y clínica* (págs. 271-303). Barcelona.
- Vainer, A. (2005). Los desaparecidos de la salud mental. *Las Huellas de la memoria: Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina de los '60 y '70*". Universidad Autónoma de Entre Ríos.
- Vezzetti, H. (2007). Historias de la psicología: problemas, funciones y objetivos. *Revista de Historia de la Psicología*, 28 (1), 147-166.
- World Bank. (1992). The World Bank Annual Report 1992. Recuperado el 27 de enero de 2017, de <http://documents.worldbank.org/curated/en/403031468780283602/The-World-Bank-annual-report-1992>

SEGUNDA PARTE

Diseño y coordinación de dispositivos grupales y colectivos

CAPÍTULO 6

¿Cómo seleccionar?

Julieta Veloz

El presente texto se propone desplegar el trabajo llevado a cabo por un equipo de profesionales para la selección de trabajadores/as a ingresar a trabajar en instituciones públicas con niños, niñas y/o jóvenes en situación de vulneración de derechos y/o en conflicto con ley penal, en la función de operadores y operadoras. En total, doscientas personas se presentaron para la selección. Para ello, se convocó a trabajadores/as profesionales de dicho organismo.

De tal experiencia de trabajo interesa trazar los diversos tiempos y tareas que implicaron el diseño e implementación del dispositivo; tal interés se funda en considerar que la enseñanza de contenidos sobre dispositivos grupales y colectivos requiere, entre otras instancias, de contenidos que desplieguen y formalicen experiencias de trabajo y con ellas, la singularidad de un saber-hacer. Este artículo extrae líneas de una experiencia de trabajo con y entre otros/as.

I. Punto de partida: composición de un equipo

Desde un área de gestión de un organismo estatal de política pública para la niñez y adolescencia, solicitan a un trabajador de dicho organismo, que lleve a cabo un proceso de selección de trabajadores para ingresar a trabajar como operadores/as en instituciones que alojan niños, niñas y/o jóvenes en situación de vulneración de derechos y/o en situación de cumplimiento de una medida de responsabilidad penal juvenil.

Para ello, quien recibió la demanda convocó a profesionales de distintas disciplinas que trabajaron en diversas funciones y en distintas instituciones en dicho organismo.

Quienes nos abocamos al oficio de trabajar con dispositivos grupales y colectivos en ámbitos institucionales e inscribimos nuestras prácticas en un modo de pensar lo grupal y lo institucional como campos de problemas, sabemos que para que entre ‘un número numerable de personas con un objetivo común’ (Fernández, 1998, p. 36) se produzcan anudamientos que entretejen una trama grupal, se requiere un trabajo en doble vía: entre los/as profesionales que van a coordinar los dispositivos grupales y con las personas que asisten a dichos dispositivos.

Un hacer con y entre otrxs en doble vía, no sólo porque con quienes vamos a trabajar componen una numerosidad social (Ulloa, 2012) sino también porque dicho trabajo requiere de

la composición de un equipo-grupo de coordinación. En otras palabras, para que dos o más profesionales devengan en equipo-grupo de trabajo se requiere algo más que el ir juntas a un hacer.

Un algo más que remite a un modo particular de trabajo. Al decir de De Brasi, J. C “el trabajo se trabaja, es un articulador central del trabajo grupal, posibilita que éste muestre su providencia y su discriminación de un obrar diferente” (2002, p. 13). Trabajo que no refiere ni a ocupación determinada, ni a esfuerzo, ni a productividad, sino a producción.

Para que del ‘uno a uno’ de los distintos profesionales convocados devenga un ‘entre varies’ que componga un equipo-grupo de trabajo, fueron necesarios varios encuentros de trabajo para trabajar-nos.

En los encuentros se fueron desplegando los sentidos de cada quién acerca de dicha demanda institucional, de las funciones de los y las operadores/as, más allá y más acá de lo escrito reglamentariamente. Despliegue producido al compás del relato de las experiencias laborales de cada uno del equipo en las distintas instituciones.

El trabajo de diseño de dispositivos grupales y/o colectivos implica entonces la composición de un equipo-grupo de trabajo. Trabajo necesario, más aún en ocasiones donde las urgencias institucionales demandan una respuesta ‘ya’, sin demora. Detener. Pensar. Pensarnos, deviene en un trabajo a efectuar que, al interrumpir vorágines, abre líneas de visibilización, descoagula nudos de líneas duras instituidas y presenta otros posibles haceres. En este caso, implementar un dispositivo para seleccionar les operadores para trabajar con niños, niñas y jóvenes en situación de vulneración de derechos y/o de transgresión a la ley penal juvenil.

Las personas seleccionadas serán quienes asumirán una tarea que hace al cotidiano institucional de los niños, niñas y/o jóvenes que habitan las instituciones. Tarea para nada menor. Sin embargo, y a pesar del impacto que la tarea de les operadores tiene en la vida cotidiana de les niños y/o jóvenes, resulta ser la menos pensada y menos cuidada (Veloz, J. 2020).

II. Algunas herramientas teóricas que nos orientaron

Como se describió en párrafos anteriores, el trabajo trabajado entre les integrantes del equipo-grupo posibilitó un movimiento de teorizar las experiencias de cada quién en los ámbitos institucionales y posibilitó delinear ‘el perfil’ que requiere el trabajo de les operadores.

Ulloa, F. (2012) retoma el término ‘teorizar’ de los tiempos de la tragedia griega, ‘por entonces, teorizar aludía a decir acerca de lo que se vio en la escena trágica’ (2012, p. 107), relacionado entonces con el pensamiento afectivo-intelectivo.

En nuestros encuentros de trabajo, insistían recuerdos de escenas donde la crueldad parecía no detenerse. ¿Qué produce en el cotidiano institucional esos tratos crueles para con los

niños, niñas o jóvenes, por otras crueldades efectuadas por otros/as, habitan esas instituciones? Lectura de insistencias que trazó una línea de orientación respecto al 'perfil' requerido para el trabajo de los operadores, línea que trazó el qué 'ver' en cada quién de los postulantes.

Para pensar la crueldad que insistía, nos servimos una vez más de las 'teorizaciones' producidas por el psicoanalista Fernando Ulloa (2012), para quien la crueldad es una producción cultural antitética y contemporánea de la ternura, desde los inicios de la civilización. Postula una diferencia entre 'saber curioso' y 'saber cruel', respecto al segundo sostiene

Puede tratarse de un saber cruel activado frente a lo distinto, por ejemplo, una pauta cultural (...) que perturba algún saber establecido en un sujeto cruel, tal vez poniendo en actividad aquello de la disposición universal. Ese saber perturbador cobra, además, un valor de absoluto (...) de donde se infiere que ese saber cruel es, nada menos, saber ignorante. A partir de ahí, ese saber cruel y quien lo sostiene procurará, en primer término, discriminar al portador de esa pauta cultural distinta. Al mismo tiempo, mostrará fastidio -que tal vez alcance el grado de odio- frente a quién sostiene una cultura extraña o un saber que niega lo que para el cruel es un canon establecido. Finalmente, si las condiciones lo permiten, traducirá lo anterior en una supresión, ya sea de la condición de prójimo, de ciudadano o bien -extremo no tan infrecuente- de la vida. (2012, p. 111)

Respecto al 'curioso', lo caracteriza como un saber que también presenta vicisitudes frente a otros saberes o culturas, que puede producir cierta confusión, sobre todo si algo se presentó como radicalmente distinto; sin embargo "y a diferencia del saber cruel, no por eso se apaga su intento de avanzar sobre lo ignorado. Ocurre que la curiosidad es el motor del saber, motor anulado o enajenado por la crueldad (...) (2012, p. 111). Ahora bien, de no activarse ese motor, se producirá un empuje a 'colonizar' lo nuevo.

Acerca de la 'disposición universal hacia la crueldad' (2012, p. 110) presente en todo sujeto humano, Fernando Ulloa sostiene que el psicoanálisis es particularmente idóneo para explorar la crueldad; traza una línea en los trabajos freudianos, donde sitúa que desde durante años Freud trabajó la pulsión de vida bajo sus diferentes formas "sólo en el año veinte, y no sin un considerable escándalo teórico, señaló la importancia de la pulsión de muerte" (2012, p. 115), los desarrollos freudianos presentes en los escritos 'El malestar en la cultura' y 'El porqué de la guerra', devienen en herramientas para los/as psicoanalistas que trabajamos en ámbitos colectivos.

Herramientas que nos posibilitaron trabajar y ajustar nuestra pregunta-problema, de: '¿Qué produce en el cotidiano institucional esos tratos crueles para con los niños o jóvenes?' devino en: '¿Qué saberes crueles activan los tratos crueles para con los niños o jóvenes que habitan las instituciones?' Saberes totalizantes y por ello, totalitarios, acerca de cómo se debe ser niño o joven, que definen UN modo de ser niño, joven. Saberes que expulsan aquello que no se ajusta a lo esperado.

Saberes que materializan significaciones sociales imaginarias instituidas (Castoridis, C., 1986) acerca de qué es ser niño/a y/o joven, y operan como organizadores de sentido de los actos humanos. Al respecto, Fernández (2007) sostiene que las significaciones imaginarias sociales forman parte de las múltiples máquinas sociales de producción de objetivación y de subjetivación; “objetivan, en tanto nominan, narran, argumentan, legitiman científica, política y culturalmente los ordenamientos de sentidos. Subjetivan, en tanto producen las modalidades en que piensan, sienten, actúan los integrantes de los colectivos sociales” (2007, p. 104)

Ahora bien, si los sentidos instituidos acerca de qué es ser niño y/o joven componen saberes que movilizan actos, en este caso, para con les niñez y/o jóvenes que habitan las instituciones del Organismo de Niñez y Adolescencia, es necesario diseñar un dispositivo de selección de los operadores orientado al despliegue de los mismos: ¿Qué sentidos porta cada quién respecto a les niñes y jóvenes en situación de vulneración de derechos y/o de transgresión a la ley penal juvenil? ¿Qué sentidos porta cada quien respecto al trabajo en instituciones del Organismo de Niñez y Adolescencia? Tales sentidos, ¿componen en cada quién saberes crueles o saberes curiosos?

Preguntas que orientaron el ‘qué ver’ en el proceso de selección de trabajadores/as. Orientación que abrió al ‘cómo’, a través de qué dispositivo y procedimientos realizar la selección mencionada.

El ‘qué ver’ en cada postulante fue trazando los bordes del ‘perfil’ que requiere la función de los operadores. Caracterizamos las tareas que hacen al trabajo de los operadores con les niñez y jóvenes en situación de una medida de protección de derechos institucional y/o en cumplimiento de una medida de responsabilidad penal juvenil, y puntuamos los recursos subjetivos que dichas funciones requieren:

- Construcción de vínculos de cuidado y sostén con los niñes y jóvenes (en adelante nyj). Para ello se requiere diferenciar y delimitar la particularidad del vínculo, diferenciarlo de otros vínculos de órdenes ‘familiares’.

- Transmitir y enseñar las normas y reglas de convivencia, que hacen a las condiciones de construcción de lazos con otros, en un espacio institucional. Para ello se requiere de un acompañamiento cotidiano de transmisión del sentido de las mismas, referido al ejercicio de derechos y obligaciones que implican el estar con otros, y la consecuente construcción de responsabilidad anudada con las reglas.

- Tal acompañamiento cotidiano de cuidado y sostén implica la organización de la rutina diaria para organizar la vida cotidiana, promover hábitos saludables y estimular la participación en actividades que promuevan su desarrollo integral, y promover y garantizar el acceso a derechos (educación, salud, recreación, etc.).

- Tales tareas u organización cotidiana requieren ser formalizadas, escritas, en informes que posibiliten que les trabajadoras (operadores, directivos, equipo técnico) tengan un saber

integrado respecto a la cotidianeidad del nyj, con el efecto de la no fragmentación institucional de la vida cotidiana institucional del nyj.

-El/la trabajador/a son agentes institucionales que en cada tarea materializan las políticas públicas, orientadas por los marcos legales; es por ello que la organización institucional- roles, funciones y tareas que cada agente debe realizar- requiere ser clara para cada uno/a. Organización que, para ser eficaz, debe ser coordinada por y desde una función, como es la dirección del establecimiento, quien garantiza que cada tarea sea efectuada, orientada al cuidado y sostén de los/as nyj que por un tiempo estará en ese espacio institucional, sea por encontrarse en una situación de vulneración de derechos o en situación de conflicto con la ley penal. Por tal motivo, la tarea que les operadores llevan a cabo es indicada y coordinada por quien cumple la función de dirección del establecimiento.

-Dada la importancia que la tarea del operador/a contiene para la vida cotidiana de los nyj, en tanto 'personal de contacto', es fundamental la participación de los/as mismas en los espacios de trabajo con los demás agentes institucionales, (reuniones de todo el equipo, con los equipos técnicos, asambleas, etc.), tal participación posibilita trabajar situaciones particulares de los nnya, construir y compartir estrategias de intervención y aportar en la producción de informes. (Planificación, 2022)

De allí que se trata de diseñar un dispositivo que indague los imaginarios sociales acerca de la niñez y juventud que se encuentra en situación de medidas de protección de derechos y/o de medidas de responsabilidad penal juvenil.

Aquí utilizamos la noción de dispositivo como "arteficios tecnológicos diseñados por nosotros en las intervenciones institucionales y/o comunitarias. En este caso el dispositivo es pensado como máquina que dispone a..., que crea condiciones de posibilidad, que provoca o pone en visibilidad y eventualmente en enunciabilidad latencias grupales, institucionales y/o comunitarias" (Fernández, 2007, p. 115).

III. Dispositivo de selección de trabajadores y trabajadoras

El propósito que orienta el dispositivo de selección fue el despliegue de los sentidos respecto a los niños y jóvenes en situación de estar con una medida de protección de derechos y/o de transgresión a la ley penal juvenil; al trabajo en instituciones del Organismo de Niñez y Adolescencia y qué acciones movilizan tales sentidos. El propósito delinea aquello que queremos relevar, lo que delimita dónde dirigirá el equipo sus observaciones y modos de registro y las tácticas de intervención.

Propósito que requirió un diseño pautado. En este sentido, se diseñó un dispositivo compuesto por una instancia de entrevista individual y un espacio de trabajo grupal, en modalidad taller.

La entrevista individual fue de tipo semi dirigida y realizada en duplas. En el diseño de la entrevista contemplamos un detalle, para nada menor: a la entrevista cada quien va con un 'guion' a mostrar lo mejor de sí para quedar seleccionado/a. Guiones que requieren ser desarmados por la dupla profesional que entrevista, dado que entre lo que 'tengo que decir' y 'lo que pienso' se instala una diferencia que se juega luego en el hacer. Lo que 'tengo que decir' no causa la acción en el encuentro con los niños, niñas y/o jóvenes; 'lo que pienso' produce un hacer, un modo de hacer.

La categoría de elucidación, propuesta por Castoriadis (1993) cobra aquí valor de herramienta, 'el trabajo por el cual, los hombres (y las mujeres) intentan pensar lo que hacen y saber lo que piensan' (1993, p. 11). De allí, la importancia de que la entrevista sea de tipo semidirigida, dado que deja espacios abiertos para la conversación, y con ella la posibilidad que el 'guion' se desarme.

La entrevista contenía los siguientes puntos a desplegar: a-¿Por qué le interesa ser trabajador/a en las instituciones del Organismo de Niñez y Adolescencia?, b-¿Cómo se enteró de la convocatoria?, c-¿Qué tareas supone que implica el trabajo?, d-¿Qué piensa que puede 'dar' en su trabajo?, e-Characterice un/a joven que se encuentra en una institución de responsabilidad penal, ¿por qué llegan ahí?, f-Characterice un niño y/o joven que se encuentra en una institución por una medida de protección ¿por qué llegan ahí?, g-¿Tiene experiencia en el trabajo con niños o jóvenes? ¿dónde?, h-¿Hay algo que considere importante decirnos respecto a usted que no le hayamos preguntado?

La lectura de las entrevistas posibilitó trazar insistencias de sentidos 'familiarizados', 'romantizados' acerca de los niños, niñas y jóvenes y del funcionamiento de las instituciones. Lo que evidenciaba desacoples entre lo imaginario y la cotidianidad de las instituciones donde ingresarían a trabajar.

En varias entrevistas, se comparó y homologó el trabajo en las instituciones de niñez y adolescencia con la crianza de 'hijos', movimiento de familiarización inmanente a un ideal de familia nuclear moderna y solidario con la figura del juez de menores como 'buen padre de familia'.

Si bien desde el año 2004 se sancionaron nuevas leyes en materia de niñez y adolescencia, que implicaron la implementación de Políticas Públicas en clave de derechos; dichos cambios no produjeron y no implican aún hoy, modificaciones en las prácticas concretas. (Veloz, 2020)

Ideal moderno de un tipo de niñez y juventud que segrega a quienes no se ajustan a él. De allí la importancia de construir espacios institucionales 'hospitalarios' que alojen, construcción que sólo pueden hacer quienes trabajan allí, entre ellos los operadores.

La lectura y análisis de las entrevistas individuales orientó uno de los procedimientos a implementar en el dispositivo grupal: qué escenas proponer en el taller para que su escenificación

despliegue los modos de pensar-hacer-intervenir con les niñes y/o jóvenes con les que van a trabajar.

Otro tiempo importante del diseño del dispositivo es el tiempo de demora para el diseño del dispositivo grupal-taller. Demora necesaria para un diseño ajustado y singular. Demora que introdujo la lectura de las entrevistas y que nos permitió trazar puntos de insistencias respecto a porqué estaba ahí, cómo imaginaba y cómo se veía realizando dicho trabajo. A su vez, algunos/as representaciones respecto a porqué les niñes y jóvenes estaban en esas instituciones.

IV. Dispositivo Taller grupal

Los talleres eran de 30 integrantes. El taller dispuso 1) un tiempo de caldeamiento; 2) distribución en pequeños grupos de 5 integrantes. A cada pequeño grupo se les asignó una escena escrita y la consigna de construir el modo de intervención en dicha escena, 3) escenificar la intervención construida, 4) puesta en común: ¿Qué sintieron? ¿Qué piensan de lo que hicimos?

Al inicio del taller, el equipo coordinador presentó la tarea que en ese espacio se iba a desarrollar: construir entre varias intervenciones con niñes y/o jóvenes, que serán luego dramatizadas. Se les entregó a cada uno/a un papel en blanco para que escriban su nombre y se los coloquen en algún lugar visible.

El caldeamiento dispuso condiciones para un estar y hacer diferente al esperado en un proceso de selección, donde cada quien presenta lo mejor de sí para ‘ser seleccionado’. A través de consignas invitamos a mover los cuerpos por el espacio, a saludarse y mirarse de diversos modos entre ellos/as, se disponen condiciones para instalar espacios de trabajo con otros/as. Las consignas del caldeamiento se diseñaron de tal modo que, a la vez que disponían los cuerpos de otros modos, invitaban a imaginarse en el lugar de trabajo. Al finalizar el caldeamiento se organizaron en pequeños grupos para trabajar.

A cada grupo se le dio una escena escrita, con la consigna de que construyeran una escena que presente cómo intervendrían allí, para luego realizarla. Las escenas sobre las cuales debían construir la intervención, fueron escenas concretas acontecidas.

Escenas de intervención que cada grupo compartió, a través de la lectura de las mismas. Una vez leídas todas, se eligió entre todas una para dramatizar. En las dramatizaciones se utilizaron diversas técnicas, entre ellas cambios de roles y soliloquios.

Interesa aquí resaltar las diferencias que se presentaron en todos los talleres, entre el texto de la escena escrita y la escena dramatizada. Diferencias que produjeron un efecto de sorpresa. Algo difiere, si la escena escrita diseñada por cada grupo presenta la lógica de un ‘plan de intervención’, la dramatización compone una máquina de expresión que “arrastran formas,

reconstruyen contenidos y abren nuevas ramificaciones rompiendo y restaurando un orden de las cosas” (Fernández, 2007, p. 213).

En las escenas escritas las palabras de los/as operadores/as eran consejos dirigidos a la joven o joven, quienes escuchaban los consejos y aceptaban, se calmaban.

Al dramatizarlas, las escenas se desbordaban. Se realizaban acciones con el cuerpo con escasas palabras, el o la joven decía algo que no era escuchado/a. La intensificación de acciones de violencias sobre los cuerpos, insistió en las diversas dramatizaciones.

En las escenas de intervención escritas por cada grupo insistían sentidos ‘romantizados’ respecto a les niñas y/o jóvenes que se encuentran con medidas de protección de derechos y/o de responsabilidad penal juvenil. Insistencias que se presentaban en las entrevistas individuales. Sentidos que fundan saberes cristalizados que, al no alojar lo que se presenta, movilizan acciones crueles que intensifican las violencias.

Al momento de la puesta en común, insistió el efecto sorpresa de lo ‘no esperado de sí mismos/as’ en las escenas. El miedo al desborde, propio y del otro. El dispositivo operó como máquina de visibilidad, en tanto desplegó en acto los sentidos acerca del trabajo con les niñas y/o jóvenes en las instituciones y las acciones-intervenciones que tales sentidos movilizan.

Referencias

- Castoriadis, C. (1993) *La institución imaginaria de la sociedad*. Vol.1. Tusquets.
- Castoriadis, C. (1995) *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Gedisa.
- De Brasi, J.C. (2002) *Notas mínimas para una arqueología grupal*. Grupo Cero.
- Fernández, A. M. (2008) *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpo y multiplicidades*. Biblos.
- Ulloa, F. (2012) *Salud ele-mental. Con toda la mar detrás*. Libros del Zorzal.

CAPÍTULO 7

Vida e intervención en obra: Experiencia con equipos de Inspección de la Facultad de Ingeniería de la UNLP en las Obras hidroeléctricas en Santa Cruz

Moratti Serrichio, María Florencia y Broggi, Diana

Introducción

El artículo recoge los andariveles del diseño e implementación de un dispositivo grupal. Recupera los desafíos de un equipo de coordinación en la delimitación del encuadre y pertinencia de los espacios propuestos y la selección orientada de procedimientos de intervención para el trabajo con dos grupos de ingenieros que inspeccionan obras hidroeléctricas, situadas en la provincia de Santa Cruz. Nos proponemos por ende reflexionar sobre la práctica con grupos a partir del abordaje, la experiencia y sus resonancias en clave de formación profesional tanto para la Psicología como las ingenierías.

Encuadre e inauguración de una propuesta

Relatar experiencias nos aporta multiplicar saberes desde una práctica situada, lo cual suele ser uno de nuestros ejercicios preferidos a la hora de la construcción de conocimiento. Recuperar saberes desde las prácticas colabora en complejizar y sistematizar el quehacer profesional, en este caso, desde un anclaje territorial.

En esta oportunidad, la experiencia se origina en una demanda concreta de acompañamiento a equipos de trabajo, en su mayoría integrados por ingenieros. A partir de la misma se trabajó de marzo a diciembre del 2023 en dos viajes a territorio y tres encuentros virtuales con los equipos de inspección de obra. Luego, en actividades académicas en la Facultad que dieron lugar al armado de una nueva asignatura optativa para todas las carreras de Ingeniería: Relaciones humanas en el ámbito del desarrollo de las ingenierías.

Situamos para este escrito tres momentos de la experiencia: Una primera instancia destinada a conocer, mapear, diagnosticar. Luego, diseñar, acompañar y proponer en terreno,

disponibilidad para habilitar otros registros de la experiencia. Y por último, avanzar en propuestas, amalgamar en clave situada para seguir trabajando en condiciones de acompañamiento y creación.

Experiencia

El primer contacto con los equipos de ambas obras fue virtual, mediante una sensibilización sobre Ley Micaela (27.499). Luego de esto, se conformó un equipo interdisciplinario integrado por psicóloga, psiquiatra, y Lic. en Cs. Políticas, con quienes visitamos por primera vez los campamentos y realizamos actividades replicando una hoja de ruta en ambas obras. Como equipo interdisciplinario llevamos adelante un diseño de actividades situado y orientado por la transversalidad de la perspectiva de género y de la salud mental, como ejes separados (abordados en talleres) ambos desde un enfoque de Derechos Humanos. A su vez, habilitamos un espacio de escucha de carácter individual. En un segundo viaje configuramos el equipo de otra manera, atendiendo a la necesidad de trabajar y profundizar otros aspectos que relevamos centrales en el viaje inaugural.

En esta segunda ocasión viajamos dos psicólogas y una profesora de teatro. Propusimos un espacio de devolución e intercambio luego de la primer visita, y compartimos la nueva propuesta basada en un diagnóstico previo, con la comunicación de lo que consideramos emergentes por un lado, potencialidades por otro, y propuestas que se enmarcaron, entre otras cosas, en la elaboración de una nueva hoja de ruta: un nuevo desafío de diseño e intervención.

Partimos del reconocimiento del rol central y organizador que tiene el trabajo en la vida de las personas. En tanto estructurante identitario y de las dinámicas organizacionales cotidianas, el trabajo constituye el escenario privilegiado de mediación entre el campo social y la economía psíquica (Dejours, 2015). A su vez consideramos que el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, y fue desde estos lugares que nos propusimos construir espacios habilitantes para quienes trabajan en ambos equipos de inspección en las obras. La configuración de espacios en modalidad de talleres formativos sobre las temáticas centrales de género y salud mental, así como los espacios de escucha, estuvieron enmarcados en esta búsqueda. Se trató de una mirada sobre la salud mental, considerándola una práctica integral que incorpora la dimensión subjetiva, histórica y social tanto en el abordaje de poblaciones como de sujetos singulares (Stolkiner y Ardila Gómez, 2012).

Tanto en el primero como en el segundo viaje, se trabajó durante 4 días, con la orientación de una hoja de ruta construida y planificada de manera flexible, de acuerdo a las necesidades y encuadres horarios de ambos equipos. Esta planificación requirió asimismo de flexibilidad metodológica para poder adaptarse a las condiciones reales de las dinámicas y necesidades grupales encontradas.

El quehacer “psi”. Elucidar, intervenir, agenciar

Para este trabajo nos resulta pertinente realizar un foco de lectura sobre algunas de las dimensiones de esta experiencia. Este recorte tiene como principal objeto la transmisión de algunas singularidades del trabajo con grupos desde nuestro quehacer “psi”, a los fines de poner en diálogo este material con aspectos teóricos y procedimentales del Programa General de la asignatura Psicoterapia 2.

Desde este enfoque podemos analizar algunos emergentes del segundo viaje a las obras:

A) Dimensión de equipo: ¿quiénes?, ¿cómo trabajamos?, ¿qué líneas seleccionamos trabajar?, ¿desde dónde?

El equipo para esta instancia de intervención (segundo viaje) lo conformamos dos Lic. en Psicología y una Prof. de Teatro. Componer en esta diferencia era una apuesta ética orientada por la idea de que las prácticas artísticas y creadoras constituyen una vía privilegiada para agenciar movimientos de subjetivación emancipadores o automodeladores (Rolnik, 2019; Guattari, 2005). Aun con esa tesis en nuestro reservorio, componer equipo no está garantizado por un mero acto de voluntad.

Generar los espacios para encontrarnos constituyó un desafío a la vertiginosidad del cotidiano en este momento del mundo, pero el sostenimiento fue central para generar mínimas condiciones de encuentro. Este momento previo a la intervención fue clave para poner a trabajar nuestros supuestos sobre la tarea a afrontar, sobre nuestros roles, raigambres teóricas, experiencias previas, temores (sobre el equipo y la intervención; sobre el viaje y sus avatares; sobre cuestiones operativas de organización de los hogares de cada una de nosotras).

En esta amalgama de experiencias delimitamos un modo de trabajo y compusimos un común. Tomando la experiencia anterior de una de nosotras y sabiendo que la máquina de producción de los espacios de obra podría tomarnos en su “funcionamiento 24/7”, definimos como prioritarias las pautas de cuidado del equipo.

Las propuestas de intervención (Talleres grupales; Espacios de Escucha; Espacios con Jefes; etc.) necesitaban tiempos nuestros de reflexión y sistematización del proceso, el “tiempo de equipo”. En una intervención como la que se relata, en la que todos los espacios son “espacio de obra”, componer esa decisión fue estratégica. Este tiempo y espacio es uno de los más difíciles de habilitar y sostener en los trabajos en equipo. Suele ser la “variable de ajuste” ante urgencias, velocidades, pujas y tensiones en el trabajo. Aun así, es uno de los elementos vertebrales de cualquier intervención o funcionamiento en equipo. Se requiere componer otras velocidades para habilitar ciertos momentos reflexivos sobre “lo que estamos haciendo” y tomar decisiones, orientar las intervenciones y cuidar la composición del equipo.

Además de priorizar este criterio, construimos la propuesta integral teniendo en cuenta no sólo nuestras pertenencias disciplinares (que arrojan, por supuesto, responsabilidades diversas en la intervención), sino también nuestras comodidades, inseguridades, fortalezas, incertidumbres con distintos aspectos vinculados con las funciones y momentos de la propuesta.

Este proceso de organización previa también configuró un encuadre flexible a los imponderables y aquellas cuestiones que en el trabajo en territorio pueden sorprender o demandar una atención y tiempos no contemplados. Por eso de antemano definimos qué procesos no abrir, sobre qué aspectos del funcionamiento no intervenir a priori por más que visualizamos posible, pero no ético, si no surgía de lo grupal.

Estas definiciones suponían también tener lo más claro posible, al menos para llegar, los límites de nuestro alcance real en la presencialidad de nuestro viaje, en relación a la expectativa que generaba. Si bien contábamos con cuatro días intensivos y de exclusividad en el lugar, lo cierto es que la magnitud del trabajo nos encontraba muchas veces con una necesidad de registro muy preciso acerca del manejo de los tiempos reales.

B) Propuestas y ejes de intervención:

- *Formalización de la propuesta de intervención ¿qué hacer y por qué?*

Nos propusimos trabajar con quienes nos hicieron llegar la demanda en un inicio: integrantes de los equipos de Inspección de las obras. Luego del primer viaje, se impuso la necesidad de ampliar el equipo incorporando algunos perfiles y reforzando otros. Los emergentes sistematizados luego del primer viaje se recortaron en las siguientes claves:

Comunicación. Necesidad de introducir mejoras en la misma, tanto a nivel institucional como interpersonal, entre integrantes de equipos.

Percepción del trabajo y rol de la inspección. La función de la inspección en la obra como aspecto a trabajar y delimitar en función de las tareas y sus representaciones.

Sentido de pertenencia y grupalidad. Relevamos la construcción identitaria alrededor de la tarea realizada en clave de pertenencia a la Institución UNLP, en tanto respaldo a su labor.

Redes de contención, apoyo y cuidado. Se encuentran dinámicas de construcción de compañerismo y lazos de solidaridad en los equipos.

Espacios de creatividad y esparcimiento. Se observa como potencialidad la conformación de espacios de ocio y contención creados de manera auto-organizada por parte de los equipos.

Ante estos emergentes y dadas las condiciones de intervención que disponíamos, construimos los siguientes ejes de intervención como objetivos de la propuesta:

- Promover la concreción de espacios de esparcimiento, **recreación y expresión** artística para los equipos en cada obra.
- Desarrollar **espacios de reflexión** para identificar y trabajar mitos y estereotipos en torno a la identidad profesional de ingenieros e ingenieras.
- Desplegar dispositivos de **prevención y promoción de la salud mental** comunitaria y de atención de malestares y problemáticas vinculadas: en este tiempo de intervención relaciones interpersonales en clave de comunicación - efectos en la subjetivación de mandatos y estereotipos sobre identidad profesional.
- Relevar emergentes para sistematizar temas y contenidos teórico-prácticos vinculados con grupos y trabajo en equipo que podrían incluirse en una **propuesta de formación académica** para las carreras de ingeniería.

Para trabajarlos diseñamos los siguientes espacios:

- **Momento de encuentro y socialización de la propuesta de trabajo.**

Momento de presentación de las nuevas compañeras de equipo y que tiene por orientación fundamental, generar condiciones de encuentro y confianza con el equipo de intervención en un sentido de continuidad. Involucra a su vez una devolución con emergentes del viaje anterior para relevar en este momento efectos y/o movimientos posteriores a la intervención inicial.

En este espacio compartimos a su vez los objetivos de la propuesta actual y sus espacios: fundamentalmente el taller grupal y los espacios de escucha individuales.

- **Taller Grupal:**

El taller grupal sostiene dos momentos de trabajo que incluyen dinámicas lúdicas y dinámicas reflexivas.

El primer momento: dispusimos unas dos horas para desarrollar una secuencia de técnicas lúdicas corporales y de representación. Disponer los cuerpos, componer de otras maneras, propiciar otras conexiones, produce condiciones de encuentro diversas a la máquina habitual de “la vida en la obra”. Alterar esa cartografía componiendo con otros elementos y fuerzas visibiliza otras dimensiones en juego en lo grupal que se presentifica de otra manera y dan posibilidad de trabajo con ellas: estereotipos sobre las distintas funciones en el equipo de trabajo, mandatos de roles, estereotipos de género, tipos y modalidades de comunicación con

las jefaturas, cualidad de vínculo con el ambiente de vida; rituales de convivencia; ritmos; velocidades; registros ínfimos sensibles.¹

El segundo momento: espacio de reflexión donde retomar lo vivenciado y desplegar entre las diversas voces líneas de pensamiento sobre cómo está transitando este grupo la tarea, la convivencia, sus relaciones con la contratación, con las dinámicas singulares de este tipo de trabajo en obra, con la familia lejos, con horarios y ritmos muy ajenos a las dinámicas más usuales de un encuadre laboral. Desde esa multiplicación, distinguir acciones posibles a profundizar, viabilizar, para mejorar las condiciones que se presentan restrictivas o promotoras de malestares, conflictos y angustias.

- **Espacios de escucha:**

Espacios de acompañamiento y orientación individual para quien necesite o requiera un espacio de escucha fuera de los espacios grupales.

C) La intervención situada, lectura y decisiones clínicas (ética):

Este aspecto es otra clave de la coordinación con agrupamientos. Procesar, compartir y reflexionar sobre las múltiples dimensiones en el espacio de intervención, nos orienta en estrategias que no pueden estar prefijadas; sino que se componen en situación y nos requiere disponibles para realizar maniobras y tomar decisiones.

Si bien la planificación nos orientó en la propuesta, durante la implementación tuvimos que diferenciar líneas de trabajo y procedimientos en cada obra en virtud de emergentes situados. Dimensión institucional, dimensión de género, potencias de trabajo de cada grupo y a su vez la lectura de distintas condiciones para el trabajo con aspectos sensibles y conflictivos nos llevó a tomar decisiones desde el encuadre clínico y “no negociar lo innegociable”. Ética micropolítica, según Suely Rolnik (2019), acompañar el proceso genuino de cada agrupamiento.

Entre los efectos grupales e institucionales que podemos situar de esta intervención, podemos mencionar los siguientes:

- Avanzamos en la visibilización y problematización del género como dimensión transversal del trabajo técnico;
- Se lograron avances en la estrategia de redes para implementación de protocolos de violencias que resulten eficaces y al alcance de las trabajadoras;

¹ La secuencia de este taller en particular se compuso de: Juegos en ronda (Homdon; paso el aplauso; paso una pelota con distintas consignas “nombre/profesión - nombre/algo que me gusta hacer”; juegos de representación: Estatuas (distintas consignas); “camino como si...” (exploraciones corporales diversas); Fotos/imágenes de tres integrantes, con los cuerpos y en movimiento secuencial con distintas consignas; Foto Grupal (en este caso de “Vida en Obra”).

- Alcanzamos más especificidad en la identificación de problemas de comunicación y coordinación. Especificaciones respecto de roles y funciones.
- Se fortalecieron instancias grupales lúdicas y creativas para afrontar las condiciones de desgaste laboral, grupal y vincular.
- Se acompañaron procesos singulares a partir de los espacios de escucha individuales.
- Les ingenieros de los grupos con los que trabajamos participaron en la asignatura: Relaciones Humanas en el ámbito de las Ingenierías, donde transmitieron sus experiencias, reflexiones y aprendizajes a estudiantes de grado.

Resonancias y multiplicidad. Entre la formación de psicólogos e ingenieros

En todas las disciplinas los profesionales trabajan con agrupamientos en alguno de los aspectos de su tarea. Aun así, el trabajo con grupos se demanda, se supone, pero no se enseña. ¿Qué sesgos valorativos subyacen a esta hipótesis? Las experiencias que jerarquizan el trabajo con y en grupos desde su potencial epistémico y práctico, con su especificidad, suelen ser puntuales, sin persistencia curricular, e impulsadas, la mayoría de las veces, por el oficio, interés o voluntad de quienes las sostienen. Son preponderantes las propuestas que suponen que las habilidades de “manejo de grupos” están “naturalmente” incluidas en las trayectorias de formación disciplinar.

¿Cuánto de estas nociones, sostenidas en prácticas concretas, son responsables de procesos de exclusión, sentimientos de ajenidad, concepciones de impotencia en estudiantes y profesionales al momento de ejercer sus prácticas en ámbitos grupales? ¿Qué concepción del estudiante y de los profesionales subyace a este tipo de prácticas de la cultura académica?

Transversalidad y multiplicidad del ámbito grupal no es “ausencia de especificidad” ni mucho menos habilita a la peyorativización del quehacer con grupos. Distinguir en qué aspectos y/o dimensiones podemos como psicólogos apuntalar procesos de subjetivación tampoco nos hace receptáculos de la impotencia de otros profesionales respecto de sus propias herramientas (en sus propios encuadres técnico-disciplinarios) para el trabajo con grupos.

Escucha, reciprocidad, co-construcción de tramas confiadas, visibilización y contemplación de vectores de género, salud mental, derechos, son, entre otras, líneas posibles de incluirse en las estrategias y herramientas de formación de cualquier disciplina que se proponga una vinculación con otros. A su vez, jerarquizar qué tipo de potencia promueve para ese ejercicio de la disciplina o de experiencia compartida el trabajo con grupos.

Miradas y aportes de nuestras regiones que puedan componer con un proyecto de formación de profesionales involucrados con las urgencias sociales, sea cual sea su disciplina de base, los padecimientos y potencias de la sociedad para la cual nos capacitamos. Las

distancias disciplinares muchas veces nos implican un sesgo a deslindar cuando trabajamos desde la perspectiva de los derechos humanos, y priorizamos la construcción desde el encuentro transdisciplinar.

Entre psicólogos e ingenieros hay diferencias evidentes, pero también puntos comunes que emergen desde el más allá de las representaciones y mitos disciplinares. El proceso de aprendizaje común abrió un espacio nuevo, entre equipos, entre personas, en lo laboral, en lo académico, en lo institucional, con aportes teóricos y prácticos en lo que hace a las relaciones humanas. Sin duda nada de esto hubiera sido posible sin la potencia colectiva encontrada y puesta a trabajar para su despliegue.

Referencias

Dejours, C. (2015). *Trabajo y sufrimiento mental*. Topía.

Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconciente*. Tinta Limón.

Guattari, F. y Rolnik, S. (2005). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Tinta Limón.

Ley 27.499 (2019). Ley Micaela de Capacitación obligatoria en género para todas las personas que integran los tres poderes del estado. Congreso de la Nación Argentina.

Stolkiner, A. y Ardila Gómez, S. (2012). Conceptualizando la Salud mental en las prácticas consideraciones desde el pensamiento de la medicina social/ salud colectiva latinoamericanas. *Revista Argentina de Psiquiatría*, Vol. XXIII, pp. 57-67.

CAPÍTULO 8

La sororidad como potencia inventiva. La coordinación en un grupo de mujeres

Bayúgar, Delfina

*La experiencia histórica de las mujeres podrá sentar
el ejemplo de otra forma de pensar y actuar
colectivamente.*

RITA SEGATO (2021, p. 15)

Introducción

El concepto 'sororidad', creado por los feminismos, alude a un vínculo de solidaridad entre mujeres que no solo apunta a un modo de unión, sino que también propicia condiciones para inventar territorios existenciales libres de violencias.

En este trabajo se propone un recorrido por algunas referencias que teorizan esta modalidad de enlaces colectivos en diálogo con una experiencia de trabajo con mujeres, cuyas luchas cotidianas, expresan los modos de resistencia ante un patriarcado colonial-capitalístico (Rolnik, 2019) que avanza ferozmente.

En la propuesta de la cátedra Psicoterapia II, Facultad de Psicología, de la UNLP, transitando el paisaje que nos muestra a Ana María Fernández en su tesis sobre el campo grupal (Fernández, 1989), se aprecia un recorrido genealógico respecto a las producciones sobre lo grupal, que emergen en distintas urgencias socio históricas, y producen demarcaciones en el ámbito del saber-poder. En esa producción, la autora sitúa las terapias de estructura fraternal y ejemplifica, como parte de esa estructura, con la lógica de los grupos de quienes nomina en ese momento, como "mujeres maltratadas"¹. A partir de esa referencia, se realiza una deriva que conduce a situaciones grupales efectuadas actualmente como intervenciones en torno a las violencias por razones de género.

Evocar y recuperar dichas intervenciones en espacios con mujeres apunta a recuperar la potencia que pueden desplegar los vínculos de paridad y su incidencia en la creación de

¹ Numerosas son las obras posteriores de la autora que, desde un posicionamiento feminista, brindan claves para deconstruir cuerpos teóricos, y producen conocimiento desde una perspectiva de género: "La diferencia desquiciada" 2013. Ed. Biblos; "La mujer de la ilusión", 2019 Ed. Paidós; "Psicoanálisis. De los lapsus fundacionales a los feminismos del siglo XXI", entre otros.

nuevas producciones de subjetividad, como fuga a las opresiones patriarcales. Se considera que estas producciones desafían la mera identificación con el lugar de la víctima, y son inescindibles del despliegue sensible y afectivo que inauguran determinados vínculos. En esta circulación no se encuentra ajena la función de la coordinación en tanto puede operar alojando y potenciando lo que se produce como “paridad” (Matus, Moscona; 2020).

En cuanto a la experiencia transitada, es necesario advertir que la expresión “grupos de mujeres” puede conducir a un esencialismo que oculta los modos dinámicos de la existencia. El concepto grupo, como nos anotan Marcelo Percia (2010) y Juan Carlos De Brasi (2002), entre otros, nos acerca al riesgo de ontologizar modalidades que responden a acontecimientos más que a moldes uniformados. Lo nominado como producción grupal podrá pensarse en tanto anudamiento contingente, en el decir de Ignacio Lewkowicz (1998) de modo precario, en el sentido de que nada externo asegura su permanencia.

Así como también, del otro lado del riesgo del esencialismo, cabe aclarar que la referencia a “mujeres” no pretende conducir a una esencia determinista, sino aludir a quienes se autoperciben de ese modo y han compartido una experiencia histórica acumulada (Segato, 2021).

En suma, más allá de las clasificaciones, interesa advertir la potencia del encuentro y lo que puede leerse como efecto grupal de personas que han padecido violencias del sistema patriarcal y que intentan reunirse y reconocerse por fuera del lugar de víctimas.

La evocación de la experiencia, en lugar de proponer una guía a seguir, se convierte en la posibilidad de “desandar un camino” (De Brasi, 2002, p. 11) advirtiéndole que sus rastros se elaboraron en torno a preguntas situadas en prácticas territoriales, sostenidas desde una perspectiva feminista.

Volver sobre los pasos

En su análisis genealógico, Ana María Fernández (1989) ubica las terapias de estructura fraternal como un tipo de terapia emergente a partir de la década del 30. El ejemplo paradigmático de estos agrupamientos es el de Alcohólicos Anónimos surgidos en el año 1935 en Estados Unidos, que considera como uno de los primeros dispositivos grupales con objetivos terapéuticos (1989, p. 35). En este tipo de dispositivos se busca un efecto terapéutico a partir del sostén entre los miembros del grupo, ya que el liderazgo no se ubica en la coordinación externa, sino que, quien coordina es un par que anteriormente atravesó una situación similar, y en la actualidad se postula como modelo a seguir.

Fernández, A. (1998) explica que a través de ese tipo de vínculos se restauran redes de sostén perdidas en el espacio familiar, ausentes en otro ámbito social (1998, p. 85). También considera que este tipo de terapias reconoce la función de las emociones en el grupo y tienden a fomentar “buenos sentimientos de grupo” (1998, p. 86) aunque no explican las causales de esas emociones. En este tipo de operatoria, la autora sitúa similitudes entre los grupos de autoayuda y los de “mujeres maltratadas” (1998, p. 87).

Leer en clave crítica supone, por un lado, poder pensar las urgencias sociales actuales y revisar los conceptos; y, por el otro, tornarlos herramientas de pensamiento sobre lo que acontece. Dichas herramientas podrán operar en una configuración del campo grupal que logre intervenir lógicas instaladas en el padecimiento o la opresión. En la cita enunciada, la referencia a “mujeres maltratadas” (1998, p. 87) puede releerse desde perspectivas actuales como la Ley N° 26.485 en donde se define la violencia contra las mujeres en sus diferentes tipos y modalidades.

Considerar la violencia de género en perspectiva actual supone aludir a distintas luchas feministas por la reivindicación de Derechos que se han desplegado en nuestro país, y a nivel global, alcanzando una gran diseminación en los últimos años². Estos movimientos colectivos a la vez que transformaron subjetividades, dieron pulso a nuevas regulaciones y políticas públicas en torno a los Derechos de mujeres y diversidades. Así es como tuvo lugar la creación de organismos estatales, municipales, de equipos de asistencia en situaciones de violencia contra mujeres. En ese marco, a fines del año 2016, se crea la Dirección de Género, de la Secretaría de Desarrollo Social, del Municipio de Florencio Varela, lugar donde se enmarca la práctica aludida. Su objetivo principal consistía en asistir y acompañar a mujeres en situación de violencia de género, instalando luego, el abordaje en torno a la prevención y sensibilización en la temática.

Luces del camino. Algunas referencias feministas sobre instancias grupales

Las prácticas grupales entre mujeres que reivindican Derechos pueden ser más antiguas de lo que se registra. En nuestro país se ubican colectivos de mujeres desde principios del siglo XX, momento en que comienzan a tomar forma los movimientos feministas y diversas asociaciones de mujeres.

Respecto a los grupos de mujeres que han atravesado por situaciones de violencia de género, ya desde los años 1960, desde los feminismos, se sostuvieron prácticas grupales entre mujeres con el objetivo de dar visibilidad a problemáticas surgidas de las opresiones patriarcales. Con este tipo de dispositivos apuntaban a quitar del plano personal y patológico aspectos que tenían que ver con cuestiones estructurales de una sociedad machista y patriarcal.

Kathie Sarachild (2017) es quien registra y transmite acerca de los nominados “Grupos de autoconciencia Feminista”, práctica surgida del feminismo radical de Estados Unidos. En estos grupos se acordaba una circulación no jerárquica de las prácticas y se proponía como objetivo, a partir del registro de las violencias vividas, la acción radical para transformar la realidad social. Desde estas producciones se oponían a considerar los grupos como terapéuticos porque consideraban que ello correspondería con la cura de una “enfermedad”, reduciendo un problema que es de orden estructural.

² Sobre estos antecedentes, véase: Lynn, C. (2018). El impacto del feminismo en la ESI. Dossier: Reflexiones de un presente feminista. Feminista vos, vos y vos también., 8-10; Barrancos, Dora, (2014). “Los caminos del feminismo en Argentina. Historia y Derivas”. Revista Voces en el Fénix, N°32, 6-13.

Por otra parte, en la década de 1970, en Latinoamérica, surgieron diferentes movimientos de mujeres propios de militantes de izquierda, que se independizaban de organizaciones políticas masculinas. Como respuesta a los golpes militares y al imperialismo estadounidense, a través de diferentes agrupamientos feministas, ponían en discusión los causales de la pobreza y falta de acceso a la salud y la educación, temáticas que las distinguían de las feministas radicales de Estados Unidos (Guzmán Martínez, 2021). Con sus diferencias, se puede contemplar que los agrupamientos referidos coinciden en la necesidad de trabajar el malestar a nivel colectivo y en sostener lazos de solidaridad horizontales entre las integrantes. Consideran que aquello les propiciará una toma de conciencia respecto al sistema patriarcal, primer paso para un movimiento emancipatorio.

Al apreciar estos rasgos, se puede sostener que algunas prácticas actualmente persisten con la modalidad de la toma de conciencia. Si bien este ejercicio contribuye a evitar la individualización del problema, es posible cuestionar si la toma de conciencia es suficiente para producir una transformación subjetiva.

Ya en la década del 70, las militantes feministas de Italia del grupo “Diotima”, que ejercían la práctica de la autoconciencia, situaban la insuficiencia de ésta debido a que apreciaron limitaciones al momento de transformar aspectos subjetivos que sostienen las opresiones y que no son tramitables por vía de la voluntad ni el raciocinio. Cuestiones que podían ser consideradas como inconscientes comienzan a ser visibilizadas y problematizadas: “un mal oscuro que tenía raíces muy profundas, donde no llegaban los razonamientos de la toma de conciencia” (Librería de Mujeres de Milán, 1987, p. 49).

Merced a esas reflexiones, diferentes psicoanalistas militantes de ese colectivo propusieron lo que nombraron como “práctica del inconsciente”, durante 1974 y 1975. De esta forma, los nuevos grupos “transferían la escucha analítica al contexto político de las relaciones entre mujeres” (1987, p. 59) con el objetivo de no privatizar el análisis a una práctica individual, y revelar así, el carácter político de lo analizado. En estos espacios se analizaron aspectos hasta entonces silenciados, como la complicidad con el dominio masculino, la búsqueda de aprobación y, con especial énfasis, las fantasías, ya que las consideraban un aspecto crucial tanto para el sostenimiento de la repetición como para la posibilidad de transformación (1987, p. 59).

Otros aportes dirigidos a aspectos inconscientes que emergen en las grupalidades se aprecian en Silvia Tubert, psicoanalista argentina. La autora alude a la práctica de autoconciencia con perspectiva crítica, y se refiere a los grupos de mujeres en su especificidad. Considera que la toma de conciencia de la opresión es un paso necesario para considerarse sujetos activos de transformación histórico-social (Tubert, 2009); aunque no suficiente, ya que es de fundamental importancia apuntar también a los aspectos inconscientes involucrados.

Tubert retoma a Mario Campuzano (1996) al describir que en estas lógicas grupales se dan tres mecanismos: apoyo, catarsis e identificación entre les integrantes, y agrega que en las terapias grupales psicoanalíticas se apunta a la comprensión de los fenómenos que se encuentran determinados por el inconsciente. Esto propiciará la elaboración de los conflictos y las consecuentes modificaciones subjetivas. Para la autora “es necesario atravesar el espejismo

de la semejanza para acceder al reconocimiento de la diferencia” (Tubert, 2009, p. 2), condición para la subjetivación. Sitúa que si bien las identificaciones son una parte del proceso terapéutico, es necesario analizarlas e ir más allá, ya que pueden dificultar el conocimiento de la alteridad.

Desde otras herramientas conceptuales, podría apreciarse que en estas advertencias sobre los límites de la autoconciencia se encuentra la constatación de otras esferas de la subjetividad que exceden lo discursivo y manifiestan su carácter inconsciente. En palabras de Guattari y Rolnik (2005), la producción subjetiva alude a “sistemas de conexión directa entre las grandes máquinas productivas, las grandes máquinas de control social y las instancias psíquicas que definen la manera de percibir el mundo” (2005, p. 40).

Dichos autores advierten que una revolución a nivel macropolítico no podría pensarse sin tener en cuenta los aspectos múltiples de la producción de subjetividad, es decir aspectos que a nivel micropolítico se injertan en las subjetividades y condicionan los modos de hacer y percibir el mundo. Estos aspectos consisten en unidades sensibles, afectos, modos de semiotización y modulaciones de deseo que no se reducen al nivel representacional. El término micropolítica abre la posibilidad de pensar no sólo desde el ámbito molar del poder, en torno a las prácticas discursivas y los enunciados reivindicativos, sino que permite pensar el aspecto molecular, en relación a las modulaciones del afecto y la sensibilidad.

En esta dirección, dos analistas argentinas, Susana Matus y Sara Moscona (2020) conceptualizan acerca de este tipo de grupos. Al igual que Ana María Fernández, parten de los grupos de estructura fraternal para luego proponer una nueva nominación que trasciende la estructura familiar moderna, ya que suponen que nominar como fraterno condena a considerar el vínculo como secundario a otro nominado como principal: el edípico. Las autoras proponen la nominación de “alianzas entre pares” (2020, p. 29) para hacer referencia a este tipo de lazos, producidos de manera heterárquica y situacional que otorgan un lugar simbólico en el “estar con” otros y a su vez permiten diferenciarse. Advierten que en estos armados se pueden dar transformaciones potenciadoras o despotenciadoras, cualidades que se encuentran siempre en tensión y que será necesario considerar la predominancia en cada caso singular y de modo situacional. En la misma dirección que lo antedicho desde Guattari y Rolnik, las autoras consideran que es desde los vínculos de paridad desde donde pueden cuestionarse las bases de los instituidos sociales (2020, p. 38). De allí la potencia transformadora de los mismos.

Estos antecedentes resultan de gran riqueza, en la medida en que sitúan problemáticas que, más que una receta a seguir, orientan preguntas al momento de promover la grupalidad. En cuanto a la coordinación, se puede pensar de qué manera promover una circulación grupal que considere las problemáticas del sistema patriarcal y permita cuestionarlas, al mismo tiempo que no reduzca los malestares a título individual. Así mismo, será una cuestión a considerar la manera de promover vínculos de sostén y solidaridad sin que ello anule la posibilidad de diferenciarse para cada quien.

Donde el camino nos llevó

Durante los dos años que ejercí mi trabajo en la Dirección de Género, ‘ir al territorio’ era una forma de presentar una estrategia que apuntaba a la promoción de vínculos entre mujeres, como una de las intervenciones pensadas desde la prevención de las violencias. Las prácticas de prevención constituyeron una estrategia de quienes conformamos un equipo cuyo ejercicio profesional no se reducía a la asistencia individual en problemáticas instaladas, apostando a la promoción de vínculos entre mujeres como estrategia micropolítica. En palabras de Verónica Gago (2019) es un desafío en la materia pensar intervenciones que no recaigan en un carácter salvífico, redentor, de quienes son consideradas como víctimas. En tanto tales, las respuestas se agotan en una asistencia puntual que puede significar en ocasiones un resguardo, una restitución, pero será necesario pensar una apuesta que vaya más allá, si se apunta a conmover y transformar modalidades subjetivas.

Esta situación remite a otro desafío para quienes “estamos psicoanalistas” (Ulloa, 2005) en las prácticas, en tanto nos advierte de no patologizar a quienes atraviesan por situaciones de violencia de género y no limitar como única intervención posible el tratamiento o acompañamiento individual.

Prácticas en territorio, llamadas de prevención de las violencias, promoción de salud y derechos, prácticas de sensibilización en la temática, participación en redes de salud, en asambleas barriales, en colectivos disidentes. Si bien ese tipo de prácticas son pensadas desde un posicionamiento teórico-clínico y político, por sí solo no bastará para propiciar los vínculos. No hay modo de generarlos sin posicionarse ahí, con la apertura suficiente para no solo intervenir, sino dejarse intervenir por lo que el encuentro dispone. Según Lewkowicz (2003) una situación no admite espectadores y, quienes intervenimos en el campo de la subjetividad, nos constituimos en la situación. La ética situacional remite a que los saberes previos o exteriores al grupo pierden injerencia si no son pertinentes a lo que allí puede conducir al encuentro. No hay un saber universal, creado por la academia o la militancia, que pueda hablar ahí, en situación.

A diferencia de la coordinación sostenida desde los grupos de estructura fraternal, la coordinación de la situación evocada en el presente escrito no provee un saber ni una guía a seguir. Pensar en inmanencia consiste en tener la paciencia suficiente para crear la situación con ellas, pensar–inventar con las sujetas participantes cuáles serían los objetivos de esos encuentros. De esta manera, la función de la coordinación es generar condiciones para que esas instancias de pensamiento tengan lugar ahí y potenciar lo que el grupo pueda producir. La pregunta acerca de cómo generar ese *común* es una orientación para emprender el quehacer grupal.

“Ir al territorio” es una expresión usualmente utilizada por quienes emprendemos prácticas comunitarias que si bien expresa la intención de salir de la mera asistencia centralizada, puede recaer en una extranjería que obstaculiza las posibilidades de creación con las mismas sujetas de intervención.

Pensar una experiencia remite a retomar la práctica desde un equipo interdisciplinario: dos trabajadoras sociales y una psicóloga, con recorridos y atravesamientos múltiples, y con la

pregunta acerca de cómo armar un común en estos vínculos, sabiéndose distintas. En este caso, la actividad implicaba un día semanal con tiempo asignado para ello en el barrio “Ingeniero Allan”. La estrategia no se dirigía sólo a “otras”, sino que era una oportunidad de respiro para quienes intervenimos y una apuesta a que esa bocanada reanime otras corporalidades.

Bifurcaciones: Valentía es hablar de lo que nos pasa

Por el espacio propuesto transitaban diferentes mujeres que acudían al servicio de Promoción de Derechos de las Infancias a llevar a sus hijos, y a ellas se sumaban otras que acudían por recomendación de sus amigas o sugerencias de trabajadoras de otras instituciones del barrio.

Las coordinadoras presentábamos el espacio. A medida que pasaban los encuentros la confianza crecía, la palabra circulaba con mayor facilidad. El promedio de mujeres podía variar entre cinco y diez participantes. La propuesta era: *“encontrarnos para poder hablar de cómo nos sentimos, cómo vivimos nuestros días, las cosas que nos preocupan, las cosas que nos gustan hacer”*. La consigna era amplia ya que, más que dirigir un contenido específico a tratar, apuntaba a la construcción conjunta del común, en donde tenía principal preponderancia la apuesta por el encuentro. En palabras de Matus y Moscona: “Se trata de un ‘hacer junto con’ imprevisible de antemano, que se produce en el cada vez, en colectivos abiertos, de pensamiento conjunto, de fuerzas que conviven potenciando y despotenciando los encuentros” (2020, p. 29).

Las mujeres que comenzaron a concurrir se presentaban frente a otras contando cómo habían llegado al espacio y lo que hacían cotidianamente. Todas sostenían el hogar con su trabajo de cuidados. La mayoría se encontraba en un vínculo de pareja que trabajaba por fuera de la casa. Allí apuntaron las intervenciones en primera instancia, a recuperar aquella labor de subsistencia y de resistencia que era invisible hasta para ellas mismas. Es posible afirmar que esta invisibilidad no tiene que ver con las individualidades en cuestión, sino que forma parte de una producción subjetiva de este sistema de explotación del capitalismo, reforzado por sus raíces patriarcales que asigna modos de explotación específicos para cada género.

Silvia Federici (2015) nomina el “patriarcado del salario” a este control que se hace sobre el cuerpo de las mujeres a través del salario del capital. Siguiendo a Esquivel (2015), considerar el concepto de cuidado es reconocer su papel como “piedra angular de la economía y de la sociedad” (2015, p. 64). Tematizar estas cuestiones tuvo sus efectos entre ellas: cuando la labor de cuidados se nombraba como trabajo, cada una comenzaba a relatar todo lo que involucraba para ellas sostener las diferentes tareas, basadas en relación al mantenimiento del hogar y a la crianza de lxs niñxs.

Generalmente la charla se iniciaba comentando sobre sus hijos, les más pequeños, menores de dos años, quienes nos acompañaban, mientras el resto se quedaba jugando afuera, en el espacio de promoción de Derechos. Ellas comentaban sobre la escuela, la fiebre que había tenido uno de los pequeños, y la cantidad de guardias y centros de salud que habían recorrido hasta obtener una respuesta. Entre ellas se recomendaban circuitos y así comenzaba a circular un saber, aquél que traían de su experiencia. En relación a esto último, cuando se disponía el

espacio a que puedan hablar de “lo que les inquietaba”, uno de los principales temas que deseaban abordar reiteradamente era la forma de criar a sus hijos y cómo poner límites en la crianza, reconociéndose como las que llevaban ese rol de manera casi exclusiva, aunque muchas veces no era tan visible esta exclusividad.

Ante la propuesta de esa temática, en los siguientes encuentros trabajamos viñetas que representaban escenarios cotidianos para ellas, aludiendo a la convivencia con sus hijos y las responsabilidades de cuidado para ambos adultos responsables de la crianza.

Al abrir el debate sobre las viñetas retomaban vivencias de su infancia y los modos de obrar que habían influido en sus historias de vida. Muchas de ellas recordaban escenas sufridas de violencia familiar y cómo eso en la actualidad influía en el modo de posicionarse en el rol de la maternidad. En el intercambio se pudo abrir la arista padeciente de este rol y el registro de las propias exigencias que ellas tenían sobre el mismo.

Respecto a la labor de cuidados, Amaia Pérez Orozco denomina “Ética reaccionaria del cuidado” (2014, p. 182) a la asunción de tareas imprescindibles para mantener la vida y la relegación de lo propio en pos de las necesidades ajenas. La autora refiere que si la feminidad pasa por la construcción de sí para el resto, no se trata de sostener la vida en términos amplios, si no de encontrarse en un “lugar oscuro de la dependencia, un espacio subalterno y subordinado, sin autonomía financiera, vital, ni sobre el propio cuerpo”. Es un lugar desde el que también se ejerce violencia y del que resultan “sujetos dañados” (2014, p. 289). Poder registrar desde cada una cuáles fueron estos “daños” sufridos fue una forma de retomar la importancia del propio lugar con otras y de pensarse por fuera de la moralización del rol maternal. A medida que se generaban los encuentros, el espacio fue adquiriendo un lugar de contención afectiva para sí y para otras.

Los discursos de cada una eran largos, ininterrumpidos y muy penosos. Nuestras intervenciones apuntaban a acotar y hacer participar a las demás, generar el diálogo que se veía interrumpido. Esta interrupción no respondía a un desinterés por la palabra de la otra, sino más bien evidenciaba que en su cotidiano no abundaban las oportunidades para hablar de lo que a cada una le pasaba. Otra de las aristas de la ética reaccionaria del cuidado tiene que ver con la carencia de estos espacios para sí: “Si sobran tiempo y fuerzas, entonces hay un pequeño espacio para lo propio, pero siempre tras la cobertura de lo ajeno” (Pérez Orozco, 2014, p. 183).

En pleno auge de la presentación del Proyecto de Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo, una de ellas, Nadia, propuso hablar del tema, poniendo como punto de partida su opinión al respecto: “yo soy de las del pañuelo celeste y ustedes tienen el verde, pero respeto otras posiciones”. La propuesta parte de dos posiciones opuestas y de un interés por escuchar sobre aquello que se presenta en disonancia con lo propio.

Tal propuesta presentó un desafío para la coordinación, en tanto no se presentaba como neutra en la temática, el planteo se puede considerar de gran relevancia: en ese acto, Nadia le da importancia a su propia posición y al mismo tiempo se encuentra disponible a alojar la diferencia. Al correr del lugar de la verdad a la coordinación, asoma la existencia de lo heterogéneo, punto de partida para considerar la emergencia de lo grupal.

Para los siguientes encuentros retomamos el proyecto de ley y el debate se inició. Nadia dio sus argumentos acerca de lo que pensaba; Silvia, otra participante, comentó que tenía una conocida que se había practicado un aborto y lo había hecho con mucho miedo. Eliana se interesaba por conocer el procedimiento de la interrupción ya que pensaba que sólo se podía hacer con una intervención quirúrgica. Una de las coordinadoras contó que con la ley vigente se podía acceder a, por ejemplo, las consejerías existentes en la ciudad, que ya estaban en funcionamiento en el sistema de salud, abordando el pre y el post aborto, que aseguraban el acceso a la información para una práctica segura. Las participantes afirmaban desconocer esa existencia. Daiana refirió que ella no interrumpiría un embarazo, pero que no veía mal si otra lo hacía, y dio sus argumentos.

Más allá de considerar los lugares binarios del “a favor y en contra”, pensar y dialogar en disonancias implicó que cada una construya y se reconozca en su posición, así como también aloje a la otra. Puede entenderse así, que hubo espacio para los anudamientos heterogéneos, que conformaron la situación grupal. Así mismo, el debate sobre la interrupción del embarazo puso en tema la posibilidad de efectuar decisiones sobre la propia sexualidad. Desde cómo habían significado su menarca hasta las relaciones sexuales que sostenían en la actualidad, pudieron compartir diferentes experiencias que llevaron a la reflexión sobre el cuerpo propio. Se reconocía la falta de información recibida, la soledad percibida frente a eso y cómo el desconocimiento conducía a tomar con miedo ciertos procesos “esperables” del desarrollo del cuerpo. De una lógica binaria en la que estarían representadas posiciones identitarias opuestas “en un color definido” se pudo abrir la posibilidad de registrar un recorrido singular corporizado. Dar lugar a eso, nominar, historizar, propone un común que otorga voz a aquello que fue silenciado en soledad. Revisar la historia con otras condujo a la posibilidad de decidir en la actualidad.

En otro encuentro, desde la coordinación llevamos un tema planificado previamente y una de ellas, Emilia, llegó tarde y tomó la palabra. Su relato se vio afectado por la angustia que expresaba, y así pudo narrar una situación en la que su hermano había ejercido violencia hacia ella antes de concurrir. Eso suscitó la escucha de las demás y la circulación de palabras de apoyo y de consejos. Algunas se sentían identificadas con lo que escuchaban, le comentaban situaciones similares. A partir de lo relatado Emilia comenzó a pensar también la relación con su madre, en cuya casa había sucedido todo. Ese día el encuentro se basó en lo que llevó la participante.

El hecho de que Emilia haya asistido ese día, y pueda relatar en primera persona lo que estaba padeciendo, abrió la posibilidad de circulación de otros discursos en donde las integrantes registraban las propias problemáticas y las ponían a jugar allí. En el transcurrir de los encuentros, en diferentes oportunidades, dos de ellas pudieron poner en palabras sus vivencias actuales de violencia en la pareja y entre ellas activaron una red de contención que trascendió el espacio. El acto de Emilia se puede pensar como habilitador de la confianza entre las participantes. A partir de eso, se fortaleció el gesto de alojarse una a la otra y el interés hacia el bienestar de la otra, aspectos que potencian sensibilidades en la relación.

Susana Matus y Sara Moscona (2020) contemplan la confianza como una de las características de las alianzas potenciadoras entre pares. Consideran que ésta se relaciona con la ausencia de jerarquías, así como también hallan las características de responsabilidad, pertenencia y hospitalidad (Matus y Moscona, 2020, p. 42), en tanto estas se sitúan como la posibilidad del reconocimiento mutuo. La responsabilidad en el modo de habitar la grupalidad involucra una ética hacia los otros. Por su parte, pertenecer a un grupo conlleva a tener un espacio en el otro, así como a contemplarse recíprocamente. Por otra parte, la hospitalidad involucra un gesto de alojamiento y buen trato. Las autoras entienden que las alianzas potenciadoras de subjetivación y transformaciones poseen tales características, algunas de ellas pudimos corroborarlas en la experiencia aludida.

Experiencias de este tipo permiten apreciar que las grupalidades en torno a vivencias en común no se agotan en su papel de identificación y en la obediencia a un líder. Si los procesos de singularización (Guattari y Rolnik, 2005, p. 25) remiten a la posibilidad de rechazar la codificación preestablecida, para construir otros universos existenciales posibles, ya sea en una individuo, como en cualquier forma de producción subjetiva, entonces el ámbito grupal resulta propicio para producir transformaciones singulares en la búsqueda de la potencia vital.

-¿Nos ponemos un nombre como grupo? ¿Cómo le pondrían a este espacio?

-Yo le pondría “Las Valientes de Allan” porque hay que ser valiente para hablar de lo que nos pasa, y porque todas acá somos valientes al enfrentar todo lo que vivimos.

Referencias

- Barrancos, D. (2014). Los caminos del feminismo en Argentina. Historia y Derivas. *Revista Voces en el Fénix*, N°32, p. 6-13.
- De Brasi, J. (2002). *Notas mínimas para una arqueología grupal*. Grupo Cero.
- Esquivel, V. R. (2015). El cuidado: de concepto analítico a agenda política. *Revista Nueva Sociedad* N 256.
- Fernández, A. M. (1989). *El Campo Grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión.
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista: o el deseo de cambiarlo todo*. Tinta Limón.
- Guattari, Rolnik. (2005). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Tinta Limón.
- Guzmán Martínez, Grecia; Pujal i Llombart, Margot; Mora Malo, Enrico; García Dauder, Dau (2021). Antecedentes feministas de los grupos de apoyo mutuo en el movimiento loco: un análisis histórico-crítico. *Revista Salud colectiva | Universidad Nacional de Lanús*.
- Lewkowicz, I. (1998). Escritos varios sobre comunidad, lo común y la subjetividad actual. *El Campo Grupal* N°2.
- Lewkowicz, I. (2003). Suceso, situación, acontecimiento. Ficha de Cátedra.
- Librería de Mujeres de Milán. (1987). *No creas tener Derechos*. Horas y Horas.

- Lynn, C. (2018). El impacto del feminismo en la ESI. *Dossier: Reflexiones de un presente feminista. Feminista vos, vos y vos también.*, 8-10.
- Matus, S., & Moscona, S. (2020). *Alianzas entre pares: fraternidades, colectivos abiertos, tramas sociales*. Ediciones Conjunto.
- Percia, M. (2010). *Lo grupal y la cuestión de lo neutro*. Biblioteca Teoría y Técnica de Grupos II.: <http://gou.ps/ubagruposdos>.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía*. Traficantes de sueños.
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la Insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Tinta Limón.
- Sarachild, K. (2017). La concientización: Un arma radical. *Revista Zona Franca- Centro de estudios interdisciplinario sobre las mujeres (CEIM)- Maestría poder y sociedad desde la problemática de género (MG)*, Rosario, Argentina (25).
- Segato, R. L. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo libros.
- Tubert, S. (2009). *Psicoterapia grupal con mujeres*. Recuperado el 03 de abril de 2024, de Revista Huellas.es. Revista de Psicoanálisis y Psicología Social: https://apop.es/revista/pdf/7_Psicoterapia%20grupal.pdf
- Ulloa, F. (2005). *Comunidad Clínica*. Ficha de Cátedra. Psicoterapia II. UNLP.

CAPÍTULO 9

Lo grupal en la gestión feminista. Producción de subjetividad y debates en torno al ejercicio profesional de la Psicología

Broggi, Diana

*“Ni el psicoanálisis ni la ciencia
política se interrogan acerca de la legitimidad del Estado.
Para el primero, es tan insignificante como la industria del
mueble a la que recurre el psicoanalista para procurarse su
material: sillón y diván”
(LOURAU, R., 2008, p. 33)*

Introducir un para qué

¿Para qué escribir? Escribir para construir coordenadas acerca de una experiencia, singular y colectiva, que problematiza las relaciones entre la formación en Psicología, el ejercicio profesional y la gestión pública. El escrito parte de la experiencia de una profesional psicóloga, que asumió una función gestión en dos instituciones públicas, y con ella la tarea de armado, conducción y coordinación de los equipos de trabajo.

Estas experiencias están vinculadas a la gestión universitaria y a la gestión en el Estado Nacional, ambas relacionadas a las temáticas de género y diversidad, mediante un enfoque feminista. Una de ellas en el 2018, con el armado de la Dirección de Políticas Feministas de la UNLP (Universidad Nacional de La Plata) y la otra, desde fines del año 2019, principios del 2020 en la creación del primer Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad de la Argentina, a cargo de la Subsecretaría de Formación, Investigación y Políticas Culturales para la Igualdad.

La oportunidad de escribir sobre la organización y puesta en marcha de tales espacios institucionales, habiendo transcurrido cierto tiempo, implica una revisión necesaria (nunca acabada). Tarea que implica un movimiento de elaboración de una práctica, en un contexto sociohistórico particular, y que parte de unas preguntas: ¿Cómo se organiza la gestión de una institución? ¿Cuáles son los modos de producción de subjetividad en las instituciones estatales en torno al trabajo, las temáticas de género y diversidad? ¿Cómo se elaboran políticas públicas desde perspectivas orientadas a transformar la cultura organizacional? ¿Qué aportes pueden realizar les profesionales psicologues? ¿Cuál es la mirada acerca de “lo grupal”, que posibilita u obstaculiza abordajes, intervenciones y creaciones institucionales?

Teniendo en cuenta el contexto sociohistórico en el cual se enmarcan ambas experiencias institucionales, es preciso apuntar que las mismas forman parte de un proceso político abierto y en movimiento en el que en Argentina se nutrió de la consigna #NiUnaMenos, convocante de una primera y masiva movilización en junio de 2015 contra los femicidios y que, un año después, creció al calor de «¡Ni Una Menos! ¡Vivas y libres nos queremos!» (Gago, V. 2019).

Es en este marco donde es preciso indagar cómo ciertas configuraciones colectivas -y no de lo social en general- crean condiciones de posibilidad de una situación de producción de subjetividad (Fernández, A. M., 2008). Del mismo modo se abre la pregunta acerca de cómo un movimiento instituyente crea o propicia un movimiento de institucionalización en el Estado, o en una institución centenaria como lo es la Universidad pública. ¿Qué posibilita que sea instituyente? ¿Qué instala, en términos de coordenadas organizativas, de expectativas y deseos, que motorizan un hacer institucional con sentido histórico?

A su vez, mediante el análisis y reflexión de estas experiencias, es posible retomar interrogantes acerca de la relación que se establece entre la teoría y la práctica en los procesos formativos de lxs profesionales (Veloz, 2016). Recuperar la consigna de lo que fuera en mi militancia estudiantil “¿psicólogos para qué?” para volver a pensar desde hoy las tensiones entre la formación disciplinar y el ejercicio profesional de la Psicología.

El recorrido de las experiencias elegidas ubica un desafío porque fuerza a pensar e invita a problematizar las herramientas teóricas con las que pensamos y hacemos, cuando un profesional de la Psicología asume una función de gestión en una institución pública estatal, en este sentido, es un desafío en tanto que implica un movimiento de elucidación (Castoriadis, C., 1993).

Las experiencias

El armado y organización de la primer Dirección de Políticas Feministas en la UNLP, en el año 2018 y el de la Subsecretaría de Formación, Investigación y Políticas Culturales para la Igualdad en el 2020, implicó, en un inicio, no sólo el mapeo institucional, en relación a los organigramas en los que ambos espacios se encontraban insertos, sino también la instalación de tales espacios en términos políticos, de misiones y funciones, mediante el trazado de objetivos con planes de trabajo.

El denominador común en ambos espacios fue el trabajo de incorporación de la perspectiva de género y diversidad, en la transversalización. Tal incorporación se realizó a partir de espacios de formación, mediante acciones y políticas que abarcaran, en el caso de la Dirección de Políticas Feministas en la UNLP, el trabajo con las 17 facultades, colegios, y demás

dependencias de la Universidad (albergue, comedor, medios, biblioteca, otros) y, en el caso de la Subsecretaría de Formación, Investigación y Políticas Culturales para la Igualdad, a escala nacional, se realizaron en las dependencias estatales y en universidades, organizaciones, otras.

Algo a diferenciar en términos de contexto, es que el equipo de la Subsecretaría da sus primeros pasos en los primeros meses antes de la pandemia (10 de enero 2020 primera capacitación de Ley Micaela al presidente de la Nación, 8 de marzo primer evento cultural Nosotras Movemos el Mundo) y luego pasa casi por completo a la virtualidad de manera cotidiana, pero luego de haberse conocido de diciembre a marzo en modo intensivo y llevando adelante acciones de relevancia en los primeros meses de gestión.

El equipo de la Dirección, en cambio, trabajó siempre en plena presencialidad y con muchos espacios de encuentro dentro y fuera de la oficina. El contexto de aquellos años 2018 y 2019 fue de pleno auge del movimiento feminista en las calles: marea verde y organización del 34 Encuentro plurinacional de Mujeres lesbianas trans travestis y No Binaries en la ciudad de La Plata. Si bien las diferencias de contexto en cuanto a la pandemia marcan elementos diferenciales a atender, me interesa destacar que, aun así, la potencia del hacer en la dinámica de equipos siempre se vio atravesada por este posicionamiento “personal-político” de lxs integrantes en el desarrollo de sus tareas.

Ahora bien, en lo que respecta a la conformación de los equipos de gestión, los mismos fueron armados en función de la formación específica en las temáticas de género y diversidad, (docentes, sociólogas, historiadoras, pedagogas, comunicadoras, politólogas), lo cierto es que la tarea de gestión requiere el conocimiento integral de cómo funcionan los circuitos y cuáles son los procedimientos; es decir se requieren saberes y haceres que no se reducen a aquellos vinculados a la temática que una gestión se propone abordar, en este caso, vinculadas al género y la diversidad.

Un aprendizaje colectivo fue que podíamos tener buenas ideas, pero lo más importante era cómo hacerlas realidad, cómo mover las estructuras institucionales para que se materialicen. Por eso formamos grupalidades que sumaron a personas con conocimientos técnicos específicos, como por ejemplo, el manejo de marcos legales, normativos, de gestión administrativa, de contabilidad, de economía. Entendiendo la gestión como el arte del hacer las políticas públicas, el desarrollo de técnicas y habilidades de trabajo, destacando la clara relación que existe entre la calidad de la gestión y los resultados obtenidos (MTEySS, 2023).

Las tareas se distribuían entre aquellas planificadas, en términos de la planificación estratégica realizada en los inicios, y aquellas que eran demandadas por autoridades en otros tiempos, las llamadas “imponderables”; sobre los cuales aprendimos a contemplar un tiempo de demora para su respuesta. En este sentido la cartografía de estos equipos, en tanto grupos de trabajo, tenían líneas de visibilidad muy nítida en cuanto a las inscripciones institucionales y las

cadenas de mando que determinan directamente la agenda cotidiana y la organización del trabajo.

Los espacios de reuniones siempre fueron medulares y jerarquizados en el método organizativo de ambos equipos. Pudimos notar cómo y cuánto determinan en el cotidiano institucional: era directamente proporcional a cómo salían las cosas, cómo se resolvían los problemas, cuánto se avanzaba en la gestión. En otras palabras, las reuniones de equipo determinaban la calidad y eficacia de nuestra tarea.

Un común denominador en la conformación de estos grupos era el alto nivel de compromiso con la tarea que las personas llevaban adelante. El entusiasmo y convencimiento de estar creando una institucionalidad nueva conllevaba en estos inicios a altos niveles de celeridad y trabajo en tiempos record muchas veces.

Como psicóloga, desde la función y tarea asumida (armado y coordinación de ambos equipos) puedo ver cómo operaba la urgencia sociohistórica que les daba vida, en las dinámicas de funcionamiento que nos dejó huellas en el modo de hacer, desde estos espacios institucionales. Los aprendizajes y las consideraciones son múltiples y no se agotan en este artículo, sino que emergen a modo de elucidación como claves en torno al tipo de escucha, de organización, de método que propició lo más virtuoso de estas experiencias.

Resulta oportuno situar que no había psicólogos en los equipos en general; en el equipo de gestión no teníamos una valoración de que fuera una disciplina necesaria a sumar en función de la misión descrita, sin embargo, estaba claro que la mirada y el saber transdisciplinar fue y es imprescindible en la gestión.

¿Mundos paralelos? Lo grupal, entre la clínica y la gestión

Podemos suponer o hipotetizar acerca de la dicotomía planteada en los términos de este subtítulo, y cuánto el campo grupal se bifurca en lo que hace a la expresión clínica de los dispositivos y cuánto de la gestión pública, así como la dimensión política.

También podemos suponer e hipotetizar que no tiene que ver necesariamente con “hacer una cosa o hacer la otra”. Resulta llamativo como parecemos haber aprendido que se tratan de mundos diferentes, en términos del ejercicio profesional, incluso cuando quien asume la función de gestión es un profesional de la Psicología. La gestión y la clínica se presentan en una lógica de oposición binaria. Sin embargo, tal vez sea posible pensar en un problema válido para algunos recorridos en los cuales, la clínica pensada desde lo grupal tiene mucho para aportar en la gestión así como en el diseño y ejecución de políticas públicas. Lo que requiere de un movimiento que descentre ‘lo clínico’ del dispositivo de cura y amplíe su sentido hacia la posición de quien

asume una función, en este caso, de gestión y con ella, la de armar y coordinar equipos de trabajo.

De allí que, en la sistematización de estas experiencias, hay una búsqueda de pensar y problematizar estos sentidos del quehacer profesional tajantes y disyuntivos, que obturan muchas potencialidades en uno y otro de estos mundos; disyunción que imposibilita el diálogo entre aquello que hace a las especificidades de cada ámbito del ejercicio profesional y aquello que las transversaliza. Se trata de reflexionar en torno a la formación profesional de grado y su impacto en la formación de profesionales para la función de gestión en instituciones públicas estatales.

En la formación de lxs psicologues muchas veces encontramos ausentes o en tensión las coordenadas que podrían posibilitar un ejercicio profesional a la hora de pensar desafíos como estos, que se vuelven acaso enigmáticos o sin una vinculación directa a la formación profesional. Al respecto, Pérez (2012) señala que los cambios en las políticas públicas demandan reflexionar sobre la formación de grado en psicología, no sólo en sus contenidos sino, además, en las metodologías para la transmisión del conocimiento.

Esto último compone uno de los temas problematizados en el espacio de la cátedra Psicoterapia II. Un espacio académico, formativo y afectivo, donde la invitación invita a evitar la comodidad de la reproducción inercial del saber o la vigilancia teórica sacralizada. Un lugar desde donde apostar a la actualización permanente como responsabilidad en la formación y a nuestra ética, mediante la búsqueda de cierta justicia epistémica con pensamiento crítico.

Dicho lo anterior, resulta necesario situar que unas primeras herramientas teóricas, que al modo de llaves nos posibilitan leer y operar en ámbitos institucionales, aparecen ligadas a algunos contenidos presentes en el Plan de Estudio, vinculados al campo grupal; entre ellos los postulados de Enrique Pichon-Rivière, vinculados a los grupos operativos y la centralidad de la tarea, cuando se trata de organizar, visualizar roles y; los desarrollos propuestos por Ana María Fernández, respecto a lo grupal como campo de problemas que posibilita leer un acontecer grupal como producido por múltiples inscripción, institucionales, políticas, deseantes, entre otras.

Volviendo al contexto donde situamos ambas experiencias, estas surgen en un momento en el que un amplio sector de la sociedad demanda políticas públicas de género y diversidad, al compás de múltiples acontecimientos que dieron, al movimiento feminista en los últimos años, un protagonismo de nuevo tipo (Gago, 2019), es en tal coyuntura histórica política que se crea la Dirección de políticas en la UNLP (2017), y el Ministerio de Mujeres géneros y diversidad nacional (2019).

La mirada hacia el interior de estas creaciones permite poner bajo la lupa algo del método de construcción que supo anidar en esos procesos de armado de nuevas instituciones. Ana María Fernández (1998) nos propone un enfoque necesario en pos de la elucidación crítica del campo

grupal, observando cómo, en los últimos cincuenta años, se implementaron en distintas instituciones, diversos dispositivos que incluyen abordajes colectivos: capacitación de personal, modernas pedagogías, programación de actividades creativas, gestión de participación social, intervenciones comunitarias, etc. Desde esta idea la autora nos aporta la necesidad de construir una caja de herramientas para trabajar en lo que denomina 'lo grupal como campo de problemas', ubicándonos en un tercer momento epistémico, en lo que hace a los desarrollos sobre los saberes y haceres en torno al trabajo son dispositivos grupales.

En los armados de equipos de trabajo, en ambas experiencias, es posible pensar el modo en el que la demanda sociohistórica supo dar un sesgo a la hora configurar una dinámica de trabajo. Se trata de grupos en espacios institucionales fundados para responder, en este caso, a una efervescencia social y cultural que los movimientos de mujeres, feministas y transfeministas supieron impulsar. Resulta ineludible observar cuánto las marcas de esas composiciones grupales organizadas en torno de la tarea que supo instalarlas estuvieron signadas de antemano por urgencias de legitimación institucional producto de una época. Tareas urgentes, en tiempos limitados, para ser desarrolladas en un ámbito nuevo para muchos de sus integrantes. Sin duda la exigencia se configuraba en desafíos, y con ellos combinaciones de adrenalina, satisfacciones y malestares que se presentan en el trabajo cotidiano.

El ejercicio profesional de la Psicología y las políticas públicas

La pregunta persiste en la experiencia, pero podría ser eludida, por riesgo o miedo a no encontrar el enfoque pertinente para pensar la gestión en instituciones públicas estatales, como uno de los ámbitos de ejercicio profesional de la Psicología. No hay forma de recorrer este interrogante sin situarlo en los desafíos actuales.

Entendemos a las políticas públicas como dispositivos sociohistóricos, vinculados con las estrategias biopolíticas, que se efectúan a través de dispositivos institucionales concretos, encuadres diseñados e implementados desde la localía, por los actores intervinientes en un determinado campo (D' Agostino y Veloz, 2021).

Tal vez, como tarea epocal de esta revisión, en clave micropolítica, sea la de balizar, relatar, sistematizar, aquello que se hizo en un momento de clivaje institucional respondiendo a una urgencia histórica (demanda de los feminismos desde el 2015) instalando y organizando nuevos espacios institucionales, atravesados prontamente por la reconfiguración social que implicó la pandemia.

El deseo de hacer, como motor de la respuesta a esa demanda, puede explicar una dimensión en la capacidad de trabajo y la potencia desplegada en esa organización colectiva, grupal. La problemática micropolítica no se sitúa en el nivel de la representación, sino en el nivel

de la producción de subjetividad. Todos los fenómenos importantes de la actualidad implican alguna dimensión del deseo y de subjetividad (Rolnik y Guattari, 2006). Las consignas feministas como “nos mueve el deseo de transformarlo todo” y “hacer posible lo imposible” signan un modo de hacer político en las instituciones, y a la luz de las experiencias revisten de avances, potencias y modos de resistencia múltiples.

Remapear interrogantes y aportes para pensar estas texturas de construcción institucional, de fortalecimiento de los Estados de Derecho, también son parte de la agenda formativa para quienes ejercemos la Psicología y formamos desde ella futuros profesionales.

Referencias

- D'Agostino, A. y Veloz, J. (2021). *Políticas públicas y producciones subjetivas. Accesibilidad y derecho a la salud*. Revista Psi. Facultad de Psicología. UNLP.
- Deleuze, G. (2007). ¿Qué es un dispositivo?, en Deleuze, G. *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*. Pre-textos.
- Fernández, A. M. (1989). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión.
- Gago, Verónica (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Traficantes de sueños.
- Guattari, F. (2005). Subjetividad e historia, en Guattari, F, y Rolnik, S, *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Tinta Limón.
- Lourau, R. (2008). *El Estado inconsciente*. Caronte ensayos. Terramar ediciones.
- Matus, C. (1987). *Política, Planificación y Gobierno*. OPS.
- MTEySS -Ministerio de trabajo, empleo y seguridad social- (2023). Argentina. Organización, planificación y gestión.
- Pérez, E. A. (2012). *Vicisitudes de la relación entre la formación de grado del psicólogo/a y las políticas públicas*. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX.
- Veloz, J. (2016). *Las prácticas profesionales supervisadas en Psicología*. Sedici, UNLP.

CAPÍTULO 10

Agenciamientos colectivos en el campo comunitario de la salud¹

Ferreyra, Agustina

¿Cómo disponernos en cada espacio, dispositivo, agenciamiento, a una escucha sensible, analítica y atenta no sólo al padecer sino también a las potencias en juego?

En el trabajo en APS (Atención Primaria en Salud) en particular, y en el trabajo en salud pública en general, a cada paso nos encontramos con 'falta de recursos' de distinto tipo. Incluso organizándonos, haciendo los reclamos pertinentes, y aun generando logros, igualmente nos encontramos con recursos escasos.

En este sentido, el registro de lo que sí hay, de lo que sí tenemos, de lo que se puede hacer con lo que hay, el diseño de un saber hacer desde allí y el pensamiento situacional, resulta estratégico en nuestro quehacer comunitario. Ir hacia lo que ya se está efectuando, a cómo se está efectuando, y a interrogar otros modos posibles en que podría efectuarse, se vuelve necesario.

La pregunta sería ¿qué se puede?, ¿en función de qué afecciones y qué composiciones?, ¿de qué otros agenciamientos somos capaces? Preguntarse no desde ideales, sino desde experiencias, nos conecta con una ética situacional.

Siguiendo la filosofía de Spinoza, presentada por Deleuze en el libro "En medio de Spinoza" (Deleuze, 2019), la moral implica siempre una jerarquía de valores y refiere a un UNO, modelo, desde el cual se piensa, y al deber. Conduce a la pregunta: ¿está bien, o está mal lo que hice? ¿Qué estaría bien hacer?

La ética, en cambio, (desde esta filosofía) remite a lo que se puede hacer. Se trata de pensar ¿cómo es posible? y ¿qué se puede? ¿Qué es bueno o malo para esta situación? Sin

¹ En este escrito que comenzó siendo un apunte para establecer una conexión y conversación con Residentes de Temperley y una colega amiga, delinea algunos ejes ético-políticos, desde los cuales pienso las prácticas, en general, y en particular en el trabajo en Atención Primaria.

jerarquías o valores previos y sin juzgar. El punto de vista de una ética es ¿de qué eres capaz?, ¿qué puedes? ¿Qué puede un cuerpo?

La ética se relaciona con el arte de operar una especie de selección a nivel de la situación misma. Lo que es bueno de lo que es malo para esa situación. Malo será aquello que descompone el conjunto de relaciones de un cuerpo; y bueno, lo que compone con esas relaciones.

Una experiencia

Era recurrente, al menos en los tiempos previos a la pandemia, que se acercaran durante un mismo día muchas personas en simultáneo al centro de salud (ubicado en Berazategui), para pedir tratamiento psicológico. Y se incrementaban semana a semana. Muchas consultas y sólo una profesional para atenderlas.

Un razonamiento moral diría: faltan profesionales y falta tiempo para atender, no podemos. Lo cual es cierto, y es pertinente generar instancias de organización en torno a esa problemática. Y también es cierto que la primera propuesta -a veces única- que ofertamos es atención en dispositivos individuales. Algunos colegas de otras salas, inclusive daban turnos limitados (por ejemplo, cuatro) más allá de lo que acontecía. Si llegaban más personas, quedaban en las llamadas 'listas de espera'. O tenían que volver en otro momento. De esta manera lo que no se adaptaba al dispositivo individual propuesto debía ser apartado. Quedaba por fuera.

Ante esto comencé a preguntarme ¿por qué en lugar de apartar lo que desborda, no intentamos dejarnos intervenir por lo que acontece? Y a partir de ahí pensar qué se puede. Por ejemplo, armar comunidad problemática situacional con quienes consultan en torno a ciertos problemas.

Siguiendo a Lewkowicz, I. (2012) "la comunidad jurisdiccionalmente supuesta y burocráticamente representada de los abordajes comunitarios, nada tiene que ver con las comunidades efectivas, constituidas a partir de actos de puesta en marcha de su propio recorrido" (2012, p. 3). A una comunidad se la puede asumir como una entidad anterior y exterior a sus componentes, como la comunidad sustancial, como 'objeto de' cuidado o malos tratos, pero siempre objeto; o bien se puede asumir que esa comunidad se trata de una entidad práctica o problemática que no preexiste a un problema, sino que es el problema el que produce comunidad. De ese modo podríamos pensar una comunidad situacional y problemática.

En la experiencia sobre la que versa el presente escrito, me encontré muchas mujeres solicitando tratamiento individual. Encuentro que resultó una ocasión para armar un dispositivo grupal. Un primer movimiento fue pedirles que anoten, de modo previo a la primera entrevista, el

motivo de su consulta. Consultaban por conflictivas relacionadas con parejas, y con hijos; relaciones posesivas, dependientes, violencia de distinto tipo; miedos a salir, separaciones.

Si era posible organizar encuentros, armar un común en el acto de pensar colectivamente dichas problemáticas, quizás pudieran ver aumentar su potencia de hacer y pensar, en la medida en que compusieran con otras.

¿Qué multiplicidad de componentes estaban produciendo esas problemáticas? Pensamos en la producción de subjetivación,

Las máquinas tecnológicas de información y comunicación operan en el corazón de la subjetividad humana, no únicamente en el seno de sus memorias, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afectos y de sus fantasmas inconscientes. La consideración de estas dimensiones maquínicas de subjetivación, nos mueve a insistir en nuestra tentativa de redefinición, sobre la heterogeneidad de los componentes que agencian la producción de subjetividad. (Guattari, F., 1992, p. 15)

La producción de subjetividad no está reducida, por ejemplo, a la familia. Hay una multiplicidad de factores que convergen de manera procesual y abierta, en la producción de un determinado síntoma o padecimiento. Puede ser que situacionalmente el aspecto fundamental para una persona sea el aspecto familiar, pero sólo por hoy, puede que mañana sea otro; no se trata de seleccionar un sólo factor, sino de cartografiar una multidimensionalidad de vectores involucrados en una determinada forma de vida. Problemas que, concebidos por estas mujeres como propios e individuales, desde modos actuales de producción subjetiva, las conducían a demandar un dispositivo individual.

Decidí recibir en la primera entrevista dos o más demandas en simultáneo (modalidad grupal), partiendo de las demandas que por escrito eran similares. En ocasiones eso iniciaba un espacio grupal, pues comenzaba a armarse trama, identificaciones, pensares compartidos acerca de la naturalización de ciertas prácticas patriarcales; y les proponía continuarlo en un grupo más amplio. En general, la propuesta era bien recibida. Y en ocasiones no era aceptada, en esos casos se continuaba con entrevistas individuales.

Esto me llevó a crear, con quienes accedieron, el espacio de mujeres. Fui al mismo tiempo ofertando ese espacio grupal a algunas mujeres que veía hacía tiempo en entrevistas individuales.

La apuesta fue producir intervenciones sobre los modos de producción subjetiva “mujer”, intuyendo líneas de fuga que pudieran abrirse. Para Guattari, “la cuestión micropolítica es la de cómo reproducimos (o no) los modos de subjetivación dominantes.” (Guattari, F., 2013, p. 189) Se trató de comenzar a visibilizar esos equipamientos, extrañarse de los mismos, cuestionarlos, problematizarlos.

Algunas mujeres pudieron echar luz sobre relaciones en las que estaban envueltas y de las que participaban activamente, con mecanismos propios del sistema patriarcal: de apropiación, posesivos, de dominación. ¿Qué otros modos eran posibles en ellas? ¿Qué modos les producían alegría?, ¿cuáles tristeza?

Primera proposición: Se supone que mi potencia es una cierta cantidad. Cantidad de potencia. Segunda proposición: Ella está siempre completa. Tercera proposición: puede ser llenada por tristeza o alegría. Son los dos afectos de base. Cuarta proposición: cuando mi potencia es llenada por tristeza, ella está completamente efectuada, pero de manera tal de disminuir; cuando es llenada por alegrías, está efectuada de manera tal de aumentar. (Deleuze, G.m 2008, p. 96)

El 'espacio mujeres', dispositivo grupal orientado a experimentar otros modos; armar salidas de ciertos territorios hacia otros; dirigirse a encuentros con lo que querían hacer; emprender trabajos y actividades que les produjeran alegría; abrirse a relaciones, conexiones, contactos, sea de amistad o sexo afectivas. En palabras de Percia, M. (2010)

Lo grupal no son los grupos, lo neutro transforma la negación en enunciado infinito (no son los grupos ni las instituciones, ni las comunidades, ni las multitudes ni los conjuntos). No importa lo que es sino lo que acontece (en los grupos, las instituciones, las comunidades, las multitudes, los conjuntos) inesperado (2010, p. 8)

Al ser este espacio quincenal, algunas mujeres comenzaron a encontrarse durante la semana que no nos veíamos, a hacer algo. Esta experiencia fue realizada durante el año 2019.

Viñetas... decires

“No dejo de sentirme culpable; hace seis años de esto, pero que él haya abusado de mi hija cuando yo no estaba, no me lo perdono. Aunque me haya separado ni bien mi hija me lo dijo, lo haya denunciado y esté haciendo lo imposible porque ella esté bien (y él se haga responsable). Aun así, no dejo de sentirme culpable”, dice Silvia entre lágrimas, y una vez más, algo que desde que comencé a verla en espacio individual aparecía, y persistía... y diría que no había intervención en ese espacio individual que tocara ese punto. *“Yo lo único que hubiera necesitado, después que mi viejo abusó de mí, es que mi vieja me escuche, me crea y acompañe, aunque sea una milésima de lo que vos estás acompañando a tu hija...”*, dice Graciela emocionada. A lo que acompañamos con un gesto, de cuidado y alojando. Después, abrazos afectuosos de despedida. Silvia, algunos encuentros posteriores, compartió que había comenzado a estudiar de nuevo, lo cual hacía años no podía, pues no lograba concentrarse.

Aquí, es oportuno traer una cita de Guattari, F. y Rolnick, S. (2013)

Para que los procesos de reapropiación de la subjetividad- tales como los de un grupo de psiquiatrizados, o de un grupo de personas que quieren reorganizar su vida de otro modo, o de una minoría social que quiere deshacerse de los sistemas de coacción que tienden a modelizarla, o de un grupo de mujeres que aunque en pequeña escala, quieran liberarse del sistema opresivo del que son objeto desde hace milenios, o de un grupo de creadores que quieren librarse de los sistemas de estandarización en su campo, o hasta de niños que rechazan la aceptación del sistema de educación y de vida que les es propuesto se hagan efectivos; deben crear sus propios modos de referencia, sus propias cartografías, deben inventar sus praxis de manera que produzcan aperturas en el sistema de subjetividad dominante. (2013, p. 70)

Graciela, además de abusos y prácticas de violencia vivenciadas a lo largo de su vida, había perdido a su hijo (de dos años); era madre de otros ocho y estaba cursando los efectos de un ACV leve. A partir de distintos encuentros, volvió a conectarse con la literatura. Algo que hacía cuando era más joven y dejó de hacer con el nacimiento de sus hijos. Comenzó a escribir, algo sobre sus historias infinitas. Empezó a ser la primera en llegar y la última en irse, y a jugar con otras su sentido del humor, a reírse de lo trágico, a intervenir-se. Viñeta que nos posibilita pensar el deseo como proceso de producción, como potencia vital que mueve a las personas, a los grupos, a los colectivos a hacer algo.

Victoria, a quien primero veía individualmente, presentaba mucha dificultad para salirse de sí misma, de un ensimismamiento hacia sus hijos (un adolescente y su novia), salir de las quejas por el padre de sus hijos, de quien no lograba separarse aunque sentía que necesitaba hacerlo; no se daba lugar para amistades, u otro tipo de relaciones. En algunos encuentros, al escuchar tantas realidades difíciles, manifestó no entender cómo ella estaba así y cómo habían salido solas varias de sus compañeras. Comenzó a generar allí mismo amistades, por ejemplo con Graciela. Se produjo un giro en su vida. Retomó estudios de peluquería, que nunca terminaba y los terminó; comenzó a trabajar a domicilio, en distintos lugares, a establecer otros agenciamientos, amistades, encuentros. La relación con sus hijos mutó, y pudo hacer separaciones en acto, de espacios respecto del padre de sus hijos; y escuchar de otro modo lo que su madre le decía. Otros territorios.

Grecia llegó a la consulta por recomendación de su médico, debido a la angustia que sentía desde el comienzo de una enfermedad autoinmune que estaba transitando: duelos por lo que ya no podía hacer, e impotencia porque parecía no haber otros posibles.

Trabajamos desde esa pausa y ese no poder. Comenzó a visualizar que ella era la que hacía todo: se encargaba de su hijo con retraso madurativo grave, de quien su padre no se había hecho responsable hasta el momento, era la que hacía todas las tareas del hogar, la que trabajaba, era buena madre, era buena mujer, era buena compañera. Y de repente, producto de esta enfermedad, casi no podía mover su cuerpo. Los agenciamientos que hasta ese tiempo habían tenido consistencia en su vida empezaron a perderla. Ya no podía, desde allí, producir nuevas conexiones.

Trabajamos lo que dejaba y lo que iba pudiendo. Experimentando. Comenzó a aparecer el disfrute en estas condiciones, paradójicamente, más que lo que había podido disfrutar antes. Por ejemplo, su posibilidad de conectar con el silencio, disfrutar del estar afuera, entre la naturaleza, conectarse con las plantas, algo que le daba mucho placer, y hacía mucho no hacía. Pero fue en el espacio de mujeres donde comenzó a cuestionar aquello que para ella siempre había estado naturalizado: Lo que una mujer tenía que hacer, lo que debía hacer, la culpa si no era la madre que debía ser o la esposa que debía ser.

En distintas ocasiones, apareció la sorpresa, su extrañeza de no haberlo pensado como estaba pensando, haciendo, diciendo, sintiendo. Y en cierto momento comenzó a delegar responsabilidades, a intervenir-se poniendo límites, diciendo: no; dejó de hacer lo que en su modo previo de percibir creía que solo le correspondía a ella.

Se trató cada vez, de poner el foco, no en lo que ella es sino en lo que se hacía, en cómo se hacía, como funcionaba. Un trabajo analítico buscando líneas de fuga, transitándolas, en forma colectiva, hasta llegar al borde de ciertas territorializaciones y pasar a otras. Otros modos de existencia.

El posicionamiento analítico de abstinencia del deseo es posible en estas coordinaciones, sin neutralizar aquellos factores provenientes de lo significativo social, ante lo cual no somos neutrales, por el contrario, estamos implicados al igual que los integrantes del agrupamiento. El trabajo de los encuentros que logran producir pensamiento es alterar la subjetividad y devenir otro (Bozzolo, R., 2008, p. 247)

Escuchar cómo somos habladas, cómo tenemos que pensar, qué hacer, qué sentir. Cuerpos que antes no podían, al componer con otros, pudieron otras cosas. Y pudieron 'decir de otros modos'. Salir del territorio familiar tradicional, armar otros territorios, agenciamientos y situaciones. Producir nuevos modos de subjetivación, creando otros modos de referencia, otras cartografías. Escuchar lo que se padecía, registrar la vulnerabilidad, y a partir de allí, pensar lo que había y lo que se podía.

Lo grupal, produjo, al constituirse, movimientos subjetivantes en algunos de sus integrantes. La apuesta fue encauzar esas problemáticas hacia el pensar la producción subjetiva 'mujer', desnaturalizar qué se debía hacer y sentir, desterritorializar y reterritorializar desde otros lugares.

Otra experiencia...

Las demandas de atención a niñas, en ciertos momentos del año, se incrementan mucho. Lo que causa que armemos espacios grupales entre dos psicólogos, alternando semana a semana (quincenal cada espacio) un encuentro con familiares y un encuentro con niñas.

Rememorando ésta y otras experiencias, vuelvo sobre la necesidad de pensar situacionalmente cómo se va configurando cada encuentro. Por ejemplo, en el espacio con familiares, fue necesario analizar *in situ* y cada vez, cómo se iba armando la trama grupal, y qué problemática traían ese día (cuando ello era posible). Les familiares variaban semana a semana, e incluso les niñas también.

Aquí es oportuno situar a qué referimos con situación

Llamamos situación a esa zona de insolvencia. La situación no es parte de un todo, sino que forja desde sí su propia consistencia. No remite a lo inmediatamente próximo sino a lo materialmente conectado con ella. Una situación se determina desde un punto y no desde un todo. Tenemos un punto problemático a habitar, y el modo en que planteemos el problema producirá las conexiones. Una situación es situación porque nos obliga a pensar desde adentro. Es ante todo situación límite. Límite para mí si no puedo habitarla con mi máquina previa de pensar. Es estar ante una configuración de elementos que me obligan a transformarme para habitarla (Lewkowicz, I., 2012, p. 6)

La apuesta fue, como en la experiencia ‘encuentro mujeres’, producir comunidad problemática. En tanto no hay una comunidad sustancial, sino que comunidad será aquella que se constituya a partir del problema que pueda formularse. Partir de armar situaciones que fueran factibles de ser pensadas habitándolas. Nuestra posición no era de la expertxs que impartíamos saber, sino que nos atravesaban los mismos problemas, y los pusimos a trabajar, vulnerables a lo que allí iba aconteciendo y deviniendo. Con lugares y funciones diferentes pero disponibles a pensar y pensarnos cada vez. Apostar a procesos de producción subjetivación, siempre abiertos, en proceso, atravesados por múltiples elementos; implicados, producidos en un mismo sistema, bajo las mismas lógicas de producción subjetiva.

Varies son les autorxs que nos invitan a pensar que el siglo veinte instaló un modo de pensar conjuntista identitario que nos habita y se mueve a través de universales y esenciales. Por ejemplo, pensar que existe *Una clínica*, o un sólo modo de hacer clínica, universal, que se caracteriza por una cierta esencia. Desde este modo de pensar nos armamos esquemas binarios, como por ejemplo: el paciente/el profesional; el que interviene/el que es intervenido, el sujeto/el objeto, el grupo/el individuo.

Quizás se trate de pensar en “modos” de las clínicas; clínica como aquello que se produce o no, en un entre y cada vez. Se trata de interrumpir un modo del pensar que detiene el movimiento, que sustancializa, que captura y parcializa; escaparles a las formas en que nuestro lenguaje nos hace pensar. Estar disponibles a dejarnos producir y a producirnos.

Pensar en clínicas situacionales, sin modelos o recetas previas que obturan la escucha y el hacer. Situación y acontecimiento van de la mano, “un acontecimiento obliga a la superficie a configurarse de otra manera, aquello que acontece, que no estaba antes, es un evento heterogéneo que se separa y nos obliga a pensar, abrir al armado de una situación, y a otros modos de habitar el mundo, de registrar, de sentir y de pensar” (Lewkowicz, I., 2012, p. 5)

Referencias

- Bozzolo, R.; Bonano, O. L'Hoste, M. (2008). *El oficio de intervenir. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones*. Biblos. Buenos Aires.
- Deleuze, G. (2019). *En medio de Spinoza*. Cactus.
- Guattari, F. (1992). *Caosmosis*. Manantial. Buenos Aires.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2013). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Tinta Limón. Buenos Aires.
- Lewkowicz, I. (2012). *Escritos varios sobre la comunidad, lo común y la subjetividad actual*. Ficha de Cátedra Psicoterapia II.
- Percia, M. (2010). *Lo grupal y la cuestión de lo neutro*. Biblioteca Teoría y Técnica de Grupos II. <http://gou.ps/ubagruposdos>

CAPÍTULO 11

Tramas colectivas y trazos singulares: ¿qué puede un grupo? Puntuaciones de dos experiencias de coordinación de dispositivos grupales con mujeres

Leonor, Maia y Salum, Javier

*Agradecemos especialmente a Magui y Ale, coordinadoras propiciadoras,
militantes feministas comprometidas con la ternura y el miramiento
e irremplazables compañeras en la tarea de coordinar.*

Introducción

En este escrito nos proponemos presentar un trabajo de co-pensamiento realizado a partir del relato de dos experiencias producidas en la trama de un dispositivo grupal. Dichas experiencias se inscriben en el ámbito laboral de una de las autoras, en el marco de una política pública municipal. Es tomando el relato de la misma que dimos lugar a un ejercicio de pensamiento compartido como procedimiento pertinente para formalizar algunos interrogantes y algunas dimensiones conceptuales que consideramos de interés para su transmisión en nuestro libro de cátedra. En este sentido, el deseo de pensar juntas y escribir orientados por esta tarea tiene como propósito constituirse como un material con cualidades didácticas destinado a cualquier persona que se interese por los contenidos que hacen al programa de la asignatura. Como docentes, consideramos que la enseñanza de dichos contenidos puede ser potenciada si se complementa con las experiencias del campo profesional. A su vez, para llevar a cabo este trabajo, nos guían líneas de una reflexión deleuziana relativa a su trabajo con Félix Guattari:

(...) lo que contaba para nosotros no era tanto trabajar juntos como el hecho extraño de trabajar entre los dos. Uno dejaba de ser `autor`. Y este entre-los-dos remitía a otras personas, diferentes para uno y para otro (...) En esas condiciones desde el momento en que existe ese tipo de multiplicidad, lo que aparece es política, micro-política. (Deleuze y Parnet, 1977/2013 p. 23)

De esta manera, pensar entre los dos, realizar un trabajo de co-pensamiento, conlleva disponerse a pensar con otre, componer un pensamiento diferente al que cada quien estaba

produciendo por su parte. Así, al modo de una línea de fuga, este escrito se dispone como la elaboración de una experiencia, pero también como efecto de un agenciamiento que tiene el propósito de ser compartido con nuevos otros lectores, que se dispongan al encuentro.

Ahora bien, las experiencias recuperadas se inscriben en el trayecto de implementación de un dispositivo grupal durante el año 2023 en el marco de una política pública municipal. A este respecto, partimos de la idea de que recuperar experiencias y bordar en la escritura los puntos de interrogación que han insistido o que han quedado en suspenso, implica una tarea de *elucidación crítica* (Castoriadis, 1997) tan laberíntica como ética. Y más aún, considerando que se trata de prácticas inscriptas en escenarios de vulnerabilización y violencias.

1. Dispositivo: encuadre y pedido

A. Las inscripciones socio-históricas, institucionales y políticas del dispositivo

En primer lugar, resulta indicado situar las características del pedido al que respondió la implementación del dispositivo grupal en el cual tuvieron lugar las experiencias recuperadas. Este pedido ya contenía, en su forma, coordenadas específicas para la labor de coordinación grupal, al modo de un *lugar esperado* al que las tres psicólogas convocadas debían responder. En este sentido, cabe referir a lo que Foucault (1977) denomina como la *función estratégica dominante* de los dispositivos en tanto éstos se orientan en pos de un propósito fundante: dar respuesta a una problemática en determinado escenario social e histórico. A su vez, es posible distinguir *lo que se espera* de un dispositivo (en este caso, atravesado por inscripciones sociales, históricas, políticas locales e institucionales), de *lo que se puede* propiciar desde la función coordinación. En otras palabras, es posible ubicar ahí cierto margen de movimiento, cierto intersticio que hace lugar a la singularidad de nuestro quehacer.

B. La demanda: de inscripciones institucionales y algunos reparos

Formalmente, desde la Dirección de la Institución se presentó al dispositivo como un *Grupo de fortalecimiento* destinado a acompañar a mujeres en sus procesos de salida de las violencias. A tal fin, se convocó a tres psicólogas para llevar a cabo esta modalidad de abordaje grupal que nace como política institucional y cuyo propósito fundante es el de dar continuidad de acompañamiento a mujeres que ya habían sido atendidas en un espacio individual de primera escucha y asesoramiento jurídico ofertado por la misma institución.

Resulta importante destacar que la creación de este dispositivo surge como respuesta frente a la demanda masiva de turnos para acompañamientos individuales y frente a la necesidad, de parte de la institución, de cerrar seguimientos extendidos en el tiempo. De este modo, una vez que se pautaba el cierre de un acompañamiento individual, algunas mujeres eran

derivadas a ser entrevistadas por el Equipo de coordinación para incluirse en el *grupo de fortalecimiento*.

Particularmente, en lo que refiere a los criterios de derivación y a las entrevistas de admisión para el dispositivo grupal, era requisito que se tratara de mujeres que no estuvieran en una situación actual de violencia ni estuvieran atravesando *problemáticas de salud mental*. Sin embargo, ambos criterios fueron discutidos al interior del equipo de coordinación, en diálogo con los equipos del espacio individual; permitiendo problematizar, conmover y reorientar esta indicación a riesgo de ser cristalizada.

Tomando en cuenta estas dimensiones, desde el *¿para qué?* del dispositivo, ya comenzaba a delimitarse un rasgo que posiblemente tuvieran en común las integrantes que se iban incluyendo en el espacio grupal, a saber: se trataba de mujeres en procesos de salida de las violencias.

Por otra parte, la modalidad planteada como fundamento del dispositivo era la de taller, con una clara orientación psico-educativa; siendo su propósito, tal y como lo expresaba el nombre del dispositivo, *fortalecer*. Eran: *Grupos de Fortalecimiento*.

Ahora bien, desde la coordinación fue posible interrogar *¿qué implica “fortalecer”?*, *¿qué criterios laten en este objetivo?*, *¿qué producción de subjetividad se anuda allí?*, *¿qué imaginarios circulaban en esta institución respecto de las llamadas víctimas de violencia de género?*

2. El dispositivo grupal. Dos experiencias

Puesto en marcha el dispositivo, se tomó la decisión de diferenciar dos grupos de trabajo que dieron lugar a experiencias singulares y disímiles entre sí. El criterio de separación de ambos grupos radicó en distinguir los trayectos y recorridos de las mujeres. Por una parte, se sostuvo un día de encuentro para un agrupamiento de mujeres que, desde algunos meses, participaban en el *grupo de fortalecimiento*; y por otra parte, se habilitó otro día de encuentro para quienes se incluirían por primera vez en el dispositivo. Esta distinción nos permitirá pensar que la implementación del dispositivo se efectúa cada vez.

A partir de las crónicas de estas experiencias, fue posible interrogar algunas intervenciones y efectos, señalando anudamientos y desanudamientos inscriptos en distintos tiempos grupales. En la primera experiencia, se sitúa la instalación de un Uno grupal (Jasiner, 2019) y la búsqueda por propiciar trama. En la segunda, ubicamos algunos de los efectos que dan cuenta de la potencia de lo grupal y de lo colectivo, donde es posible advertir la producción de otros modos de subjetivación en distinción de aquellos denominados por Fernández (1993) como producción de subjetividad de la “mujer de la ilusión”.

2.A Primera experiencia. Hacia dónde ir: acerca de la infatigable tarea de propiciar trama en un dispositivo

*“Me llaman la malquerida
 Algunos me han maltratado
 Otros sin mirar mis ojos
 Mis palabras silenciaron
 Me cortaron con cuchillos
 Violaron mi pecho hambriento
 Cuando lo que más quería
 Era un abrazo a fuego lento”*
 (La Malquerida, NATALIA LAFOURCADE)

Un repertorio de voces ancla en nombre propio su dolor. En los bocetos de los primeros encuentros de apertura al dispositivo, algunas mujeres permanecen como sigilosas observadoras en silencio, mientras que otras hacen uso de la palabra para dar a conocer fragmentos de su trayectoria de vida. No se conocen, pero la disposición circular favorece el intercambio de miradas y gestos cómplices. Cuando las violencias se nombran parecería, las más de las veces, como si se tratase de confesiones que atestiguan que hay que *“sacarse la mochila de encima” (sic)*, que algo hay que nombrar para *“fortalecerse entre todas” (sic)* y *“no repetir la historia” (sic)*. Algunas de estas frases aparecen enunciadas como expectativas ante el espacio. Se narran historias de vida atravesadas por múltiples modalidades y tipos de violencias. Hay quienes parecen acotar lo vivido en pequeñas frases, miradas, gestos y otros modos corporales de decir. Otras, en sus relatos, recuperan recuerdos muy vívidos, recuerdos que vuelven una y otra vez, como si se tratara de vivencias actuales: *“Pasaron los años y yo lo sigo viviendo en carne viva” (sic)*.

Desde la coordinación, comenzamos a trabajar con algunos interrogantes: ¿de qué modo alojar los relatos de aquellas violencias que subjetivan y marcan los cuerpos de quienes las atraviesan?; ¿de qué modo alojar para luego propiciar un lugar en donde hacer, con y a partir de esas marcas, alguna otra cosa? Buscamos interrumpir el constante encuentro con lo mortífero de las violencias a través de la lectura de cuentos y poesías; para que la palabra también circule de otro modo. Potencia vital, movimiento deseante hacia otros modos de existencia posibles. Sabemos que agenciar otros modos de existir y estar tampoco es posible sin nombrar aquellos modos dolorosamente conocidos. Pero, ¿qué puede haber más allá?

De esta manera, estos interrogantes iniciales comienzan a orientar nuestras operaciones para crear condiciones para que circule la palabra pero también para que se incluya la dimensión del cuerpo y, más precisamente, la dimensión del cuerpo atravesando lo lúdico. Comenzamos a pautar caldeamientos, actividades grupales, juegos, lecturas. Sin embargo, algo de la palabra vuelve una y otra vez a circular del mismo modo. A una que habla se le suma la otra, y la otra, y

la otra... Monólogos y soliloquios paralelos que nos anuncian que quizás, la de *trama grupal* (Jasiner, 2019) parece no tejerse (por más que infatigablemente hayamos intentado propiciarla desde la coordinación).

En uno de los encuentros, decidimos acordar colectivamente “condiciones de cuidados del espacio”. La condición de “*no interrumpirse*” y “*escucharse*” se incluyen allí, como condiciones propuestas por las mismas mujeres que participan en el dispositivo.

Tiempo después, comienzan a respetarse los tiempos para hablar. Se escuchan. Y así como se escuchan, se sorprenden al encontrarse en otra voz. Se identifican. Primeros efectos: unas recuperan las palabras de las otras, ya no nos preguntan a nosotras qué hacer ni cómo estar mejor.

Comienzan a descubrir su dolor en el dolor de otras que también vivieron en nombre propio los distintos lenguajes de la crueldad. Aparecen significantes que insisten: culpa, miedo, vergüenza, aislamiento, soledad.

Las narrativas de los encuentros se enmarañan en “todas lo mismo”. “*Todas pasamos por lo mismo*” (sic) “*Nos hicieron lo mismo*” (sic). Así, resuenan en esos significantes que insisten: culpa, miedo, inseguridad.

No perder la mirada y la escucha clínica de lo singular en este punto se vuelve fundamental. El dolor de cada quien en ese estar grupal deberá ser distinguido para evitar la homogeneización.

Nos preguntamos: ¿Todas pasaron lo mismo? ¿Cómo operar en el *efecto masa* (Jasiner, 2019, p. 28)? Al respecto, es preciso advertir que, si bien las violencias de género son problemáticas sociales, históricas, culturales y políticas; también, en ese *número numerable* (Ulloa, 2012) de mujeres, interesa distinguir las diversas trayectorias y los modos singulares del atravesamiento de las violencias en cada quien.

Sin embargo, será preciso instalar ese Uno grupal (Jasiner, 2019), para poder luego agujerearlo, dejarlo caer y navegar la trama que podrá arribar y fundar trazos singulares.

Se produce entonces una primera apuesta a entramar. En uno de los encuentros, a partir de consignar una tarea de armado de cuento colectivo, en donde cada una de las mujeres aporta su fragmento de la historia a través de juegos de palabras; componen la siguiente producción.

Las mujeres tienen que ser flores libres

Una flor femenina, libre, se despierta en una isla de Cancún. Amanece bañadita de rocío y va tomando su propio color, su propio perfume... Esa flor sabe que vale mucho, que puede tener su propio valor desde la raíz. Sabe que agua y riego no le van a faltar. Cerca de la Isla hay una casa en el medio del mar donde vive gente que se acerca cada tanto. Un día la flor piensa en esto y le comienzan a afectar algunas cuestiones dramáticas: porque es libre hasta que desde esa casa venga un jardinero y la corte.

La lectura final del cuento creado provoca risas. Aparece el humor como una *afectación otra*, distinta. Nos preguntamos entonces: ¿Puede el humor ser, en esta oportunidad, una afectación que potencie otros modos de estar y habitar el espacio grupal? ¿Cuál es la apuesta y qué potencias pueden advenir allí donde el grupo parece cristalizarse en lo Uno (“*Todas lo mismo*”)?

2.B Segunda experiencia. Una trama que se advierte en sus efectos: la potencia de lo grupal y de lo colectivo

*“Tejiendo uno a uno los hilos de colores,
 se entrelazan nudo a nudo esperanzas y amores.
 El Macramé es el arte de tejer sin agujas,
 sin telar, ni patrones,
 los nudos que inspiran: mariposas y flores.
 Es sonrisa de niños, melodía de colores,
 es rombos, es fractales,
 es mimesis de rostros ancestrales.
 El universo es su maestro, infinito, y etéreo,
 el sol, el arco iris y las constelaciones.
 Cada pieza tejida es geometría inmersa
 de un cosmos que se inspira, se proyecta y expresa
 a través de las manos que tejen incansables
 nudo a nudo quimeras (...)”*
 (Oda al macramé, MARISOL OSORIO)

Un motivo para sostener los encuentros del *grupo de fortalecimiento* interrumpe la intención de la coordinación de darle cierre. El inesperado pedido, por parte de las participantes, de dar continuidad al grupo para formalizar un proyecto colectivo nos toma por sorpresa y sin respuestas anticipadas. Proyecto colectivo, proyecto futuro, proyecto a ser armado en un espacio que meses atrás tuvo otro propósito y otra narrativa: *¿por qué no?* Desde la coordinación, la pausa a pensar: *¿lo sostenemos?, ¿con qué criterio?* Seguramente, un criterio a ser construido a contrapelo de la demanda institucional de dar cierre al acompañamiento grupal para armar un nuevo *grupo de fortalecimiento*. Se discuten los ‘*para qué*’ del dispositivo y se decide dar continuidad al grupo, en simultáneo a la apertura de otro nuevo.

En el encuentro con las mujeres, posterior a la toma de esta decisión, se advierten ritmos e intensidades que nos hablan de otro clima grupal. Entusiasmo y esperanza de contar algo pensado por y para ellas. Proyecto que, en su enunciación, parece animar y vivificar los cuerpos. Dicen haber advertido en el espacio grupal, que ninguna había podido trabajar por fuera del ámbito del hogar. Algo de esto empieza a ser asociado por ellas a las violencias y comienza a ser problematizado. Así, se proponen acompañarse en la búsqueda laboral mientras bocetan un proyecto colectivo que buscarán gestionar en el espacio grupal: abrir un centro en la casa de una de las participantes en donde cada una pueda trabajar desde su saber-hacer: peluquería,

manicura, depilación, tejido, etc. El saber-hacer de cada quien es valorado. Una parece mencionar el quehacer de la otra con admiración. De las marcas que subjetivaban sus cuerpos, ellas marcan un camino que va de la identificación, a un común en donde se distinguen los rostros y los trayectos singulares de cada quien. De allí en más, el trabajo desde la coordinación presenta otros desafíos con lo inesperado y, a modo de intervención casi improvisada, dos de las coordinadoras proponen la articulación con otra Institución, la Facultad de Ciencias Económicas, de la UNLP, con el propósito de poder co-coordinar un taller vinculado al manejo de la economía y la autogestión de emprendimientos. Todo parecería indicar que de lo mortífero de las violencias y sus efectos, algo de la trama grupal relanza a la vida. Lo grupal como potencia, en este caso, únicamente legible en sus efectos: invención colectiva de un proyecto, como un modo de hacer algo distinto con aquello que en un primer momento las encontró sentadas, circularmente, compartiendo sus dolorosas historias. Así, del *grupo de fortalecimiento* nace un Proyecto Colectivo impensado, capaz de tejer *protagonismos anudados* (Jasiner, G., 2019).

Advertidas de la potencia de lo grupal, quienes coordinamos, precisamos dar un giro en nuestro quehacer. Porosidad necesaria, para no cristalizar nuestra función en lugares esperados que repiten hasta el cansancio aquello ya pensado e instituido por otros.

3. A modo de conclusión: algunas reflexiones en clave problematizadora y conceptual

*“Lo grupal es pensamiento portador de disidencia (...)
es un antídoto contra la institucionalización de la posibilidad”
(Percia, 2010)*

Cómo último tramo de este trabajo de co-pensamiento, nos proponemos recuperar algunas reflexiones e interrogantes que movilizaron esta composición dialogada y que posibilitan articular las experiencias con determinados lineamientos conceptuales. En este sentido, es posible diferenciar diferentes vertientes.

En lo relativo a la función coordinación, nos ha interpelado lo que implica disponerse al encuentro con la multiplicidad y con lo heterogéneo; con lo que cada quien, en un estar grupal, pone a jugar cada vez y con aquellas inscripciones sociales e institucionales que no cesan de determinar el campo de trabajo. En este sentido, se fueron produciendo algunas preguntas: ¿de qué manera alojar, escuchar, disponerse a permeabilizar los encuadres y cuestionar los lineamientos instituidos? y, ¿de qué modos trabajar con las propias naturalizaciones, con las propias rigideces?

Aquí, la dimensión de la creatividad y la disposición a armarse de una multiplicidad de recursos aportados por otros campos de saber (ejercicios psicodramáticos, juegos, lecturas de cuentos y poesías, ejercicios de escritura, etc.) se vuelven necesarias para no acotar nuestras intervenciones a la palabra hablada y despabilar incansablemente nuestros modos de habitar la función coordinación en el cada vez del dispositivo.

En esta línea de pensamiento, y entendiendo que componemos en cada ocasión un *estar psicoanalista* (Ulloa, 2005), pensamos: ¿Cómo disponer las condiciones y provocar que otros modos de subjetivación sean posibles en dispositivos inscriptos en el campo de las políticas públicas? ¿Cómo alojar la dimensión singular de los relatos de las violencias y qué movimientos podrán provocar que algo de lo grupal acontezca?

En lo que respecta a los tiempos grupales en cada una de las singulares experiencias del dispositivo, nos hemos preguntado: ¿Qué movimientos deberán ser necesariamente propiciados, desde la función coordinación, para ir más allá de la identificación -y en este caso, identificación al sufrimiento-? A sabiendas de que la instalación de un Uno homogéneo (“todas lo mismo”), evidenciado por el entrecruzamiento de procesos identificatorios que van armando la escena; será un tiempo lógico necesario para tejer trama y luego, artesanal y estratégicamente, operar cortes que darán lugar al trazo singular. “Para separarse y producir lo propio, primero hay que haber estado muy pegoteado” (Jasiner, 2019, p. 116).

Ahora bien, en la reconstrucción de estas experiencias y suscribiendo a los tiempos propuestos por Jasiner (2019), situamos la potencia de la tarea como orientadora de cada una de las singulares tramas. En este sentido, la tarea se erige como aquello que agujerea lo Uno y relanza a las corporalidades a la potencia vital colectiva. Asimismo, lo lúdico se vuelve un recurso propicio para que otros ritmos, intensidades y tonos puedan interrumpir lo mortífero que no cesa de deshacer el lazo.

A su vez, la pregunta acerca de ¿cómo ir más allá de la identificación y trascender el *efecto masa* (Jasiner, 2019)? se funda en el deseo de quienes coordinaban de tejer lo grupal allí donde aún no existía.

Sabemos también que la circulación fantasmática, en donde incluimos los efectos de los enlaces identificatorios señalados, implica una condición necesaria para pasar de la serialidad al nudo grupal (Fernández, 1998), pero también sabemos que otros anudamientos y desanudamientos habrán de ser posibles. He allí uno de los aportes más valiosos que podemos ofrecer como coordinadores psicólogos: propiciar espacios grupales habitables en un mundo en donde cada vez más, el narcisismo solitario hace su furtiva y constante aparición. Propiciar un común para, a partir de allí, apostar a movimientos de transformación subjetiva.

Lo grupal, aquello que *no se reduce a lo que los grupos insisten en ser* (Percia, 2010, p. 1) anida en lo inaudible e invisible, nunca antes anticipado. Voz colectiva que sorprende, cuando uno menos se lo espera. En este punto, recuperamos la categoría política de *lo grupal* porque creemos que en “lo” neutro se revaloriza la dimensión del acontecimiento, siempre inesperado, en la escena de un agrupamiento: aquello que nos habla de un modo de salir de esos encierros que se instalan en los grupos cuando se nombran y se pliegan sobre sí.

Quienes coordinamos, si sostenemos el deseo de que algo de lo grupal advenga como apuesta, al modo de una línea de fuga, deberemos entrenar la astucia de elucidar los encierros en los que podemos quedar atrapados, los propios invisibles, las propias sorderas. Sólo en este ejercicio, nos salvaremos de institucionalizar nuestras intervenciones, y podremos instituir en *el cada vez*. Entendido de este modo, lo grupal siempre tendrá que ver con la resistencia ante las

generalizaciones y definiciones que muchas veces se le dan o se dan los grupos, así como a la enumeración de rasgos que parecen comunes ("*grupos de fortalecimiento*").

Así, por un lado, se vuelve necesario conmover las líneas más duras y sedimentadas de los dispositivos que producimos y nos producen, y, por otro, escuchar e intervenir desde un estar analista, modo de lectura que se opone a los discursos institucionalizados y del sentido común.

Por último, nos interesa volver a retomar y dejar abierto un interrogante que nos interpeló durante toda la realización del trabajo escrito y que también se presentaba en quienes llevaron a cabo la experiencia: ¿de qué maneras es posible propiciar intervenciones que potencien otros modos de subjetivación en escenarios de vulnerabilización y violencias?

Ahora bien, cabe también efectuar una lectura respecto al modo en que se anudan, en estas experiencias, los atravesamientos y los efectos subjetivos que el movimiento feminista argentino ha agenciado en los últimos años. En este sentido, nos sentimos convocados a pensar de qué manera las inscripciones sociales e históricas de ciertas producciones colectivas se entraman y propician otros modos de subjetivación posibles. A tal efecto sirve la conceptualización realizada por Fernández, A. (1998), a propósito de cómo *el contexto se hace texto en la trama grupal*.

Lectura abierta que quizás nos invite o les invite a co-pensar y componer una nueva producción.

Referencias

- Castoriadis, C. (1997) *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*. Gedisa.
- De Brasi, J.C (2002) *Notas mínimas para una arqueología grupal*. Grupo Cero.
- Deleuze, G. (2007) ¿Qué es un dispositivo?, en Deleuze, G. *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*. Pre-textos. (pp. 305-312)
- Deleuze, G. y Parnet, C. (1977/2013) *Diálogos*. Pre-textos.
- Fernández, A. M. (1993) *La Mujer de la Ilusión*. Editorial Paidós.
- Fernández, A. M. (1998) *El campo grupal. Notas para una genealogía* Nueva Visión.
- Foucault, M. (1991) *El juego de Michel Foucault*. Ediciones de la Piqueta.
- Jasiner, G. (2019) *La trama de los grupos. Dispositivos orientados al sujeto*. Editorial Lugar.
- Percia, M. (2010) *Lo grupal y la cuestión de lo neutro*. Biblioteca Teoría y Técnica de Grupos II.
- Ulloa, F. (2005) *Novela Clínica Psicoanalítica*. Paidós.
- Ulloa, F. (2012) *Salud ele-mental. Con toda la mar detrás*. Libros del Zorzal.

CAPÍTULO 12

Escribir en la cárcel

Viscusi Ennis, Antonela

*“La prensa de Dios lleva poster central
el bien y el mal definen por penal,
fía “la chapita” porrón en palomar
cruzando la vía pa' poderla pasar
¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves?
cuando la mentira es la verdad”
Letra de “¿Qué ves?” - DIVIDIDOS*

El presente escrito recorre una experiencia en un taller de escritura, con varones que se encuentran en una Unidad Penal¹. Interesa visibilizar un proceso de escritura que concluye con la creación de la revista “¿Qué ves cuando me ves?”.

I.

El dispositivo de taller se diseñó bajo lineamientos concretos y con acciones programadas, centrado en la tarea de escritura, en un espacio colectivo. En el taller participaron entre diez y quince varones y un guardia del servicio penitenciario que, si bien no participaba activamente, podía observar y escuchar.

El taller tenía una regularidad semanal, de dos horas, siempre el mismo día y horario, durante un periodo de dos años. El aula donde funcionaba se encontraba dentro de la unidad penitenciaria.

El diseño e implementación del taller contemplaba diversos tiempos y una disposición circular de los cuerpos.

1- un disparador sobre alguna problemática actual, que nos permitía esbozar, mediante un cadáver exquisito, lo singular de cada quien para, en un segundo momento,

2- ensayar un escrito común. El escrito común era una producción que debía realizar entre encuentro y encuentro; lo que implicaba que dicho escrito se presentaba en el taller en el encuentro siguiente. Para ello se organizaron en *equipos-pabellón*, uno de los mismos se llevaba el escrito y se comprometía a trabajar la escritura en el *equipo-pabellón* para el siguiente encuentro.

¹ El encuentro de escritura surge en el marco de una política socioeducativa concreta del Ministerio de Educación de la Nación, en la Provincia de Buenos Aires, denominada Centros de Actividades Juveniles (CAJ) en contexto de encierro. Los CAJ fueron pensados desde una política de inclusión e igualdad de oportunidades en el año 2005, profundizándose en el 2010 con actividades en espacios alternativos a la jornada escolar: talleres de escritura, de fotografía, de música, de juegos, entre otros.

3- cierre: al finalizar cada encuentro se abría el espacio para que cada quién dijera: ¿qué hicimos hoy?

II.

Trabajar en/con grupos, coordinar grupos, no es tarea fácil. Mientras avanzaban los encuentros insistía una pregunta: ¿se conformó grupo?, ¿realizan la tarea por deseo o simplemente se trata de obedecer una orden más dentro de una institución en la que reina el verticalismo?

Desde la perspectiva teórica de la cátedra, sabemos que es necesario un primer tiempo de alojamiento subjetivo, para dar lugar a la transferencia: con la coordinación, con el grupo y con el dispositivo. Será necesario también sostener esa transferencia, tejer una trama grupal, y sostener la incertidumbre y la contradicción. (Jasiner, G. 2019)

Es importante tener en cuenta que, para que algo de la trama se produzca, lo que se encuentre en el centro no será la función ni la persona de la coordinación sino la tarea grupal, el objetivo común.

Tales categorías teóricas posibilitaron el inicio de un trabajo de problematización respecto a los motivos por los cuales estos varones participaban de los encuentros del taller.

Dos motivos aparecían con mayor frecuencia:

1- “no tenía otra cosa para hacer”,

2- “quiero que *mi* juez vea que estoy haciendo las cosas bien y me den un beneficio” (con beneficio se referían a la libertad transitoria o la prisión domiciliaria).

Transcurridos varios meses de encuentros, emergieron nuevos motivos de asistencia, ¿ocasionados por la producción de una trama grupal, propiciada por sostener la tarea en el centro?

Nuevos motivos y un efecto vital. Al finalizar los encuentros relataban que asistían al dispositivo para distraerse, porque “no tenía otra cosa que hacer” pero, al irse de cada encuentro “sentía que quería salir a correr, cantar, reírme”.

En tales motivos de asistencia se tornaron visibles algunas de las múltiples líneas que operan en los devenires grupales: la inscripción institucional del dispositivo, y con ellas líneas de la institución penitenciaria (“no tenía otra cosa que hacer”), líneas de la institución judicial (“quiero que *mi* juez vea que estoy haciendo las cosas bien y me den un beneficio”).

Ahora bien, el sentir “que quería salir a correr, cantar, reírme” se inscribe en un efecto singular del dispositivo taller. Salir a correr, cantar, reírse ¿en la cárcel? ¿En qué dimensión del dispositivo taller pensar este efecto? ¿Línea de fuga? En medio de los efectos mortificantes de la cárcel, algo de lo vivificante comenzó a hacerse notar. ¿Líneas de fuerzas que resisten la producción de soledades? (Fernández, A. 2011, p. 265)

La revista

Durante el primer tiempo, los barrios de procedencia, el club de fútbol y los tipos de delitos cometidos, eran diferencias que producían efectos de fragmentación en los lazos entre

ellos: se sentaban lejos, se hacían chistes de mal gusto unos a otros y no aceptaban trabajar consignas entre 3 o 4 participantes.

A medida que el dispositivo empezó a instalarse, se iniciaron movimientos de anudamientos, de tejido entre y con las diferencias, evidenciado por un clima respetuoso donde circulaba la palabra. Movimiento que propició la construcción de puntos o trazos comunes entre las diferencias: sus barrios eran similares, al igual que sus trayectorias educativas y las dinámicas familiares donde habían crecido.

En uno de los encuentros, un participante del taller propuso hablar sobre “los errores y los motivos”², y así fue titulado el escrito de ese día.

El encuentro “errores y motivos” los acercó. Emergió una idea común: se delinque por necesidad. La mayoría opinaba que elegían esa vida porque la inestabilidad económica los dejaba, a ellos y a su familia, sin comer. Otros porque querían acceder a objetos materiales que no tenían y otros porque no sabían hacer otra cosa. Todos coincidieron en que lo común era la necesidad.

Desde ese día, comenzaron a habitar el espacio con mayor confianza, la palabra circulaba aún más y empezaron, en palabras de ellos, relaciones de amistad, dentro y fuera del dispositivo. La producción de una trama grupal que aloje a cada quien, propició un movimiento de invención, de creación. “El plus grupal es fácil de poner en evidencia, pero se vuelve sumamente difícil producir enunciados teóricos que den cuenta de él y del orden de legalidades que lo sostienen” (Fernández, 1998, p. 79).

Tal encuentro devino en una bisagra, marcó un antes y un después. Fue desde allí que la escritura empezó a tomar otra forma y surgió una novedad: querían crear una revista.

Algunos deseaban escribir, otros dibujar o relatar un cuento o una canción. Pero coincidían en una idea: queremos contar un poco de lo que vivimos para que la sociedad nos empiece a mirar distinto.

Resalto: Mirar.

Gennie y Paul Lemoine (1979) plantean que la identificación es el motor de la vida del grupo, los psicodramatistas y psicoanalistas dicen que el trabajo identificatorio es el que dinamiza y organiza al grupo.

Pero no sólo el efecto identificatorio motoriza, también lo hace la reciprocidad en la mirada y la escucha (Ulloa, F., 1973) mirar y ser mirado. Mirar y ser mirado en el ámbito

² Los motivos por los que cada quien estaba privado de su libertad, en una unidad carcelaria, no eran un criterio de integración al taller. Tampoco se habían leído sus legajos, a partir de la idea de que no era un dato necesario para la construcción del dispositivo. Tal decisión formaba parte del diseño del dispositivo, vinculado a la dimensión ético-política.

Sin embargo, y para sorpresa de la coordinación, para ellos sí era importante saberlo. Efecto sorpresa al ver operar una dimensión de determinación impensable. Una dimensión de la trama institucional que operaba produciendo efectos en el devenir grupal: un código inalterable de las cárceles de varones era (es) que, quienes hayan cometido un delito de orden sexual y/o con menores de edad; y por decisión de sus compañeros, no participan de talleres, encuentros educativos, etcétera.

carcelario, particularmente en unidades penales que alojan a varones, es una apuesta que desafía los modos de subjetivación carcelaria.

Durante dos meses trabajamos en la construcción de un nombre para la revista. Tenía que ser uno que contenga los intereses de la mayoría. Pero, además, “marketinero”, porque “quizá podríamos algún día, comercializarla”.

Al realizar lluvia de ideas, sobre algunos nombres decían que ‘eran muy largos’, otros muy “tumberos”, y otros “muy románticos”.

A la vez, trabajamos en la delimitación del sentido de la revista: “una revista ¿para qué?”. Se oscilaba entre varias ideas, retomando sus notas:

- *contar nuestras vidas antes de estar presos para que los que la lean nos entiendan.*
- *hablar sobre el futuro y que nos ayuden, el pasado ya pasó.*
- *contarle a los ricos cómo son las cárceles porque eso les da morbo, corte “El Marginal”³.*
- *hablarles a los jóvenes, para que no cometan estos mismos errores.*

¿Se podía abarcar todo? ¿Qué había en común ahí? Arriesgué una hipótesis: *lo común* era “la mirada de lx otrx”.

Uno de los participantes dijo que, para poder concentrarse, necesitaba música. Pidió que para el siguiente encuentro se llevara un parlante y canciones de rock nacional. Al siguiente encuentro, con música de por medio, estábamos trabajando en el nombre cuando él, a modo de “eureka” gritó: “ahí está, ese es el nombre, el de la canción. La revista tiene que llamarse “¿Qué ves cuando me ves?”. Se escuchó un aplauso convencido y gritos de algarabía. Teníamos nombre.

Los meses que siguieron varió la tarea, ya no se trataba de proponer un tema disparador sino de revisar los escritos y darles forma de revista. Aparecieron rimas, canciones de trap, dibujos, graffitis y “cartas a quien fui” (un segmento dedicado a “jóvenes en conflicto con la Ley”).

El aula donde nos encontrábamos devino en un aula silenciosa, muchos preferían trabajar solos y otros eligieron combinarse para realizar gráficos que reflejen alguna poesía.

Presentación de la revista ¿Qué ves cuando me ves?

Corría el mes de junio y teníamos la invitación para participar del encuentro de escritura en cárceles en el mes de octubre en el Centro Cultural Paco Urondo. Digo teníamos, pero quienes íbamos a asistir éramos dos: el profesor de cine, con quien estaban realizando un documental, y quien escribe, con un ejemplar de la revista.

Sin embargo, era importante que cuenten en primera persona el trabajo realizado, para eso filmaron videos para ser transmitidos en el encuentro.

Intentamos pensar qué hacer para que todos los participantes del taller participen en el encuentro desde la unidad carcelaria. Fue así que pensamos en que se conecten mediante Skype (la videollamada de WhatsApp no era hartamente utilizada en ese entonces) con alguien

³ Refiere a una serie de la televisión argentina de drama policial, emitida durante ese año con gran caudal de audiencia.

del equipo de educación que les facilite una computadora. Si bien no era lo mismo que estar de manera presencial, era mejor que no participar: el poder no sólo prohíbe, en su otra dimensión el poder es poder hacer.

Fue M. quien manejó la entrevista vía Skype, en el marco del encuentro de escritura en cárceles en el Centro Cultural Paco Urendo. Por un momento otro mundo fue posible. Un mundo donde las palabras, los deseos, las posibilidades, no están encerradas. Cuando las imágenes o palabras escritas logran salir del encierro, cuando no se pierden en los papeles, cintas o dispositivos incautados por la requisa, también se filtran y escapan, y en cierto sentido “quiebran los marcos que habitualmente limitan y contienen las miradas sobre el encierro penal y el castigo” (Butler, 2010, p. 27)

Para estos jóvenes, la escritura, propiciada por el taller, devino en un acto político, un acto de resistencia. Habitaron la potencia de la escritura, la desplegaron. Narrar la reincidencia, escribir la propia historia y estar ya no tan presos de la palabra y el silencio.

No escribieron para rehabilitarse o re-socializarse.

Tampoco era ésta la orientación del taller.

Entre el adentro y el afuera: la revista *¿Qué ves cuando me ves?*

“No sabía que me iban a dar la libertad, profe. Le pregunté al oficial si no era una joda y se enojó. Me preguntó si yo pensaba que él hacía jodas. No sabía qué hacer y me acosté a dormir. Vinieron de vuelta a decirme que agarre mis cosas: me iba a la calle, profe. Me temblaban las piernas. Y ahora mire, vine al Paco a ver el documental que hicimos y mostrar la revista pero afuera, con ustedes”.

Referencias

- Butler, J. (2010). Marcos de guerra. Las vidas lloradas. Buenos Aires, Paidós.
- Fernández, A. M. (1998) Introducción y Cap. III: La demanda de los grupos, Cap. IV: Hacia una clínica grupal, en El campo grupal. Notas para una genealogía. Nueva Visión. (pp. 17-28 y 61-81).
- Deleuze, G. (2007) ¿Qué es un dispositivo?, en Deleuze, G. Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995). Pre-textos. Valencia. (pp. 305-312).
- Guattari, F (2005) Subjetividad e historia, en Guattari, F, y Rolnik, S, Micropolítica. Cartografías del deseo. Tinta Limón. Buenos Aires. (pp. 37-64).
- Jasiner, G. (2015) Cap.: Bion y los grupos, Cap.: De Pichón a nosotros, en Coordinando grupos. Una lógica para los pequeños grupos. Lugar. (pp. 63-93).

Jasiner, G. (2019) Del círculo al nudo, en La trama de los grupos. Dispositivos orientados al sujeto. Lugar. Buenos Aires. (pp. 27-30).

Lemoine, Gennie y Paul (1979) Teoría del Psicodrama, Ed. Gedisa.

Percia, M (1994) Cap. Procesos identificatorios en la clínica grupal, Cap. Apuntes para una escucha analítica en situación de grupo. Notas para pensar lo grupal. Lugar Editorial. Buenos Aires. (pp. 53-94).

Ulloa, F. (1973) La comunidad clínica. Ficha de circulación interna.

CAPÍTULO 13

Investigar los grupos en nuestra actualidad

Veloz, Julieta

“Jamás es el logo lo que escucháis; siempre es a alguien, tal como es, desde donde está, que habla por su cuenta y riesgo, (...)”

(CASTORIADIS, 1993, p. 11)

“(...) los grupos no son lo grupal; importa por lo tanto una teoría de lo que hacemos y no una teoría de lo que es”

(FERNÁNDEZ, 1998, p. 19)

En el presente artículo se propone trabajar la dimensión metodológica del Proyecto de Investigación ‘Los grupos, hoy’, de la Cátedra de Psicoterapia II (Grupal), Facultad de Psicología UNLP; a partir de los desarrollos propuestos por Salazar Villava, quien ubica a la investigación como un dispositivo que responde a “una construcción intencional de una singular máquina para hacer” (2004, p. 292)

El proyecto de investigación se encuentra en el primer año de ejecución y tiene por objetivo indagar la implementación de dispositivos grupales en instituciones públicas estatales (salud y educación de nivel secundaria) en la ciudad de La Plata y Gran La Plata, para visibilizar los propósitos que los orientan, a qué demandas responden y la perspectiva teórica en la que se inscriben.

En otras palabras, nos proponemos indagar la actualidad de los dispositivos grupales en las instituciones públicas de Salud y Educación; lo que posibilitará visibilizar los anudamientos y/o desanudamientos entre la formación de grado y la implementación de políticas públicas y con ella la construcción de conocimiento pluriuniversitario (Boaventura de Sousa Santos, 2005). En este sentido, los conocimientos que la presente investigación se propone producir se corresponden con un conocimiento situado.

En este punto, interesa señalar que los Planes de Estudios y los Programas de cada asignatura que lo efectúan se inscriben en contextos socio-históricos políticos y producen modos singulares de significar la formación académica y el ejercicio profesional, en este caso, de la Psicología. Modos que orientan y animan las prácticas y construyen sentidos en torno a las mismas: en qué ámbitos de ejercicio profesional, con qué sectores de la población y con qué dispositivos de intervención (Veloz, J., 2016). En este sentido, el Plan de Estudios materializa

significaciones imaginarias respecto a qué debe saber-hacer una psicóloga o aún más, qué es la Psicología para esa Institución y cómo debe enseñarse.

En lo que refiere al Programa de la asignatura Psicoterapia II (Grupal), el mismo se propone la formación de profesionales psicólogos en dispositivos clínicos grupales y colectivos, para implementar en los diversos ámbitos del ejercicio profesional y orientados por distintos propósitos. Dispone contenidos y procedimientos de enseñanza conducentes a brindar contenidos teóricos y prácticos, que funcionen al modo de herramientas para el diseño y coordinación de dispositivos grupales y colectivos, en los diversos ámbitos del ejercicio profesional. (Programa Psicoterapia II, 2024)

En Psicología, el trabajo con dispositivos grupales y colectivos transversaliza diversos ámbitos del ejercicio profesional, en tanto que los mismos configuran espacios tácticos (Fernández, 2008) para operar en distintas situaciones: en instituciones, en comunidades y orientados por propósitos diversos: grupos terapéuticos, de formación, monosintomáticos, de orientación vocacional, para selección de personal, equipos de trabajo, entre otros. Los dispositivos grupales reúnen diversas modalidades de trabajo con grupos en distintos campos de aplicación. (Programa Psicoterapia II, 2024)

En este sentido, la producción de conocimiento sobre la implementación actual de dispositivos grupales genera, en el mismo proceso de investigación, una intervención sobre el campo de la docencia y en la formación de los estudiantes y graduados, al dialogar, interrogar y problematizar los contenidos que contiene el Programa de la Asignatura cómo los procedimientos de enseñanza implementados, de allí que pensamos la investigación como un dispositivo que en su

(...) disposición estratégica, el dispositivo para hacer ver, no es una operación inspirada en la búsqueda de objetividad del conocimiento sino una operación de creación de horizontes posibles para lo social, donde los saberes son expresión de proyecto y por lo tanto su validez no estriba en su capacidad para el reflejo fiel de la realidad sino en su aptitud para colocar una cierta escena frente a la mirada de otros, escena que convoque a la acción, sea ésta en su forma de reflexión o de movimiento. (Salazar Villava, C., 2004, p. 294)

Interesa situar una de las categorías teóricas que insiste tanto en el Programa de la Asignatura como en el Proyecto de Investigación, como es la de 'Dispositivo'. En el capítulo 1 del presente libro, se presenta una aclaración respecto al uso de la noción de dispositivo, situada por Ana Fernández (2008); quien diferencia su utilización para referir a los dispositivos sociohistóricos ya dados en lo social, de su utilización para referir a los artificios tecnológicos diseñados para intervenir. En este caso, "el dispositivo es pensado como máquina que dispone a..., que crea condiciones de posibilidad, que provoca o pone en visibilidad y eventualmente en enunciabilidad latencias grupales, institucionales y/o comunitarias" (2008, 115).

Ahora bien, respecto a la investigación como ‘dispositivo’, remite a un modo de pensar y hacer la investigación, como un diseño de una singular máquina de hacer ver (Salazar Villava, 2004). Opera aquí, un deslizamiento de sentido respecto de los desarrollos foucaultianos; esto es, del dispositivo sociohistórico productor de subjetividades “hacia la idea de construcción intencional de una singular máquina para hacer ver en el marco de un proceso de reflexión sobre lo social, lo cual implica una estrategia para la acción” (2004, p. 292); desde esta perspectiva, un dispositivo de investigación deviene en una “máquina de autor” (2004, p. 296), en tanto que la articulación de estrategias resulta de un esfuerzo consciente para producir las condiciones propicias para la elucidación de alguna práctica que se presenta en lo social.

Desde esta perspectiva, pensamos a la investigación como un dispositivo que nos posibilite abrir visibilidad, en este caso, sobre si ‘hoy’ se implementan dispositivos grupales, la demanda a la cual responde su implementación, los propósitos y la inscripción teórica que los orienta; tales propósitos se inscriben pensar lo grupal como un campo de problemas (Fernández, 1998).

Fernández (1998, 2007) subraya que los grupos no son lo grupal, en la medida en que importa una teoría de lo que hacemos y no de lo que es. Delinea tres momentos epistémicos que delimitan la producción de saberes y modos de hacer; en otras palabras, abre a la reflexión acerca de la relación existente entre un cuerpo teórico y el diseño técnico que organiza unas formas singulares de trabajo grupal.

El primer momento epistémico se organiza a partir de pensar el grupo como un todo y el plus grupal: ‘el todo es más que la suma de las partes’, enunciado que se inscribe en la Gestaltheorie. La interrogación respecto a qué produce este plus, delimitó los primeros recortes disciplinarios, entre ellos la Dinámica de los Grupos. El plus grupal hace de los grupos “espacios tácticos con los que se intentará dar respuesta a múltiples problemas que el avance de la modernidad despliega” (1998, p. 24), a la vez que su teorización será una de las constantes dificultades para las corrientes grupalistas: se evidencia el plus pero insiste la dificultad en producir enunciados teóricos que den cuenta de él y de las legalidades que lo sostienen.

El segundo momento epistémico es ubicado por la misma autora en la búsqueda de organizadores grupales: dar cuenta de las determinaciones que hacen posibles los movimientos grupales. Aquí, los aportes del psicoanálisis son centrales. Al interior del campo psicoanalítico se tratará de delimitar si los grupos componen un campo de aplicación del saber y la técnica psicoanalítica o si exigen la elaboración de instrumentos teóricos y técnicos específicos.

Al respecto, Percia (1994) distingue dos corrientes del grupalismo en nuestro país: 1-tendencia a la aplicación y 2-tendencia de ruptura o desvío. Respecto a la primera, señala que los primeros grupalistas (años 50) tenían una marca de origen: ser psicoanalistas y pertenecer a la Asociación Psicoanalítica Argentina. Este grupo se esforzó en desplegar sobre la situación plural las referencias y métodos del psicoanálisis hegemónico de la época. La segunda tendencia, de ruptura o desvío, se anuda a la ruptura del encierro unificante de la institución

psicoanalítica oficial y el intento de inaugurar lo grupal no subordinado a una legalidad. Inauguran así una práctica: “grupos de psicoterapia, grupos operativos, psicodrama psicoanalítico en grupos, tratamientos familiares, intervenciones institucionales, acciones comunitarias (...) lo grupal se inaugura en nuestro país sobre un vacío y en contra del dogmatismo” (Percia, 1994, p. 30).

En cuanto al tercer momento epistémico, Fernández (1998) ubica que el mismo se abre a partir de las dificultades que presentan las disciplinas de objeto discreto para pensar y abordar ciertas realidades sin caer en algún reduccionismo (sociologismo, psicologismo, psicoanalismo). Los dispositivos grupales psicoanalíticos visibilizaron los organizadores fantasmáticos de los grupos, pero la dificultad se presenta en el momento en el que surge la necesidad de poner a jugar otros organizadores. Desmarcar la forma de indagar según una lógica de objeto discreto, requiere pensar en el atravesamiento de diferentes organizadores: además de los organizadores fantasmáticos que hacen posible que el sujeto haga nudo, ¿qué otros organizadores operan? Se propone pensar los grupos como campos de problemáticas, atravesado por múltiples inscripciones: deseantes, históricas, institucionales, políticas, económicas. En un doble movimiento teórico: el trabajo sobre sus especificidades y su articulación con las múltiples inscripciones que lo atraviesan; “nueva manera de pensar lo Uno y lo Múltiple, intentando superar los encierros que la lógica del objeto discreto impone, abriendo hacia formas epistémicas pluralistas, transdisciplinarias” (Fernández, 1998, p. 57).

Lo desarrollado hasta aquí evidencia que los dispositivos grupales que se desplegaron, respondieron a diversos problemas, propósitos y campos de aplicación orientados por modos singulares de pensar y teorizar lo grupal; saberes y quehaceres. Tales desarrollos son relevantes en nuestra caja de herramientas, en tanto nos posibilitan leer los materiales producidos en las entrevistas a los profesionales que diseñen y coordinen dispositivos grupales.

En ese sentido, el propósito que orienta nuestro quehacer como investigadores es “desenredar las líneas de un dispositivo, caso por caso, trazar un mapa, cartografiar, explorar tierras desconocidas, esto es lo que él (Michel Foucault) llamaba trabajo en terreno” (Deleuze, 2007, p. 305)

La idea de dispositivo de investigación como el diseño de una singular máquina de hacer ver resulta

hueca de un contenido estable. (...) No puede responderse a la pregunta ¿cómo es el dispositivo?, ¿cómo se opera correctamente?, ¿en qué consiste? En su vacío, en cambio, es apertura para el conocimiento en tanto da lugar a la incertidumbre y se niega a pre-ver. No previene sino de la posibilidad temible de hacer desaparecer lo otro, al otro, y de quedarse así, rumiando a solas un delirio disfrazado de aprehensión (Salazar Villava, 2004, p. 292)

Ese espacio vacío, hueco, de un contenido estable, deviene en el motor que mueve a la producción de saber en un proceso abierto. Se trata de una máquina diseñada para la producción de saberes curiosos (Ulloa, 2012), caracterizados como una forma de saber que presenta

vicisitudes frente a otros saberes o culturas, que pueden producir cierta confusión, sobre todo si algo se presenta como radicalmente distinto; sin embargo, “no por eso se apaga su intento de avanzar sobre lo ignorado. Ocurre que la curiosidad es el motor del saber” (2012, p. 111).

En párrafos anteriores situamos que cada dispositivo grupal se orienta a producir ciertos efectos. Es por ello que tanto la posición como los procedimientos de la coordinación son acciones que se efectúan para producir acciones posibles; ellas implican aquí: formarse, analizarse, producir, trabajar, entre otros. En tal sentido, inscribimos a la coordinación como una función cuyos procedimientos se orientan a movilizar un juego de fuerzas, es decir, de poder. Fuerzas siempre inscriptas en elementos de saber. De allí, la inmanencia entre los modos de pensar y teorizar (saber) y los procedimientos de la coordinación (poder).

Es por ello que el dispositivo de investigación diseñado se propone abrir visibilidad, desenredar las líneas que, al modo de una madeja, componen los dispositivos grupales implementados; al decir de Salazar Villava (2004) “las máquinas para hacer ver no develan, ponen en marcha operaciones complejas para construir una mirada caleidoscópica, fragmentaria y frágil, terriblemente perecedera y móvil. (...) lo que vemos no es lo que sucede, sino sólo lo que de ello resulta aprehensible para nuestra mirada” (2004, p. 294).

Nos encontramos realizando el primer trayecto del recorrido de investigación, con deseos de desenredar las líneas de cada dispositivo relatado por los coordinadores entrevistados y, a partir de ellas, construir líneas de lectura que nos posibiliten construir una cartografía, un mapa actual de los dispositivos grupales, sus usos y sentidos. De allí que el diseño del dispositivo de la investigación es un diseño local que, en tanto tal, no puede generalizarse.

Referencias

- Castoriadis, C. (1993) La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 1. Tusquets.
- Deleuze, G. (2007) ¿Qué es un dispositivo?, en Deleuze, G. Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995). Pre-textos.
- Fernández, A. M. (2008) Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpo y multiplicidades. Biblos.
- Fernández, A. M. (1998) El campo grupal. Notas para una genealogía. Nueva Visión.
- Salazar Villava, C. (2004) Dispositivos: máquinas de visibilidad. Anuario de Investigación 2003, UAM-X, México. pp. 291-299.
- Veloz, J. (2016) Las prácticas profesionales supervisadas en Psicología. Una indagación sobre los modos de significar el ejercicio profesional que éstas producen en los/as estudiantes. (Sedici, UNLP).
- Ulloa, F. (2012) Salud ele-mental. Con toda la mar detrás. Libros del Zorzal.

Autor/es

Coordinadores

Veloz, Julieta

Dra. en Psicología, UNLP. Especialista en Docencia Universitaria, UNLP. Lic. en Psicología, UNLP. Prof. Adjunta, cátedra Psicoterapia II. Facultad de Psicología UNLP. Jefa de Trabajos Prácticos, Cátedra Psicología Institucional. Facultad de Psicología UNLP. Investigadora UNLP. Directora Proyecto Investigación: 'los grupos, hoy'. Extensionista UNLP, en diversas funciones. Trabajo en Gestión Universitaria (Dirección de Gestión Territorial / 2022-2023). Secretaria de Vinculación con la Comunidad de ADULP (2023, continua). Trabajo en el Hospital Neuropsiquiátrico 'Dr. A. Korn' (1997-2004); en Instituciones del Organismo de Niñez y Adolescencia de la Pcia. Bs As, en funciones de psicóloga, directora y coordinación. (2004 hasta la actualidad). Supervisora de equipos y grupos de trabajo institucionales.

Catani, Juan Pablo.

Lic. y Prof. en Psicología, UNLP. Jefe de Trabajos Prácticos, cátedra Psicoterapia II, Facultad de Psicología, UNLP. Docente Cátedra Psicología Institucional. Facultad de Psicología UNLP. Diplomas superiores en Tecnología, Subjetividad y Política y en Mapas de guerras: el catálogo editorial como producción de conocimiento político-militante (CLACSO). Diplomado en Corporeidades y Tecno-narrativas (UBA). Docente, investigador y extensionista. Esquizoanalista. Psicólogo miembro del equipo de Capital Humano de la Central de Atención Telefónica de Emergencias 911. Supervisor de grupos de trabajo institucionales. Escritor.

Hurtado Atienza, Selva

Lic. y Prof. en Psicología UNLP. Psicoanalista. Docente cátedra Psicoterapia II, Facultad de Psicología, UNLP. Investigadora y Extensionista UNLP. Docente del equipo de Docencia y Capacitación del HIGA San Martín del Ministerio de Salud de la Pcia. Bs As. Psicóloga del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, Departamento de Consumos Problemáticos (trabajo interdisciplinario, asistencia individual y grupal) supervisión institucional y capacitaciones para equipos profesionales. Ejercicio profesional en el ámbito privado desde 2004.

Autores

Bayúgar, Delfina Inés.

Lic. en Psicología (UNLP). Especialista en Clínica de Adultos (Col. Psicólogos Pcia. Bs. As.). Especialista en Educación en Géneros y Sexualidades (FaHCE- UNLP). Diplomada en Abordaje integral de las violencias familiares y por razones de género (UNPAZ). Docente cátedra Psicoterapia II, Facultad de Psicología, UNLP. Psicóloga de planta del Hospital Zonal Especializado Reencuentro (Min. de Salud PBA). Ex integrante del Equipo Técnico de la Dirección de Género Municipal de Florencio Varela (2017-2019). Ex Residente y Ex Jefa de Residentes del Programa de Residencias Integradas Multidisciplinarias de Florencio Varela (2012-2017)

Broggi, Diana.

Lic. en Psicología, UNLP. Docente cátedra Psicoterapia II, Facultad de Psicología UNLP. Docente en Facultad de Ingeniería, UNLP. Directora de Género y Diversidad en la Facultad de Psicología de la UNLP. Responsable del área de Género, en la Escuela de gobierno en salud Floreal Ferrara. Subsecretaría de formación, investigación y políticas culturales para la igualdad. Ministerio Nacional de la Mujer (2019-2022). Directora de Políticas Feministas, de la UNLP (2018-2019).

Ferreyra, María Agustina.

Lic. y Prof. en Psicología, UNLP. Docente Cátedra Psicoterapia II, Facultad de Psicología UNLP (2015- 2023). Jefa de Trabajos Prácticos, cátedra Articulación Comunitaria, Universidad “Arturo Jauretche” (2021 y 2022). Ex Residencia y Ex Jefa de Residentes en la especialidad de Psicología, en el programa de Residencias Integradas Multidisciplinarias de Lanús, correspondiente al área programática del Hospital Zonal General de Agudos “Dr. Narciso López”. Ministerio de Salud de la provincia de Bs. As.

Maia, Leonor.

Lic. y Prof. en Psicología (Fac. de Psicología, UNLP). Docente cátedra “Psicoterapia II”, Facultad de Psicología, UNLP. Psicóloga del Organismo Provincial de la Niñez y Adolescencia, desde 2023. Docente del IPAP (2024). Tutora en la Diplomatura en Políticas Públicas en Salud Mental (Sub. Salud Mental, Escuela de Gobierno en Salud “Floreal Ferrara” / 2021- 2024). Psicóloga en la Dirección de Políticas de Género y Diversidad de la Mun. de La Plata (2023). Coordinadora grupal en la Casa de Jóvenes Dir. de Salud de la Municipalidad de Río Grande, 2023. Tallerista en Centro de Día y AT, (2016-2019). Participación y coordinación en investigación y extensión universitaria. Atención clínica en consultorio privado.

Moratti Serrichio, María Florencia.

Lic. en Psicología, UNLP. Especialista en Docencia Universitaria, UNLP. Doctoranda de la Facultad de Psicología (UNLP). Diplomada en género y movimientos feministas (FFyL-UBA). Docente cátedra Psicoterapia II, Facultad de Psicología, UNLP. Docente en Cursos de Posgrado vinculados a dispositivos grupales-comunitarios y género. Experiencia en gestión universitaria (Prosecretaría de Investigación de la Facultad de Psicología UNLP 2014-2108 / Integrante de Políticas Sociales UNLP 2011-2017). Dirección, coordinación y participación en proyectos de extensión e investigación desde el año 2011.

Salum, Javier.

Lic. y Prof. en Psicología, UNLP. Docente en las cátedras de Psicoterapia II y Psicología Institucional de la Facultad de Psicología (UNLP). Doctorando en Psicología (UNLP), título de tesis en proceso de evaluación: “Las prácticas de las personas psicólogas en el campo de la salud mental”. Participación en proyectos de investigación y de extensión universitaria vinculados al área sociocomunitaria, las políticas públicas, la psicología institucional y el trabajo con grupos, desde el año 2012.

Viscusi Ennis, Antonela.

Lic. y Prof. en Psicología, UNLP. Diplomada en Políticas Públicas en Salud Mental (Subsecretaría en Salud Mental PBA). Cursante de la Carrera de Especialización en Psicología Forense (UBA).

Adscripta cátedra Psicología Institucional 2018-2022, UNLP. Docente cátedra Psicoterapia II 2023, UNLP. Docente en Servicio Penitenciario Bonaerense (2020). Responsable profesional y coordinadora de la Junta Evaluadora Interdisciplinaria en DPAEIS – Min. de Salud PBA 2021-2024. Atención clínica en consultorio privado.

Veloz, Julieta

Dispositivos clínicos grupales: herramientas teóricas y experiencias actuales / Julieta Veloz; Juan Pablo Catani; Selva Hurtado Atienza; Coordinación general de Julieta Veloz; Juan Pablo Catani; Selva Hurtado Atienza. - 1a ed. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata; La Plata: EDULP, 2026.

Libro digital, PDF - (Libros de cátedra)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-34-2704-0

1. Psicología. I. Veloz, Julieta, coord. II. Catani, Juan Pablo, coord. III. Hurtado Atienza, Selva, coord. IV. Título.
CDD 150

Diseño de tapa: Dirección de Comunicación Visual de la UNLP

Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata
48 N.º 551-599 / La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644 7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2026
ISBN 978-950-34-2704-0
© 2026 - Edulp

S
sociales



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA